
Lo que queda de mi Honor
Megan Lowell

Lo que queda de mi honor

Megan Lowell

Derechos de autor © 2022 Megan Lowell

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Lo que queda de mi honor
Prólogo
1. No hay conexión
2. El Club Dash
3. Puesta en escena
4. El hombre de la ley
5. Lo que no se espera
6. El extraño en los setos
7. Una petición en camisón
8. El juego de Jon
9. Un beso por un sí
10. Muñeca de porcelana
11. Desestabilización
12. El asesinato de una loca
13. Demasiado expuesto
14. Señora y señorita
15. Compartir un dolor
16. Don Juan
17. En lo que queda de mi honor
18. La cinta
19. Trampa
20. Orgullo y resignación
21. Dejar ir
22. Dawson
23. Lejos del olvido
24. Choque con la realidad
25. Manos sucias
26. Para volver a respirar
27. Como un rayo de sol
28. Inexplicable y destructivo
29. Cambiar las cartas sobre la mesa
30. Divergencia
31. Solo
32. Determinación
33. Demasiado tarde
34. Cuando un ángel muere
35. Desesperación
36. Escape

37. Carta a una hermana
38. Epílogo

Lo que queda de mi honor

Jon Charters solo tiene un objetivo: encontrar al asesino que acabó con la vida de su querida hermana. Por la noche deambula por los callejones que ella frecuentaba antes de morir, durante el día finge que su vida cotidiana sigue siendo la misma. Al menos hasta que una noche se encuentra con una mujer en camisón escondida en su jardín. Jon la reconoce inmediatamente: es Sarah Jane Ashton, la hija de sus difuntos vecinos que ha sido confiada a su tío tras la trágica muerte de sus padres.

Jon no ha visto a Sarah en casi diez años, durante los cuales siempre la ha recordado con desprecio, así que cuando la joven le molesta con una petición de ayuda que parece absurda, no puede hacer otra cosa que negarse.

Pero en el Londres victoriano, con el telón de fondo de un asesinato, donde el pasado y el presente chocan y el destino baraja las cartas, ¿puede una ventisca barrer todos los viejos rencores y abrir la puerta a un sentimiento tan puro como el amor?

Prólogo

Londres, 1832

Esa niña estaba definitivamente fuera de lo común. Jon Charters, que acababa de cumplir diecisiete años, la encontraba muy irritante, con sus maneras rebeldes y altivas que caracterizaban a toda su familia.

Su finca y la de la familia Charters estaban a escasos metros, por lo que evitaba el contacto con ellos si podía, salvo en las raras ocasiones en las que su padre le exigía que saliera al jardín para tomar el sol, algo que —repetía siempre— era esencial para el éxito de la conquista de su futura esposa.

Un hombre de piel lechosa, decía, no podía atraer a una esposa potencial tanto como un hombre de piel bronceada. Y así Jon se veía obligado a obedecer cada vez que a Lord Charters se le ocurría esa extraña idea.

Esa fue una de esas veces.

Sabía su nombre, Sarah Jane Ashton, y era el prototipo exacto de la mujer con la que nunca quisiera casarse. Arrogante, rencorosa, superficial, siempre se situaba en un nivel que nadie, a su modo de ver, podría alcanzar. Solo tenía once años, más o menos, pero sospechaba que esa mente funcionaba mucho más rápida que la de sus compañeras. Sobre todo, mucho más ociosa.

Aquella tarde estaba sorbiendo algo de una taza blanca con su madre, Lady Ashton, que se situó frente a ella e impidió que Jon viera a la pequeña arrogante. Sin embargo, mientras la observaba desde lejos con una sonrisa, Jon buscó su mirada para probarla. Para ver si ese día, como la última vez que se habían visto una semana antes, se pavoneaba hacia él.

Cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza hacia un lado, esperando su asentimiento.

Sarah lo vislumbró por encima del hombro de su madre y colocó la taza en el platillo con su habitual elegancia, con el maldito dedo meñique levantado en el aire. No la soportaba. No podía soportarla.

Leyó los labios de su boca mientras le decía algo a su madre que, como de costumbre, no la siguió mientras la niña se levantaba y, lenta y graciosamente, se acercaba al lugar del seto donde estaba Jon.

A Lady Ashton le divertía ver desde la distancia los afectados intercambios que se producían entre su hija y el hijo de sus vecinos, probablemente porque era consciente del carácter impetuoso de la pequeña y eso la hacía sonreír.

Sarah llevaba un vestido de color lila con adornos de encaje blanco bordados, y ese día no llevaba su tonto sombrerito para protegerse del sol, tal vez porque había planeado regresar a la casa temprano.

Jon la miró desde la altura de sus ya casi dos metros. Era una cosita diminuta, con esa nariz igualmente diminuta que siempre se fruncía cuando se encontraba con él.

—Buenas tardes, lord.

Jon se aclaró la garganta. Llevaba la camisa blanca que su madre siempre le recomendaba que se cerrara hasta el cuello, porque todavía era demasiado joven para dedicarse a cualquier tipo de seducción de las chicas.

Mostró una sonrisa cortés.

—Buenas tardes, pequeña y arrogante lady Ashton.

Sarah no se inmutó. Nunca lo hacía. Ella levantó una mano y se apartó un pelo ondulado y alborotado de la frente con un movimiento coqueto que le hizo saltar los nervios.

—Mi madre dice que me mira —le dijo en voz baja, y luego levantó la barbilla—. ¿Es eso cierto?

Jon casi se echó a reír.

—¿Cómo puedo mirarle si no la soporto, lady?

Sarah tampoco se inmutó ante esta provocación.

—Pero me está mirando, sé perfectamente que cuando crezca seré hermosa. Ahora ya estoy muy guapa, ¿no cree? Por supuesto que está de acuerdo conmigo, puedo verlo en sus ojos.

Estaba más que seguro de ello, tenía que admitirlo para sí mismo, pero aquella arrogante altanera no debía saberlo. Los ojos de Sarah eran brillantes, grandes y hermosos, casi del mismo color que su vestido, y estaba seguro de que dejarían boquiabiertos a muchos pretendientes en el futuro. Pero a él no. Se arrancaría la lengua antes admitir que era una chica demasiado bonita para su gusto.

—También será mucho más vanidosa de lo que ya es, lady Ashton.

—¡No soy nada vanidosa! —se quejó, inclinando el cuello hacia un lado en una expresión aún más coqueta que la anterior—. Simplemente digo la verdad. ¿Por qué ocultar los hechos? ¿Por qué negar la evidencia? ¿Con qué fin?

Hacía demasiadas preguntas y Jon no podía soportar el sonido estridente de su voz todavía infantil.

Se inclinó hacia el seto para que ella pudiera oírle bien.

—Tal vez debería considerar callarse para variar. ¿Se da cuenta de lo irritante que es su voz?

Sarah sonrió amablemente, pero él sabía muy bien que tenía toda la intención de responderle. Le gustaba desafiarla. Llegaría el momento en que ella ya no tendría ninguna posibilidad de responderle, y tal vez él se vengara un poco.

—Solo porque nunca encontrará una esposa que me iguale en belleza e inteligencia, arrogante Charters, no significa que deba tener el descaro de insultarme. —Ahí estaba, la Sarah Jane Ashton que tanto odiaba. Pero tenía que admitir que ella se lo estaba buscando—. Nunca tendrá la oportunidad de casarse conmigo —concluyó Sarah con altivez—. Por eso me mira de lejos y siempre está tan molesto cuando se encuentra conmigo.

—No le miro para nada —repitió Jon, resoplando con impaciencia—. Y nunca le pediría que se casara conmigo. Dejaré a otros el disgusto de conocerle.

—Claro que sí. —Sarah se rio con ganas y luego inclinó la cabeza con elegancia—. Ha sido un placer, lord, como siempre. Ahora debo irme, tengo cosas que hacer, a diferencia de usted.

«No tengo idea a que se refiere» pensó Jon, sacudiendo la cabeza mientras ella se alejaba, era demasiado astuta para una niña de once años. «Que Dios la ayude», realmente esperaba que con el tiempo esa niña cambiara, pero lo dudaba.

Solo una tragedia tendría el poder de cambiar su actitud, pero teniendo en cuenta el lujo en el que había crecido y aún vivía, esa idea parecía una mera fantasía.

1. No hay conexión

Londres, junio de 1841

Lord Robert Ashton siempre había sido alguien con quien Sarah Jane Ashton nunca había querido tener nada que ver. Cínico, despectivo y a veces sombrío, había llegado a los cuarenta años después de dos matrimonios fallidos que terminaron en tragedia.

Su primera esposa murió al dar a luz a su único hijo, que luego pereció de una rara enfermedad cardíaca, según decretó el médico que tuvo la ingrata tarea de informar a su padre.

Y su segunda esposa, lo abandonó para huir a París con su amante, por lo que lord Ashton abandonó finalmente la idea de casarse por tercera vez.

Lord Robert Ashton decidió dedicarse a las casas de juego y a las mujeres. Las que calentaron su cama durante una noche y luego desaparecieron sin que nadie supiera sus nombres.

Sarah estaba al tanto de todo.

No era raro que oyera a su tutor salir de casa a altas horas de la noche; por la ventana de su habitación, lo vio salir, y sacudiendo la cabeza, se preguntó cómo podía seguir soportándolo.

Cuando sus padres la abandonaron seis años antes en un trágico accidente de carruaje, el hermano de su padre, Lord Ashton, había reclamado el derecho a convertirse en su tutor como único pariente superviviente de su familia.

Sarah había oído que también tenía un abuelo, de hecho, pero el viejo vivía demasiado lejos y no estaba en su sano juicio para ser su tutor. Y así, en la víspera de su decimotercer cumpleaños, Sarah se vio obligada a vivir bajo el mismo techo que el hombre que era su tío de sangre, pero con el que realmente no tenía nada en común.

Los años no habían logrado forjar ni siquiera un lejano vínculo de afecto entre ellos. Sarah, por su parte, nunca había tenido la intención de cambiar eso.

Pero esa mañana, después del desayuno, tenía que ir a montar a caballo. Se había puesto el uniforme de montar y se estaba poniendo los guantes cuando Lord Ashton la mandó llamar.

Su intuición infalible se había puesto en alerta de inmediato. Y ahora se encontraba en el salón privado de Ashton House, con la mano agarrada al pomo de la puerta, intentando calmar su agitación interior y no levantar la voz.

—No creo que haya llegado el momento todavía.

Robert Ashton suspiró, cruzó las piernas y la estudió con un escepticismo mal disimulado, como hacía siempre que Sarah cuestionaba algo que ya era más que evidente.

—Siempre has sido la mujer más ingeniosa que he conocido, Sarah. ¿Qué? Tienes casi veinte años y te he dejado crecer con toda la ingenuidad posible, pero sabías perfectamente que era cuestión de meses.

Sarah dejó escapar una mueca.

-—¿Y ya ha elegido a mi futuro marido, supongo?

—De hecho, sí —fue la rápida respuesta del otro—. Sarah, escúchame —continuó cuando se dio cuenta de que la chica se había puesto morada y estaba a punto de gritar. A pesar de todo, conocía bien los momentos previos a sus arrebatos.

—No estoy segura de querer escucharle. Tenemos suficiente dinero para salir adelante, no necesita añadirlo a través de mi matrimonio para... Ni siquiera sé para qué, ¡maldita sea!

—Sarah —la interrumpió bruscamente Lord Ashton. Ella se estremeció. Su tío nunca había subido el tono de esa manera—. Prácticamente tienes edad para casarte. He elegido para ti un marido que es digno de ti. Es joven, guapo, rico, inteligente y amable. Te dará todo lo que necesitas, estoy seguro. Pero debes tener la decencia de ser al menos entusiasta con este matrimonio. —Hizo una pausa y se pasó una mano por su creciente barba—. Es lo que tus pobres padres habrían querido.

Sarah apretó los dedos en el respaldo de la silla.

—No hace falta que mencione a mis padres. Sé muy bien que esto es lo que querían para mí.

—Perdóname —dijo su tío, poniéndose de pie y caminando hacia ella—. Pero por lo que sé, el matrimonio siempre ha formado parte de tus planes. Desde que eras una niña. —Levantó la barbilla, orgulloso. ¿Quería utilizar un tono diplomático para ganársela? No iba a tener éxito, aunque Sarah estaba realmente cansada de discutir.

—Tienes razón. Pero en los últimos años he cambiado mi opinión al respecto. No quiero casarme con alguien y luego quizás perderlo y sufrir por ello. Ya he sufrido bastante, y Dios sabe que...

-—Oh, mi pobre e ingenua sobrina —exclamó lord Ashton, sonriéndole paternalmente. Puso sus manos sobre sus delgados hombros—. Solo podrías sufrir si amaras a tu marido, y créeme, Sarah, el amor es solo una tonta fantasía. Ya no corres el riesgo de sufrir. Al menos, no por amor.

Sarah contuvo el impulso de quitarle las manos de los hombros y tragó con dificultad el amargo nudo que le cerraba la garganta. Sabía que no tenía elección, y que el amor, como había dicho su tío, era solo un producto de su imaginación, pero no podía evitar dejar una pequeña puerta abierta... y esperar que, sea cual sea el hombre con el que lord Ashton había decidido casarla, aprendiera a amarlo.

—Eres una mujer fuerte —susurró el hombre—, créeme, aprenderás a ser una esposa igual de fuerte.

Sarah no se preguntó qué significaban esas palabras. Todavía estaba demasiado conmocionada por la noticia que había recibido, demasiado enfadada por no haber tenido siquiera la oportunidad de elegir al hombre que se convertiría en su marido, como para prestar atención al tono de su tío.

—Estaba a punto de salir a dar una vuelta —dijo con toda la delicadeza posible—, volveré a la hora de comer.

Lord Ashton asintió y se dirigió a la ventana del salón.

—Lord Thomson vendrá pasado mañana a reunirse contigo.

Sarah apretó los labios, demorándose unos instantes en el umbral y considerando si debía responder o no. Al parecer, su tío ya había planeado todo hasta el último detalle, así que no podía hacer nada.

Abrió la puerta y la cerró tras de sí mientras intentaba apartar las lágrimas. Eran lágrimas de rabia. La sensación de impotencia ante esta situación era casi insoportable, y no estaba segura de poder vivir con ella.

Lord Ashton había dicho que verla casada sería también el deseo de sus difuntos padres, pero Sarah estaba segura de que ellos nunca le impondrían ninguna elección. Sabía que llegaba tarde. Sin embargo, no entendía la urgencia de su tío. Tampoco quería investigar. Estaba segura de que tenía que haber una razón, pero la averiguaría más tarde. Por el momento haría lo que los demás esperaban, acatando el dogma de la buena y devota niña de alta cuna.

La única esperanza que le quedaba era aprender a amar a este hombre, Lord Thomson. Y si realmente era tan amable e inteligente como Lord Ashton había dicho, tal vez incluso podría tener éxito.

2. El Club Dash

El Dash Club era la casa de juego más concurrida de Londres. A medio camino entre Westminster y Whitechapel, atraía a gente de todo tipo, pero muchos se mantuvieron alejados.

Jon Charters sabía que era el último lugar que su hermana Claire visitó antes de morir unos meses antes. No había querido preguntar por qué había llegado hasta allí antes, solo esperaba que su muerte no hubiera tenido nada que ver con ninguno de los visitantes habituales de aquel maldito garito. Algunos lo habrían llamado un pequeño tugurio que en realidad reunía incluso a gente de la alta sociedad, pero él no podía evitar pensar que aquel lugar era el último que Claire había pisado.

Esa noche, sin embargo, había rechazado otra invitación a cenar y había hecho preparar el carruaje. Estaba decidido a averiguar más sobre la desaparición de su hermana. Era posible, por supuesto, que el Club Dash no tuviera nada que ver con su muerte, pero al menos tenía que intentarlo.

Claire había sido encontrada degollada a la entrada de ese maldito club ocho meses antes, y durante todos esos meses Jon se había negado a dejar de investigar.

Los agentes de Scotland Yard le habían dicho que, tras varias investigaciones sobre el cuerpo de la joven de diecinueve años, se había descubierto que Claire había muerto de un ataque al corazón y no de la herida en la garganta. Pero Jon sabía que no era así.

¡Le habían cortado la garganta, maldita sea!

Tenía que haber una razón, y él lo averiguaría. De una forma u otra.

Cuando el carruaje llegó a su destino, Jon se sintió inquieto, como hacía tiempo que no lo estaba. El Club Dash solía ser frecuentado por el tipo de mujeres sueltas que habían sido su pan de cada día antes de la muerte de Claire. Algunos le consideraban el libertino más a la moda de Londres, otros simplemente pensaban que tenía suerte de tener ese aspecto. Su esculpido físico, fruto de todos los años de entrenamiento con su padre, había sido un sabroso bocado para casi la mitad de la población femenina de Londres. Su estatura y sus ojos verdes oscuros lo convirtieron en un premio social muy codiciado. Claire siempre le decía que cualquiera que lo conociera, incluso la mujer más fría y apática del mundo, caería rendida a sus pies, derritiéndose ante el profundo sonido de su voz.

Sin embargo, nunca había hecho nada para desear toda esa atención.

En esta situación particular, habría preferido no despertar miradas maliciosas, pero sabía que en cuanto entrara, estaría rodeado de lo que, Jon llamaba ahora, las verdaderas víctimas de la sociedad.

La prostitución en ese momento había despegado realmente, pero esa noche Jon Charters tenía cosas más importantes en las que pensar.

Tenía que arrojar luz sobre el misterio de su hermana.

Serio, se ajustó el sombrero negro en la cabeza y entró. El lugar apestaba a alcohol y a cigarros, a aire viciado y a algo que no tenía intención de identificar, pero se obligó a relajarse y a despejar la mente sobre cómo abordar al dueño.

Alto, corpulento, con un impecable traje de noche, el hombre se acercó a él, mirándolo con desprecio, ya que Jon era unos diez centímetros más alto que él. Por suerte para él, ni siquiera tendría que entrar en el corazón del lugar y así evitaría esas molestas miradas provocadoras de las mujeres.

—Buenas noches, milord. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vengo a pedir información a ti o a las otras personas que vienen aquí —respondió Jon, quitándose el sombrero y colocándolo sobre el largo mostrador de madera—. Tengo la intención de pagarle generosamente si me proporciona la información exacta que necesito.

El hombre sopesó sus palabras durante unos instantes, luego cruzó los brazos sobre el pecho y le miró con expresión de cautela.

—Pregunte. Estaré encantado de complacerle si puedo.

—Muy bien. —Jon se ajustó su largo y oscuro abrigo, metiendo las manos en los bolsillos —. Hace unos ocho meses, el Club Dash era frecuentado por una chica.

—El Club Dash es frecuentado por muchas chicas, afortunadamente para mí, Lord Charters —respondió el dueño, inclinando la cabeza hacia un lado.

Jon arrugó la frente.

—Ya sabe mi nombre.

—Usted es muy conocido en la ciudad, mi señor —fue la inocente respuesta—. Esta chica de la que habla, sin embargo, debería describírmela.

—Muy bien. —Jon trató de tragarse el amargo nudo que tenía en la garganta, como hacía siempre que alguien mencionaba a su hermana o le preguntaba por ella—. Era así de alta —señaló por encima del hombro—, pelo castaño y ojos verdes. Era muy alegre, se reía mucho. Y hablaba mucho.

El dueño se inclinó hacia él con el torso, temblando un poco.

—¿Era?

—Se llamaba Claire —contestó Jon, casi atónico—. Fue asesinada. Me gustaría saber si la recuerda y si tuvo algún problema con alguien dentro de este lugar.

Con un gran esfuerzo de voluntad consiguió no añadir que aquella chica, su hermana, había aparecido asesinada a pocos metros de la entrada de aquel maldito club.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y se llevó una mano al corazón, claramente arrepentido.

—Yo no... Realmente no sabría cómo ayudarle, Lord Charters. No recuerdo a todas las chicas que entran por esa puerta. Y seguro que los demás tampoco pueden ayudarte.

Jon trató de mantener la calma. Probablemente ese tipo no podía ayudarle, pero eso no significaba que los demás fueran de la misma opinión.

—Lo entiendo. Por favor, permítame...

—¡Jon Charters! —exclamó de repente una voz ronca y jovial detrás de él. La puerta se cerró tras él, dejando entrar una ráfaga de aire fresco. Jon se volvió en dirección a la voz y reconoció a Lord Robert Ashton, pariente más cercano de la señorita Sarah Jane Ashton.

La pesadilla de su adolescencia. En ese momento, el recuerdo de aquella niña casi le hizo desviarse de su objetivo.

—Buenas noches, Lord Ashton.

—¡Se has convertido en un hombre de verdad! Hace muchos años que no nos veíamos —replicó Robert Ashton con un dedo en la barbilla—. ¿Qué será, dos? ¿Tres años?

Jon suspiró.

—Tal vez cuatro. A su sobrina, en cambio, no la he visto desde hace mucho tiempo.

-—Oh, bueno —dijo Ashton encogiéndose de hombros—. Ha estado muy callada en los últimos años. Sabe, después de que sus padres murieran...

Jon no podía imaginarse cómo aquella arrogante niña podía haberse vuelto tan tranquila de repente, pero tal vez tenía que admitir que haber vivido el dolor de la muerte de sus padres había

ayudado a ablandarla un poco. Aun así, lamentaba que hubiera sufrido tanto. Tan rencorosa y arpía como la recordaba, tal vez haya cambiado con los años y, de todas formas, nadie debería merecer tanto sufrimiento.

—Sí. Ni siquiera tuve la oportunidad de darle el pésame, ya sabes, nuestros padres no estaban en buenos términos en ese momento y...

—Lo sé, hijo —le interrumpió Robert Ashton—. Sarah seguramente te habrá perdonado por eso.

A Jon no le importaba realmente si ella le perdonaba o no por no darle el pésame. Siempre la había odiado. Nunca habían sido amigos.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse en qué se había convertido. Ya debía de ser una mujer, y desde luego debía ser tan hermosa como la recordaba, sin duda tendría los mismos ojos. Recordaba perfectamente sus ojos de atrayentes.

Tuvo que admitir que quizás, en el fondo, siempre había querido ser su amigo. Si Sarah no hubiera tenido ese temperamento, probablemente Jon la habría invitado a salir incluso unos años antes. Pero las cosas habían sido diferentes, la vida los había separado por completo durante casi diez años, y en ese momento el conde de Charters tenía cosas más urgentes de las que preocuparse.

—Ha sido un placer verle, Lord Ashton —le saludó poniéndose de nuevo el sombrero, y luego se dirigió al dueño del Club—. Gracias por escucharme, quizás vuelva en los próximos días por más noticias. Buenas noches, señores.

Y dicho esto, se fue. No le había pedido al conde que transmitiera sus saludos a Sarah Ashton, ya que a ella le habría parecido ciertamente falso por su parte.

Sin embargo, Jon no pudo evitar preguntarse qué había hecho que lord Robert Ashton acudiera a ese lugar cuando debería haber estado en casa cuidando de su sobrina. Después de todo, tenía curiosidad por volver a verla.

3. Puesta en escena

Dos días después, Sarah se preguntaba por qué, con un tiempo así, Mark Thomson no se había quedado en casa en lugar de arriesgarse a que el frío le calara hasta los huesos al salir del maldito carruaje. La lluvia era tan implacable y fuerte que incluso los páramos en la distancia parecían una gigantesca nube de humo espeso, de modo que no se podían ver los contornos de los árboles y los setos de su jardín.

Con la nariz pegada al cristal helado de la ventana, Sarah intentó sofocar su sensación de tormento mientras se torturaba los dedos, esperando que su tío la llamara.

Desde la distancia, no podía verlo bien, pero podía apostar que Lord Thomson era lo que ella solía llamar un dandi barato. Era demasiado alto, y aquel enorme sombrero que le cubría la cabeza era demasiado voluminoso, el largo bastón que apoyaba en el suelo demasiado fino mientras sus pies recorrían rápidamente el camino de grava. No sabía cuántos años tenía, pero se juró a sí misma que si tuviera más del doble de su edad, gritaría.

El sentido común sugería que contraer matrimonio con un hombre mucho mayor solo podía conducir a un beneficio: heredar su dinero. Si se tuviera en cuenta el lado sentimental, el que su tío pensaba que no tenía razón de ser, podría incluso caer en la pobreza.

Levantó la barbilla con orgullo. Sabía que era solo cuestión de momentos.

Dentro de cinco minutos Lord Ashton la convocaría, y ella tendría que fingir que estaba interesada en ese bendito matrimonio, al menos al principio. Tal vez podría considerar fugarse el día antes de la boda. Pero, ¿cómo podría arriesgarse a manchar el buen nombre de su familia? ¿Y qué habrían pensado sus padres si aún estuvieran vivos?

Ese pensamiento la perturbó, amenazando con hacerla estallar en lágrimas. No podía ceder en ese momento.

Se daría a sí misma y a Lord Thomson la oportunidad de conocerse y, quién sabe, tal vez en el futuro, incluso podría ser feliz...

El problema es que el matrimonio le fue impuesto. Y aunque sabía que había deberes que cumplir y que su tío tenía toda la autoridad, Sarah quería rebelarse.

Mientras bajaba las escaleras y se encontraba en el pasillo que conducía a la biblioteca, Sarah Ashton trató de parecer lo más complaciente posible. Se dejó llevar por la esperanza de que Mark Thomson era un buen hombre y que no la obligaría a hacer nada que no quisiera.

—¿Señorita Ashton? —Freya, su criada personal, llamó suavemente detrás de ella. Tenía la edad que habría tenido su madre si hubiera estado viva, y era la persona más amable que Sarah conocía. Su vida nunca había sido de bondad o afecto, pero Freya siempre había mostrado su gran gentileza, ocupando el lugar de su madre cuando Sarah se encontró sola a los trece años. A menudo se había culpado a sí misma por haberla sustituido de alguna manera, pero por mucho que intentara no admitirlo, Freya estaba probablemente más cerca de ella de lo que la difunta Lady Ashton había estado nunca.

—Olvidaste la cinta.

—Gracias, señora Carter.

Sarah se dio la vuelta, intentando no parecer tensa, pero la mujer la conocía demasiado bien. Freya Carter la miró con tristeza mientras la chica cogía la cinta y se la ataba en la muñeca. Era un simple trozo de tela de zafiro, el objeto más preciado que poseía. Su madre se lo había

regalado cuando empezó a darse cuenta de que para ser una mujer de verdad era necesario llevar esos adornos. Solo que no en su pelo. Como siempre se había rebelado, Sarah había optado por atarlo a su muñeca incluso después de la muerte de sus padres, para tenerlo siempre delante de sus ojos.

—Todo irá bien, ya lo verás —intentó tranquilizarla el ama de llaves. Levantó una mano y con un toque maternal le tocó la mejilla, un gesto que había hecho a menudo en los últimos años para consolar a la chica en sus momentos más oscuros—. Creo que eres capaz de enfrentarte a cualquiera.

—Ojalá fuera verdad —murmuró Sarah con un triste suspiro. Estaba perdiendo los nervios, y se daba cuenta a cada minuto hasta que conociera a su futuro marido.

—Lo es. Solo que, señorita Ashton, no deje que nadie la obligue a hacer algo que no quiere hacer.

Sarah aún no había considerado la posibilidad de que Lord Thomson la hubiera forzado a ir al lecho matrimonial, pero tenía que estar de acuerdo con Freya en que los hombres rara vez tomaban lo que querían, aunque las mujeres no estuvieran dispuestas a ofrecerlo.

Sus latidos apenas se aceleraron, pero entonces se obligó a creer que nada de lo que decía la camarera se correspondía con la realidad. Tenía que ser fuerte.

—Tendré cuidado, no te preocupes.

Le dedicó una pequeña sonrisa, aunque sabía que Freya la conocía perfectamente y había percibido su estado de ánimo.

Sarah la despidió y se preparó para entrar en la biblioteca.

Ahora solo esa puerta la separaba de su futuro marido. Tras unos momentos de incertidumbre, ya no había ningún obstáculo.

Lord Ashton se volvió hacia la entrada de la biblioteca y su rostro se iluminó con una sonrisa jovial, lo que la puso bastante nerviosa. Ella sabía que su tío estaba fingiendo. A estas alturas, ella había aprendido a interpretar cada una de sus expresiones, pero no se inmutó.

—¡Señor Thomson, aquí está la futura novia!

Sarah trató de concentrarse únicamente en el otro hombre. Como había vislumbrado a través de la ventana de su habitación, Thomson era alto, mucho más alto que ella, pero se había quitado el sombrero y había apoyado su bastón junto a la pequeña mesa del centro de la habitación, y ahora Sarah podía verlo bien. Tenía unos hombros anchos que se estiraban bajo su chaqueta oscura, sus piernas igualmente anchas y largas estaban envueltas en unos pantalones ajustados y parecía que iban a rasgar la tela en cualquier momento. Se había afeitado, reconoció Sarah, probablemente para la ocasión, y su cabello dorado estaba pulcramente peinado hacia un lado, como era la moda londinense de la época.

Se acercó para verlo mejor y se centró en su rostro; era una cara de rasgos duros, labios finos, pero los ojos eran tan profundos que la chica pensó que se iba a desmayar. Dos grandes fustes marrones que parecían inspeccionar su cuerpo milímetro a milímetro, y cuando se detuvieron en sus labios se volvieron aún más traviesos.

Sarah casi sintió que la desnudaba con su mirada, y ese tipo de provocación hizo aflorar su espíritu de lucha. No quería ser una maldita presa atrapada en la trampa de un cazador.

—Es un placer conocerla, señorita Ashton —le dijo mientras Sarah, por procedimiento, le tendía la mano para que el conde la tocara con sus labios.

Su voz también era grave, pero desde el primer momento la consideró inapropiada.

—El placer es mío, señor Thomson —respondió ella, poniendo su expresión más coqueta —. Espero que su viaje no haya sido demasiado agotador.

—En absoluto. Y aunque lo hubiera sido, le aseguro que ha valido la pena, solo por tener la fortuna de verla.

Sarah no pudo evitar estremecerse ante esta afirmación, pero por suerte su tío se apresuró a intervenir.

—¿Qué le parece si nos preparamos para comer? Ya casi es la hora, ¿no? Y por la tarde podréis conoceros mejor.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo con una sonrisa demasiado cursi incluso para sus estándares.

—Muy bien —aceptó Mark Thomson, extendiendo el brazo en clara señal de invitación.

—¿Le gustaría acompañarme en el pasillo mientras tanto?

Sarah sabía que tendría que rechazarlo porque ese hombre, por muy atractivo que fuera, nunca reflejaría su idea de un hipotético marido. Había algo en los movimientos de su cuerpo que no la convencía, algo en su mirada que no podía identificar. Lo único que sabía era que no le gustaba y que todas sus esperanzas acababan de derrumbarse.

Sin embargo, aceptó su brazo de todos modos, decidida a mantener la farsa que acababa de instalarse en su cabeza. Nunca se casaría con él, pero nadie debía saberlo, al menos por el momento.

4. El hombre de la ley

Después del almuerzo, Lord Ashton había dejado a Sarah y al señor Thomson solos en la biblioteca para que, según él, pudieran conocerse mejor. Pero lo que Sarah seguía viendo no le gustaba.

Era la forma en que el hombre la miraba, tal vez, como alguien que está seguro de haber atrapado una presa muy codiciada y ahora, por fin, la tiene en sus manos.

Por su parte, debe haber causado más que una buena impresión a Mark Thomson.

Ella había notado cómo él no dejaba de mirar sus pechos, que intentaban escapar del encaje de su corpiño porque eran demasiado grandes. A Sarah casi le repugnaba la idea de compartir la cama con un hombre así. No había cortesía en su mirada, solo una vaga lujuria, aunque su comportamiento era inconfundible. Estaba segura de que la quería. Sin embargo, tal vez se esforzaba por no parecer demasiado lascivo para no asustarla. Bueno, ciertamente no estaba asustada, solo asqueada.

—Es usted muy guapa, señorita Ashton, pero seguro que ya ha oído estas palabras en boca de muchos otros caballeros.

-—Ya sabe, señor Thomson —respondió en un tono bastante afectado—. Últimamente no he visto a ningún caballero. Verá, después del duelo de mis padres no he tenido muchas ganas de salir.

—Ya me lo imagino. —Cruzó las piernas. Ella estaba sentada a su lado con la espalda recta y mirando fijamente a un punto indefinido de la habitación. Mirarlo era lo último que quería. Pero sabía que tendría que hacer un esfuerzo para seguir su plan, así que, respirando profundamente, finalmente giró la cabeza en su dirección.

—Sin embargo —se aclaró la garganta, fingiendo un poco de ronquera—, sus palabras solo pueden halagarme. Y admito que puedo decir lo mismo de usted.

No podía mentir sobre eso. Thomson era un hombre muy guapo.

Quizá grácil no era la expresión adecuada para describirlo, ella habría dicho más bien guapo y poderoso, pero no podía dejar que esas palabras salieran de su boca. Habría sonado como si quisiera precipitarse en la boda que tanto detestaba, y eso no era lo que ella quería.

Sin embargo, no sabía cómo iban a resultar las cosas, si su plan tendría éxito no casaría con él, y su encuentro se habrá reducido a esa tarde lluviosa en la finca de Ashton.

Tenía que ser minuciosa, planificar todo hasta el último detalle. Sus instintos le decían que no se confiara, pero le costaba toda su fuerza de voluntad hacerles caso.

El señor Thomson le sonrió, mostrando una dentadura casi perfecta.

—Gracias, señorita Ashton. Sabe, cuando llegué aquí no esperaba encontrar su compañía tan agradable.

Sarah se abstuvo de hacer una mueca de decepción. El método que utilizaba para intentar conquistarla era tan antiguo como el tiempo y si no hubiera estado en esa situación incluso habría sonreído ante tal afirmación.

—De nuevo, puedo decir lo mismo de usted. —Era una mala mentirosa, pero esperaba que él no se diera cuenta. Todavía no podía decir si era un hombre tan inteligente como su tío lo había descrito, pero ciertamente no era estúpido. Sin embargo, él no contraatacó, no hizo nada para hacerle saber que se daba cuenta de que estaba mintiendo. Sarah no sabía si sentirse relajada o temer lo peor—. Háble me de usted, señor Thomson. —Ella le sonrió. Al menos seguía

haciéndolo perfectamente—. ¿Cuánto tiempo lleva en Londres?

—Oh, no mucho —respondió el hombre, relajando los hombros en el pequeño sofá que compartían.

—Mi familia era originaria de Yorkshire, nos mudamos aquí después de la universidad porque mi madre tenía la absurda idea de que nos gustaría más Londres. Y mi padre, que en paz descanse, le siguió la corriente.

Sarah arqueó una ceja.

Evitó deliberadamente hacer preguntas sobre los padres del hombre, porque tendría que fingir que se interesaba por su familia y no lo hacía. Pero tenía que referirse a algo de él, así que tomó el camino más fácil.

—¿Universidad?

—Leyes —explicó sin dejar de mirarla—. Soy licenciado en Derecho.

—Oh —dijo Sarah, empezando a sentirse un poco incómoda. Así que era abogado, o algo así. Eso no era una ventaja para ella. Sin duda era más inteligente de lo que había pensado en un principio, pero no iba a desanimarse—. No entiendo mucho sobre la abogacía, pero creo que su profesión es muy gratificante, ¿no?

Thomson se echó a reír.

—No debe sentir que tiene que alabar mi profesión, señorita Ashton. Realmente no es necesario.

Sarah no pudo evitar encolerizarse.

—No siento que tenga que hacerlo —respondió—. Me parece muy interesante.

—No, no lo es, pero no importa. Al fin y al cabo, no es de mi profesión de lo que vamos a hablar en el futuro. Por supuesto, los dos tendremos que compartir otros intereses además de mi título de abogado.

Ella le miró secamente. Sabía perfectamente a qué se refería, y aquella ilusión velada le provocó una instantánea oleada de náuseas.

—Perdóname, yo no... No creo que me sienta muy bien. —Se levantó, arrugando los pliegues de su falda zafiro y se llevó una mano al estómago. Si no salía de la biblioteca inmediatamente habría vomitado en el suelo delante de él, estaba segura.

—¿Qué? Por supuesto, no hay problema. —Thomson se levantó con ella—. Le acompañaré a la salida.

Sarah se dejó arrastrar hacia el pasillo y trató de inhalar profundamente, pero fue en vano. La ola de náuseas avanzaba.

—Por favor, mande llamar a mi criada personal.

****

Esa mañana, de pie frente a la ventana de la sala de desayunos, Jon se esforzó por no prestar atención a su madre, la viuda Lady Charters. La noche anterior le había oído llegar demasiado tarde para su horario habitual, y desde que se levantó le había hecho más de una docena de preguntas que apuntaban todas a lo mismo: por qué su hijo, por segunda noche consecutiva, había llegado tan tarde sin dar ninguna explicación.

Jon se llevó la taza de café a los labios, esperando que el amargo líquido le hiciera olvidar sus pensamientos.

Desde luego, no podía decirle a su madre que había estado paseando por las calles por las que solía pasar Claire durante dos días seguidos, o que había vuelto al Club Dash para averiguar más sobre su desaparición.

La Condesa Charters era demasiado sensible para estar al tanto de tal cosa. La muerte de su segunda hija la había destrozado, y seguramente esa parte de ella que siempre había sido jovial y sonriente nunca volvería. Jon lo sabía. Podía ver en los ojos de su madre todo el dolor que aún no había desaparecido, y que nunca desaparecería.

Si le revelaba lo que iba a hacer, esa herida que nunca se había cerrado se reabriría, y él no podía hacerle eso a su madre.

—No te vas a meter en situaciones poco éticas de nuevo... —le dijo con un tono de voz ligeramente más alto, quizá para que su hijo se girara por fin y la mirara.

«Por supuesto», pensó Jon, tal vez podría disfrazar su investigación sobre la desaparición de su hermana con algo que Lady Charters ya conocía: sus conquistas dentro de las habitaciones.

No era escandaloso, aunque cuando el rumor había empezado a circular por Londres, su madre tuvo una especie de ataque de pánico y durante una semana había paseado por la finca sacudiendo la cabeza y murmurando algo que él se había negado a escuchar.

Jon no estaba orgulloso de la persona que había sido en el pasado.

Ir de la cama de una mujer a otra no lo convertía ciertamente en un hombre de valor, y además, cada vez que sentía que algo se agitaba en el corazón de las mujeres, desaparecía sin decir una palabra.

Pero ese día, a Jon no le importó que su madre pensara que había vuelto a su antigua vida. Era una excusa que se mantendría más que bien, y justificaría sus regresos en medio de la noche.

—Siento que lo hayas adivinado antes de que te lo dijera, madre —respondió, volviéndose finalmente hacia ella—, pero tienes razón.

—¡Oh, piedad! —Lady Charters soltó un suspiro—. Jon, hijo mío, ¿no crees que ha llegado el momento de tomar una esposa? Se acerca tu vigésimo octavo cumpleaños.

—Por el amor de Dios, madre —la interrumpió Jon, colocando la taza sobre la larga mesa de caoba de la habitación. Ella lo miró mientras Jon le indicaba al mozo que atendía el buffet que saliera de la habitación. Su madre a lo mejor sabía exactamente cuál sería su respuesta. El matrimonio estaba lejos de sus objetivos, al menos por el momento; además, Jon había proclamado claramente en más de una ocasión que solo se casaría por amor, por lo que cualquier intención de contraer matrimonio estaba muy lejos. ¿Quién se casaría con un mujeriego? ¿Quién se enamoraría de alguien como él?—. Sabes tan bien como yo que no tengo intención de casarme, al menos por el momento. Y que ninguna mujer en su sano juicio consideraría casarse conmigo.

Lady Charters dio un mordisco a un bollo y esperó a tragar el bocado antes de responder.

—La mujer que te robará el corazón llegará, Jon, y entonces te verás obligado a admitir que no estás en una situación tan desesperada como crees.

Él realmente creía que ella estaba allí. Si no descubría pronto la causa de la desaparición de su hermana, se volvería loco, pero su madre no podía saberlo. Habría sido mejor dejarla pensar que por el momento había ido de un lado a otro de una mujer a otra para no despertar sospechas, y esto también le habría dado tiempo para contratar a un investigador privado, algo en lo que había estado pensando durante unas horas.

—¿Jon? —Lady Charters se levantó y rodeó la mesa para reunirse con su hijo—. ¿Qué hay de la señorita Ashton, la hija de nuestros últimos vecinos? Por lo que sé, todavía está soltera y es guapa, y hace muchos años erais amigos...

—Nunca fuimos amigos, madre. —Jon casi se echó a reír de los nervios. Era la segunda vez que pensaba en la señorita Ashton en dos días, y eso no era bueno. La odiaba, y por lo que podía recordar el sentimiento era mutuo—. Siempre ha sido una arpía mimada que se elevaba por

encima de todos y yo, bueno... la odio, sinceramente.

Lady Charters extendió una mano para rozar su mejilla barbuda.

—Pero podrías darle una oportunidad.

—Soy un mujeriego, madre, ¿recuerdas? Nadie se casará conmigo. —La mujer apenas se inmutó y retiró la mano. Jon se dio cuenta de que había levantado la voz para hacerle entender que la idea del matrimonio no debía ser considerada. Su madre y todos los demás tenían que entenderlo—. No debes esperar nada de mí —dijo, pasándose una mano por la cara y cerrando los ojos—. Si me disculpas, madre, tengo que ir a la ciudad ahora. Tengo algunos asuntos que atender.

Lady Charters lo vio alejarse con expresión desconsolada, pero siguió creyendo que, de una forma u otra, su hijo tendría por fin la oportunidad de ser feliz.

5. Lo que no se espera

—No me gusta ese hombre —declaró Sarah esa noche mientras Freya se ajustaba el camisón, dejándolo encima de la cama. La mujer menuda y algo carnosa se acercó lentamente a ella.

Sarah miró su angustiado reflejo en el espejo y no pudo contener un suspiro.

Sus labios estaban estirados en una fina línea, sus mejillas estaban demasiado hundidas, sus ojos tristes rodeados de horribles sombras.

—No tiene que casarse con él si no es de su agrado, señorita Ashton.

—No es por el aspecto que tiene, señora Carter —respondió mientras daba vueltas al peine entre sus dedos—. Es la forma en que me mira, como si estuviera esperando para abalanzarse sobre mí. Eso es terrible.

—Así que dice que su aspecto se ajusta a sus gustos —supuso la camarera, frunciendo el ceño. Sarah se volvió hacia ella.

—¿Dice que debo pasar por alto el hecho de que el hombre me mira como si yo fuera una liebre y él fuera mi cazador solo porque su aspecto se ajusta a mi gusto?

La señora Carter negó con la cabeza.

—No, señorita Ashton, solo decía que tal vez podría darle una oportunidad. Por lo que ha dicho, es una persona inteligente de todos modos, y además, ¡es abogado!

Sarah se pasó las manos por la cara y luego apoyó los codos en el tocador.

—Hay algo en ese hombre que me molesta. No importa que sea abogado y no importa lo atractivo que sea. Tengo que averiguar por qué me molesta tanto.

Freya estaba a punto de decir algo, pero Sarah la despidió por esa noche con una sonrisa triste. La mujer se encogió de hombros mientras le daba un tierno beso en el pelo para que se acostara.

—Trate de descansar tranquila, señorita Ashton —le dijo suavemente mientras se dirigía a la puerta, sosteniendo la vela—. Y recuerde que es fuerte y que nadie puede pisarle.

Cuando la señora Carter salió de la habitación, Sarah pensó mucho en sus palabras. Tal vez en el pasado sí había sido una chica fuerte, dispuesta a todo, lista para arremeter cuando alguien intentara frustrarla, pero ahora ya no estaba segura de poseer esa fuerza.

Fue su tío el responsable de sus temores. Había habido demasiada prisa, demasiada urgencia en la organización de la boda. Y aunque ya había decidido no casarse con ese hombre, estaba decidida a averiguar qué tramaban esos dos hombres. Porque estaba segura de que Lord Thomson no era inmune a ser señalado como culpable.

Su tío podría haber elegido entre decenas de otros hombres para que se casara, sobre todo porque el año anterior le había dicho que quería darle más tiempo antes de verla casada. En cambio, en menos de una semana, se encontró sometida a la única regla que jamás respetaría: casarse contra su voluntad. Lord Thomson le daba escalofríos, y estaba segura de que podía confiar en sus instintos. El hombre estaba ocultando algo.

Se puso el camisón y se ató las cintas bajo la barbilla, luego se quitó las zapatillas y estaba a punto de meterse en la cama cuando un ruido llegó a sus oídos. Era el sonido de una puerta que se cerraba demasiado fuerte, combinado con un ajetreo de pasos que venían del piso de abajo. La biblioteca estaba a pocos metros de su habitación en el piso inferior y el suelo era demasiado fino para amortiguar los sonidos que llegaban de la habitación bajo sus pies. Pero desde donde estaba,

Sarah no podía oír más que voces apagadas sin captar del todo el significado de la conversación.

Así que optó por hacer algo que nunca había hecho antes: escuchar a escondidas. Sin ponerse las zapatillas, cogió y se puso el camisón y abrió la puerta de su habitación para bajar. Mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie en el pasillo, recorrió la distancia hasta las escaleras. Al detenerse en el tercer escalón, escuchó una voz que ahora conocía. Era la de Mark Thomson.

Frunciendo el ceño, bajó rápidamente los últimos escalones y se dirigió a la biblioteca, siguiendo el eco de las voces. Su tío estaba en compañía del que debía ser su marido, y eso no presagiaba nada bueno. Al menos no para ella.

¿Qué hacía Mark Thomson en su casa a una hora tan tardía?

Sus sentidos se alertaron en cuanto puso la oreja en la puerta.

—¿Y? —Era la voz de su tío, y sonaba bastante agitada.

—Aún no le han dicho nadar —respondió el otro hombre—. Parece que ha estado dos noches seguidas pidiendo información sobre lo ocurrido, pero he llegado en el momento justo para que no haga más preguntas.

Sarah entrecerró los ojos. ¿De quién demonios estaban hablando?

Oyó a Lord Ashton suspirar con fuerza.

—Entiende que la situación es muy crítica, ¿no? Y que, si no se casa con mi sobrina, me veré obligado a hacer algo que realmente no quiero...

—No se burle de mí, milord, —gruñó Mark Thomson—. Sabe perfectamente que es algo que quiero hacer, pero no lo haré solo porque me esté acorralado. Y sabe muy bien que es usted quien más se beneficiará de este matrimonio.

Hubo una pausa que pareció durar una eternidad, luego Lord Ashton se relajó porque su tono de voz era más claro ahora.

—Tiene razón, Lord Thomson. Habiendo dado a conocer su, cómo decirlo, estilo de vida del que las mujeres no forman parte, seré el único que disfrutará de los servicios que mi sobrina puede ofrecerle una vez que se haya casado.

—Su sobrina me disgusta, Lord Ashton. Sí. Pero debo admitir que he desempeñado mi papel a la perfección; ella parece haber percibido que la quiero.

Lord Ashton se echó a reír, como si la idea de que aquella chica hubiera captado el deseo del hombre fuera realmente intolerable, mientras Sarah, al otro lado de la puerta, empezaba a sudar frío.

—Déjeme decirle que Sarah no es demasiado educada en materia de hombres, que mordiera el anzuelo inmediatamente era algo seguro desde el principio. Pero no darse cuenta de que es... bueno, lo que es, es muy ingenuo.

Sarah temía desmayarse en cualquier momento. Su corazón había comenzado a latir a un ritmo implacable, podía oírlo golpear en sus oídos como un martillo sobre un trozo de tela, mientras tanto la sangre mermaba de sus mejillas.

En algún lugar de su interior algo palpitaba dolorosamente.

Su tío, el hermano de su padre, había tramado todo esto para abusar de ella. Porque Mark Thomson, al parecer, tenía deseos sexuales muy diferentes a los de las mujeres. Pero, ¿por qué un joven abogado de Londres, y que la despreciaba, iba a ser persuadido de casarse con ella? Ashton lo estaba chantajeando con algo, era seguro. Pero en eso, por el momento, Sarah no podía pensar. Su mente se agitó en un intento de entender aquellas despreciables palabras que salían de la boca de su tío, y quiso entrar en aquella habitación y vomitarle todo su asco, su odio. ¿Cómo podría el hermano de su padre sentir algún deseo por ella? Ella, que acababa de convertirse en

mujer, que acababa de superar los veinte años. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de nada? Se sintió tan ingenua que quiso abofetearse a sí misma.

Pero no se lo permitió.

Por el recuerdo de sus padres, juró que no se sometería a eso. Y que su tío y el idiota de Mark Thomson podían irse directamente al infierno.

Sintió que las lágrimas encendían sus ojos. La humillación, la rabia, el asco, la decepción se fundieron en un gran manto que nubló su mente y amenazó con asfixiarla.

Tenía que salir de allí. Y de inmediato.

Y el lugar al que habría huido era el único que nunca había formado parte de sus planes, pero que sin embargo era el más cercano.

Charters House. El patrimonio del único hombre que nunca, nunca quiso tener nada que ver con ella.

6. El extraño en los setos

Freya Carter fue despertada en medio de la noche, media hora después, por un susurro apenas audible pero suficiente para interrumpir su sueño. Seguramente aún no se había dormido cuando Sarah fue a su habitación, que nunca mantenía cerrada, y se inclinó sobre su cuerpo tendido en la cama.

—¿Señora Carter? —balbuceó la señorita Ashton, con la voz medio arrastrada.

Esta vez, la señora Carter sintió la urgencia de esa voz y se vio obligada a abrir bien los ojos. Confundida, se levantó para sentarse cuando se dio cuenta de que Sarah estaba encima de ella, esperando impacientemente a que se levantara.

—Señorita, ¿qué hace aquí? ¿Qué está pasando?

Se dio cuenta de que Sarah se retorcía las manos con bastante nerviosismo y que la expresión de su rostro, incluso en la oscuridad percibida de la habitación, presagiaba malas noticias.

—Tiene que ayudarme, señora. Carter. Se lo ruego.

Freya se pasó una mano por su rostro cansado y le agarró suavemente la mano.

—Explíqueme lo que está pasando.

—Mi tío —murmuró Sarah, mirando por encima del hombro para asegurarse de que Lord Ashton no la estaba espiando—. Estaba con Lord Thomson en la biblioteca... Escuché.... Les he oído hablar de mí, de algo que ocultan. Mi tío planea casarme para poder meterse en mi... en mi cama.

Freya Carter estaba literalmente horrorizada por esas palabras. Sobre todo, por el terror que vio en el rostro de la niña que era como una hija para ella.

—Señorita Ashton —pronunció su nombre en voz baja mientras le indicaba que se sentara a su lado—. Esto es muy poco ético por parte de Lord Ashton. Pero le conozco, y sé que está tramando algo.

—Tengo algo en mente —aceptó Sarah, mordiéndose el labio inferior, algo que siempre hacía cuando estaba muy agitada. Freya buscó sus ojos en un intento de comprender—. Pero no le va a gustar.

—Dígame, señorita —la instó Freya, realmente preocupada por su expresión mortificada.

—Quiero escapar.

La señora Carter abrió aún más los ojos.

—Pero, señorita Ashton...

—Sé que es una idea totalmente absurda —suspiró Sarah, tomándose la cabeza entre las manos—. Pero no puedo soportar la idea de dormir en mi propia cama esta noche, o en cualquier otra cama de esta casa. Debo irme, señora Carter. Y usted debe ayudarme.

Sacudiendo la cabeza como si buscara otra solución en el suelo, tal vez, o en el techo, Freya dejó escapar un suspiro desconsolado.

—Pero debe haber otra salida.

—No hay —afirmó Sarah con firmeza. Ahora, más que nunca, ni siquiera las palabras de Freya la harían desistir de su intención de escapar.

—¿Qué va a hacer después? ¿A dónde va a ir? —Volvió a tomar sus manos entre las suyas —. Sarah, es tan joven, tan... ¡Sarah!

—Encontraré una solución cuando me haya ido de aquí —fue la rápida respuesta que dio.

—Pero ahora debo huir, y de inmediato.

Sarah se levantó, ignorando el intento de Freya de sujetarla por el brazo. Vio la auténtica desesperación en los ojos marrones de la mujer que había estado a su lado durante todos esos años, y su corazón se apretó, pero tenía que salir de esa casa. O se volvería loca.

Y entonces, aunque la señora Carter no lo supiera, Sarah se quedaría más cerca de lo que nadie imaginaba.

Es decir, si Jon Charters decidiera ayudarla. El propósito que tenía en mente era el más absurdo que se le podía ocurrir, pero también era el único que le permitiría liberarse por fin de las ataduras de su tío.

Tragándose su orgullo, le rogaría a Jon Charters que la tomara como esposa. Porque si se casaba con otro hombre, Lord Thomson y Lord Ashton se verían obligados a abandonar su repugnante subterfugio.

Aunque dudaba que Jon Charters la aceptara, tenía que intentarlo. Después de todo, eran viejos conocidos, aunque ella ni siquiera sabía cómo era él en ese momento.

Por ahora, al menos, decidió no pensar en ello. Tenía que salir de allí primero.

—Señora Carter, debe ayudarme a pasar al granero, porque la entrada principal está cerrada.

Con un triste suspiro, Freya se levantó finalmente de la cama y se puso la capa.

—¿Se da cuenta de que esto es una locura?

Sarah reflexionó durante unos instantes, pensando en cómo sería su vida a partir de entonces. Pero llegó a la conclusión de que todo era mejor que la vida que su tío había decidido darle.

—Sé que es una locura, pero no me importa.

Freya asintió. Sabía que nada la haría cambiar de opinión, pero el hecho de que su futuro fuera totalmente incierto hizo que se le apretara el estómago y el corazón. ¿Cómo iba a sobrevivir ahí fuera? Tendría que encontrar empleo en algún lugar lejos de Londres, porque todo el mundo en Londres sabía quién era: la desafortunada hija huérfana del Conde Ashton.

—Muy bien, señorita Ashton. Tendré que despertar a Will para que nos lleve al granero. Hay una entrada trasera que lleva al exterior. Pero tiene que vestirse, no puede salir en camisón.

—Vaya a despertar a Will, señora Carter, por favor.

Ya pensaría en su ropa más tarde, le dijo, pero nada de lo que le dijo era cierto. Vestirse le llevaría otra media hora y no podía perder el tiempo, por lo que solo se hizo de una capa.

—Cuídese, mi dulce Sarah. —Freya le apretó la mano una última vez y la besó suavemente en la frente.

Le sonrió alentadoramente, más para infundirle valor a ella misma probablemente. Todo estaba a punto de cambiar.

—Lo haré, señora Carter. Se lo prometo.

Descalza, recorrió el pasillo que la separaba de las dependencias de la servidumbre y esperó a que la señora Carter entrara en las dependencias del mozo de cuadra, Will. Y cuando, aturdido y confuso, Will se levantó y se dio cuenta del plan, jurando no revelar nunca lo que estaba ocurriendo esa noche, Sarah se preparó para emprender la huida.

****

Tumbado en su cama, con la ropa aún puesta, Jon se devanaba los sesos pensando en la suerte que había corrido su hermana.

Golpeó con el puño el cabecero detrás de su cabeza, y los nudillos doloridos no sirvieron para calmar su sensación de tormento. Tenía que encontrar al responsable de la muerte de Claire

o se volvería loco.

Llevaba meses encerrado en casa sin saber cómo actuar, cuidando de su madre cuando esta había caído en depresión, cuidando de ambos como nunca lo había hecho. Pero había llegado el momento de cambiar las cosas, de arrojar luz sobre la desaparición de su querida hermana.

Apretando los labios, se levantó de un salto y se pasó una mano por la frente. Era plena noche, pero no le importaba. Volvería a salir y se enfrentaría de nuevo al dueño de ese maldito Dash Club.

Que Dios le ayude, esa noche sacaría sus armas si no conseguía información más precisa. Estaba seguro de que el hombre sabía algo sobre Claire Charters.

Se acercó al pequeño escritorio de la esquina de la habitación y abrió el cajón donde escondía su pistola, y luego la enfundó.

Sin hacer ruido, recorrió el pasillo y se encontró en la sala principal de la casa, listo para salir. Miró hacia arriba para asegurarse de que su madre y ninguno de los sirvientes seguían levantados, y se encontró fuera.

La fresca brisa de junio le bañó la cara, dándole un nuevo impulso, la energía que necesitaba para afrontar el mayor de los retos: enfrentarse al fantasma de su hermana.

Sin embargo, al instante echó un vistazo a la semioscuridad y se dio cuenta de que la puerta que separaba el jardín del camino de entrada había quedado entreabierta.

Frunciendo el ceño, se preguntó por qué los sirvientes habían olvidado cerrarla, pero se prometió no pensar en ello por el momento.

Al día siguiente se encargaría de eso.

Sin embargo, no pudo dar un paso más porque un movimiento en los setos le alertó de repente. Un suave crujido llegó a sus oídos, haciendo que sus ojos se entrecerraran.

Había alguien escondido en los setos. Instintivamente se llevó la mano a la culata de su pistola, y con pasos cortos se dirigió hacia los setos que dividían su finca de la de los Ashton.

—Quienquiera que seas —siseó—, sal de ahí con las manos por encima de la cabeza. —No era el momento de ser desagradable, decidió Jon, impaciente. No hubo respuesta—. ¡Sal de ahí ahora! —gruñó esta vez en un tono de voz que no admitía silencio.

Lentamente, vio un par de pies descalzos pisando el suelo cubierto de hierba, y luego un largo trozo de tela blanca que hizo otro crujido al entrar en contacto con el seto. Los ojos de Jon se entrecerraron y luego se ampliaron al reconocer que su improbable visitante era... una mujer.

El largo cabello de ébano enmarcaba un rostro ovalado y bien proporcionado, mientras que un par de ojos marrones se posaban en él y amenazaban con hacerle perder el ritmo.

No pudo hablar durante unos instantes. Su respiración pareció detenerse en sus pulmones. Habría reconocido esos ojos entre otros mil.

Que Dios la ayude, no era posible.

Sarah Jane Ashton.

En carne y hueso, después de nueve años, fría y asustada, en el jardín de Charters House.

7. Una petición en camisón

Sarah no podía esperar que Jon Charters la recibiera con los brazos abiertos. Al fin y al cabo, ella siempre lo había tratado con ostentosa condescendencia cuando eran apenas unos niños, considerándolo en su ingenua inexperiencia infantil como un individuo inadecuado.

De niño, Jon había sido tan insignificante que a Sarah nunca le había preocupado que su actitud pudiera perjudicarle. En ese momento se arrepintió. El hombre que estaba frente a ella, sosteniendo una pistola en sus dedos, era un hombre. Ya no es tan insignificante, habría dicho, lo que explicaba por qué se rumoreaba que Jon Charters, el libertino, había roto muchos corazones en el pasado.

Nunca había querido prestar atención a esos rumores, porque la vida de Jon nunca le había interesado especialmente. Llevaban nueve años sin verse, cada uno recluido en la comodidad de su casa, y ahora Sarah tendría que tragarse su orgullo para pedirle ayuda.

Era muy atractivo.

A pesar de su inmadurez, Sarah se vio obligada a admitir que a los once años nunca lo habría considerado insignificante si hubiera sabido que nueve años después su vecino se convertiría en un hombre tan apuesto.

La angustia por lo que había descubierto y el terror que envolvía sus miembros, combinados con el frescor de la noche, no ayudaron cuando el tono de voz seco e intimidante del hombre la sacó de la protección de aquellos setos.

No podía admitirse a sí misma que tenía miedo, porque no era tan tonta como para mostrarlo, pero su corazón traicionero no cejaba en la frecuencia de sus latidos.

Jon Charters, con su aura de poder y su mirada penetrante, le causó cierta agitación. Además, estaba en camisón y con el pelo suelto, una actitud tan impropia en aquellos años.

Pero Jon Charters no hizo ningún comentario sobre su inusual atuendo. Mantuvo la pistola apuntando hacia ella, pero cuando sus ojos se posaron en ella no hubo rastro de reproche y bajó lentamente el arma y la enfundó.

Pasaron lo que a ambos les parecieron momentos interminables, durante los cuales los ojos de uno estudiaban el cuerpo del otro y viceversa, como si ambos rechazaran la idea de que ya no eran niños. Entonces, con un sonido demasiado seráfico, Jon habló.

—Sarah Ashton.

Oírle decir su nombre le produjo un escalofrío, aunque Sarah prefirió atribuirlo al hecho de que era una noche fría y solo llevaba puesto el delgado camisón que hacía cualquier cosa menos abrigarla.

Se obligó a adoptar una expresión tranquila cuando ella le respondió—: Jon Charters.

¿Qué podría decir? ¿Cómo acercaba a alguien que siempre había considerado inferior por su aspecto desaliñado y una actitud que nunca había tolerado, cuando años después se descubría en su propio patio con un impúdico camisón?

Por suerte para ella, fue Jon quien volvió a tomar la palabra. Dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Qué está haciendo en mi jardín a estas horas, señorita Ashton?

No aludió a su vestimenta; por ello, Sarah se sintió agradecida, aunque sospechaba que en su corazón se había preguntado por qué.

Al cabo de un rato encontró el valor para hablar.

—Tengo una petición que hacerle, señor.

Jon arqueó las cejas. A lo lejos, en la noche, se oía el sonido de las cigarras.

—¿Qué tipo de petición?

—¿Podemos hablar de esto en privado? Además, aquí fuera hace mucho frío —replicó Sarah con demasiada urgencia. Quería desaparecer de aquel jardín lo antes posible, porque si su tío se había dado cuenta de su fuga, no le habría sido difícil seguirle la pista.

Jon pareció pensarlo unos instantes antes de darle la razón.

—Por supuesto —le respondió en un tono tranquilo que la puso terriblemente alerta—. Entre, señorita Sarah.

Su voz, aunque sonaba bastante burlona, era también profunda, ligeramente arrogante, y Sarah se vio obligada a admitir que le gustaba cómo sonaba su nombre saliendo de aquellos labios.

******

—Así que —dijo Jon cuando ambos entraron y él la condujo al salón privado de Charters House. Se acomodó en el sillón y extendió los brazos sobre sus reposabrazos, cruzando las piernas.

Sarah miró a su alrededor. Nunca había estado en Charters House. Hubo un tiempo, antes de la muerte de sus padres, en que las dos familias no se habían llevado bien y desde entonces los niños vecinos habían dejado de tener cualquier tipo de relación.

El salón era una habitación no demasiado grande, con dos sillones, una pequeña mesa de madera que los separaba y una pequeña librería que se encontraba detrás de Jon. Sin embargo, era un entorno bastante acogedor, se dio cuenta Sarah nada más entrar, quizás incluso más que lo que había sido su casa.

Ahora que estaba allí, le resultaba difícil explicar su situación.

¿Qué debía decir? ¿Que su tío había urdido un plan traicionero para elegir a un marido que nunca la habría querido solo para poder meterse en su cama? ¿Cómo podría explicar algo así?

—Tengo mucha curiosidad por escuchar lo que tiene que decirme, señorita Ashton. Pero le pido que se de prisa, porque tengo cosas urgentes en las que pensar esta noche.

El abatimiento amenazaba con asaltarla, pero no lo permitió. Levantando la barbilla, respiró profundamente e ignoró la mirada burlona de Jon.

No podía culparlo por mirarla de esa manera. Ella nunca había sido demasiado amable con él. Sin embargo, tuvo que admitir que no pudo soportar la pesadez de su mirada, como si quisiera leer en ella y despojarla de la poca ropa que llevaba. Quizá nunca se había comportado correctamente con él, pero eso no le daba derecho a burlarse de ella.

—Siento haberle molestado, Lord Charters.

¿Qué?

Llamarle así, cuando para ella siempre había sido solo el hijo del vecino, sonaba extraño, pero salió de sus labios con una naturalidad que no esperaba.

Tal vez era una señal de que debían mantener las distancias. Sin embargo, Sarah no creía en las señales del destino, así que continuó con su explicación.

Se acomodó en el sillón y le miró directamente a los ojos.

—Le necesito. O más bien, su ayuda. Mi tío, Lord Ashton, está arreglando mi matrimonio con un hombre con el que no deseo casarme, porque tiene algo más en mente para mí. —Inspiró y espiró largamente—. Algo verdaderamente inmoral. Así que, Lord Charters, estoy aquí para...

—Jon casi soltó una carcajada en la cara de Sarah. Desconcertada, ella enderezó la espalda—. Le aseguro que no hay nada divertido en esto.

—¿Sabe lo que me hace reír? —contestó Jon mientras se levantaba y caminaba hacia ella—. Que tenga el valor de presentarse en mi propiedad, después de casi diez años de silencio, para pedirme ayuda en algo en lo que no quiero involucrarme en absoluto.

La miró como si estuviera furioso con ella, sus ojos ahora lanzaban destellos. Por mucho que intentara permanecer relajada, Sarah sintió que un escalofrío de miedo la recorría. ¿Y si Jon Charters corría a informar a su tío de que ella estaba ahí, acudiendo a él en busca de ayuda?

¿Cómo se justificaría? Lord Ashton la obligaría a casarse con Mark Thomson de todos modos. Y ese solo pensamiento fue suficiente para devolverle el valor. Con un rápido movimiento se puso en pie y se encontró contra el amplio pecho de Jon. Mirando hacia abajo, pues era mucho más alto, Sarah siseó—: Conozco perfectamente las razones de su animosidad hacia mí, y no puedo culparle de ninguna manera por su trato, pero le ruego que me ayude.

Estaba casi enfadada, se dio cuenta, porque Jon ni siquiera la había dejado terminar de explicarse. Y tenía miedo de volver a su casa porque, no podía negarlo, ahora tenía miedo de su tío.

—Escúcheme, Sarah —gruñó el hombre, agarrándola fuertemente por los hombros—. Ahora se irá de mi casa y ambos olvidaremos que nos hemos visto alguna vez, para que cada uno de nosotros pueda volver a su propia vida sin más interferencias, y mañana será como si ninguno de los dos fuera consciente de la existencia del otro. No tengo intención de ayudarle.

—Le pido perdón por la forma en que le traté en el pasado, ¡si eso es lo que quiere oír! —exhaló con desesperación al sentir que su corazón volvía a palpitar en sus oídos.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Jon.

—No quiero escuchar nada en absoluto. Se ve ridícula. Se coló en mi jardín descalza y en camisón, ¿qué le pasó a la riquísima y destacada Sarah Jane Ashton que despreciaba a todos los demás? —Seguía burlándose de ella.

No pudo soportarlo.

—Solo era una niña pequeña —susurró. Resuelta, Sarah trató de quitarse esas manos demasiado calientes de los hombros y afincó los pies en el suelo. Tenía que escucharla y, sobre todo, tenía que ayudarla. No tenía otra opción. No sabía de qué otra manera resolver esa situación—. Quiere aprovecharse de mí —murmuró ella con las lágrimas amenazando con abrumarla—. Se lo ruego, ayúdeme.

Ante esas palabras profundamente amargas, Jon pareció cambiar su expresión solo por un instante, que fue suficiente para hacerle formular una sola pregunta.

—¿Cómo debo ayudarle, Sarah, dígame?

Reunió el valor que le quedaba. Por fin, tal vez la escuche.

—Despóseme.

8. El juego de Jon

Jon la miró como si acabara de blasfemar.

Vio el brillo de los ojos cerúleos de Sarah; habría jurado que estaba a punto de romper a llorar. Quizá, pensó, la situación que ella estaba sufriendo le estaba causando realmente dolor y quizás él había sido demasiado impulsivo al tener una reacción tan violenta. Pero no podía ser de otra manera. Jon no podía decir que la odiaba. Por el contrario, en el pasado la había considerado una joven carismática, un espécimen femenino tan hermoso que podría haber pasado por alto su bravuconería y arrogancia. Pero rogarle que la tomara como esposa... eso excedía cualquier capacidad de razonamiento que él estaba seguro de que ella poseía. No podía ni debía ser seria.

Cuando se hubo calmado, soltó el agarre de sus delgados hombros y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Misericordia, Sarah, no puede creer lo que acaba de decir.

La vio palidecer rápidamente, como si acabara de darse cuenta de que había pronunciado una blasfemia. Sin embargo, cuando hablaba, parecía seguir empeñada en llegar al fondo del asunto.

—Sé que lo que pido está fuera de lugar, además de ser terriblemente absurdo —murmuró con lágrimas en los ojos—, pero le juro, Jon, que nunca he estado más segura de algo en toda mi vida.

Era la primera vez en muchos años que la oía decir su nombre. Tuvo un efecto extraño en él. Casi placer, podría haber admitido, pero no estaba bien. Sarah Ashton no podía desaparecer durante nueve años y luego aparecer en su casa pidiendo ayuda como si tuviera todo el derecho a hacerlo. Además, Jon tenía cosas mucho más urgentes en su mente. Y sin embargo...

No pudo evitar mirarla con suavidad, como si fuera un corderito que necesitara ser protegido de un final trágico. Esperaba que Sarah no se diera cuenta de la forma en que la miraba, porque significaría su perdición, y realmente no quería ser dominado por su arrogancia como lo había sido cuando era solo un niño. Ahora era un hombre, y aunque Sarah Ashton era una criatura hermosa y elegante, no iba a dejar que lo atrapara en su red.

—No tiene la menor idea de lo que me está pidiendo.

—Claro que sí, Jon —respondió Sarah con un fuerte suspiro.

Una vez más, levantó la barbilla y eso fue la prueba de que no había cambiado en absoluto con los años. Seguía intentando despreciar a todo el mundo, con la única diferencia de que ya no podía hacerlo realmente. Jon la superaba en altura por lo menos en veinte centímetros y ahora tenía toda la intención de demostrarle que ya no podía aplastarlo como lo había hecho hace tanto tiempo.

Ella, en camisón, descalza, con su pelo suelto cayendo sobre los hombros y esos ojos profundos, nunca lo tentarían. Las cosas se habían puesto al revés.

Sarah Ashton le pedía ayuda, y él sabía que no encajaba en su gusto, así que ese matrimonio del que había despotricado no era más que una forma de protegerse de algo que aún no entendía del todo. Y esta vez, por fin tendría su venganza.

—Muy bien —dijo, tratando de parecer lo más relajado posible. Volvió a su asiento, dejándola de pie y siguiendo sus movimientos; Sarah respiraba con dificultad, como si no pudiera aguantar más. Tanto mejor, pensó, sería aún más excitante darle a probar su propia medicina.

—Lord Jon, por favor —reanudó el intento de acercarse a él, pero encontró su paso bloqueado por la larga pierna del hombre, que le impedía llegar hasta él.

—Quédese donde está —le ordenó. Notó la expresión de desconcierto de la joven y esa fue la primera batalla que ganó. Ella le estaba obedeciendo.

Ella permaneció quieta, de pie frente a él, con los brazos caídos a los lados. Parecía tan ingenua en esa posición que él casi perdió el aliento, pero Jon sabía perfectamente que ya no era una niña y que podía mirarlo con esa expresión de amargura todo lo que quisiera y él no se doblegaría. Quien no lo sabía aún era Sarah.

—¿Así que me está pidiendo que la despose? —Sarah asintió con determinación—. Puedo admitir, Sarah, que su propuesta me halaga mucho, ya que hace nueve años me dijo expresamente que nunca, nunca tendría la oportunidad de casarme con usted.

Esa acusación la pilló directamente en el acto, y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no dejar escapar una sonrisa.

Sarah empezó a torturarse las manos, señal de que estaba claramente nerviosa y de que tal vez reconocía sus faltas. No le importaba. Tendría su merecido.

—Supongo que su opinión sobre el asunto, particularmente hacia mí, ha cambiado. ¿Lo ha hecho?

—No entiendo a qué se refiere —fue su respuesta vacilante—. Era una niña, no sabía realmente lo que estaba diciendo.

—Le pregunto —la interrumpió con un gesto impaciente de la mano—. Si ahora mismo, frente a mí, me encuentra atractivo, Sarah.

Las mejillas de Sarah se sonrojaron inmediatamente. Jon sabía perfectamente que ella no habría respondido afirmativamente, aunque la hubieran esposado y, bajo tortura, la hubieran obligado a revelarlo. Pero estaba empezando a disfrutar del juego.

Fue la mirada de la chica la que le hizo seguir adelante. Nunca se habría rebajado a admitir que había cambiado de opinión sobre aquel joven desaliñado e indigno de hace tantos años. Durante los primeros once años de su vida la había conocido, y podía apostar que su carácter había permanecido igual. Él, sin embargo, había cambiado.

—¿Me encuentra atractivo? —repitió, inclinando el cuello en una clara expresión de socarronería.

Sarah le miró fijamente durante mucho tiempo sin hablar. Tal vez, pensó él, ella estaba meditando su respuesta. Tal vez estaba convencida de que lo que respondiera dependería de si aceptaba o no el matrimonio, pero ese no era el plan de Jon. La declinaría antes de responder que no, que nunca se convertiría en su marido.

—No creo que esto tenga nada que ver con mi petición, Jon, —respondió finalmente, mordiéndose el labio.

Aquel gesto casi fugaz le proporcionó otra descarga de adrenalina que Jon se vio obligado a silenciar. Le gustó que se mordiera el labio casi sin darse cuenta; era un gesto tan sensual como descuidado.

Por supuesto que lo encontró atractivo. Eran sus ojos los que hablaban por ella. Habría dado cualquier cosa por oírla decir eso.

—Oh, al contrario, soy de la opinión de que esto tiene casi todo que ver con su petición —replicó, observándola de pies a cabeza como si realmente quisiera desnudarla con su mirada —. Porque la encuentro muy atractiva Sarah —continuó—, pero ya ve, el matrimonio, según mi punto de vista, también se basa en el aprecio mutuo. Así que, si no me encuentra atractivo, no creo que podamos hablar de ello.

Siguió mirándola en silencio, disfrutando de su rubor que había llegado justo por encima de sus generosos pechos que se veían bajo la blusa, y la visión de eso, a su pesar, le provocó una inusual oleada de deseo.

Finalmente, Sarah recuperó el valor para hablar. Pero lo que ella le respondió no se correspondía en absoluto con la idea que él se había formado.

—Sabe, Lord Jon —acentuó su nombre de forma tan desconcertante que él casi saltó para increparla con rabia—. Creo que he cometido un gran error viniendo aquí, pidiendo ayuda a alguien que nunca me ha aguantado. Así que, si me disculpa, me iré a casa y olvidará mi absurda petición.

Le hizo una ligera reverencia dispuesta a salir de la habitación, cuando el poderoso cuerpo de Jon apareció frente a ella y Sarah se encontró frente a él desde abajo, igual que antes. Pero esta vez, él parecía mucho más decidido que ella.

—Después de todo este tiempo, todavía no ha perdido su chulería —la acusó suavemente. Una mueca burlona desfiguró sus labios en una sonrisa que la hizo estremecerse y encogerse al mismo tiempo.

—No estoy siendo descarada —le regañó ella—, solo quiero ir a casa y olvidar que he hecho el ridículo.

—No saldrá de esta casa, Sarah Ashton, hasta que me convenzas de que hay interés por tu parte en mí. —Sus ojos brillaban, y eso le excitaba más que cualquier otro comportamiento de ella—. Porque ya ve, no tengo intención de convertirme en una marioneta en sus manos.

—Déjeme pasar —siseó con una mirada orgullosa—. No es tolerable que me quede aquí en mi estado, no estoy bien vestida y usted...

—Debió haber pensado en eso antes —replicó Jon secamente, agarrándola del brazo. Entonces, a pesar de los intentos de Sarah de forcejear mientras gruñía como un gato salvaje, abrió la puerta del salón y la condujo a las escaleras de los pisos superiores.

—No se atreva a decir ni una palabra —le ordenó mientras la arrastraba con determinación hacia el pasillo iluminado por la suave luz de los candelabros.

9. Un beso por un sí

Sarah se sintió ahogada por la ira y el arrepentimiento. Maldita sea, si se hubiera quedado en la Casa Ashton nada de esto habría pasado. ¿Cómo pudo pensar que Jon Charters decidiría ayudarla?

En ese momento, mientras el amanecer coloreaba el horizonte a través de la ventana, solo quería gritar. Jon la había encerrado en su habitación y, antes de marcharse, prometió volver a la mañana siguiente para hablar de su propuesta de matrimonio. La mirada que había captado había sido fría y calculadora, y por un momento se había sentido acorralada.

¿Cómo podría escapar de allí? No podía evitar creer que había caído de la sartén al fuego, aunque no había ninguna razón por la que Jon debiera o quisiera abusar de ella de la forma en que lo haría su tío.

Tal vez no fuera una situación similar, pero Sarah temía que él, por alguna razón absurda, quisiera vengarse de su comportamiento pasado. Era absurdo. No era más que una niña mimada que no sabía nada de la vida, Jon no podía echarle en cara las palabras que le había dicho nueve años antes. Y sin embargo... era realmente paradójico, tuvo que admitir, que ella le había dicho en el pasado que nunca tendría la oportunidad de casarse con ella y ahora le estaba rogando que lo hiciera. Realmente había hecho el ridículo.

Pero el terror que había sentido al descubrir lo que Lord Ashton podría hacerle si se casaba con Mark Thomson había anulado todo lo demás, incluso su sentido común.

Envuelta en la capa que Jon le había dejado para que se mantuviera caliente, Sarah se levantó de la cama de cuatro postes que era demasiado grande para ella y se acercó a la ventana.

La aurora.

Había pasado la noche en vela, sin poder dormir, sin poder creer que prácticamente la habían secuestrado. Sus intentos de rebelarse, de luchar, habían sido inútiles, pues los brazos de Jon Charters eran el equivalente a dos rocas. No pudo evitar fijarse en él, al igual que le habían llamado la atención sus ojos verdes, la amplitud de sus hombros cuyos músculos se tensaban bajo la tela de su chaqueta azul oscuro.

Todo en Jon hablaba de poder, de vigor. En comparación, ella parecía una oveja perdida, y él el lobo que podría devorarla. Jon Charters se había convertido en un hombre. Sarah nunca hubiera creído que de mayor se parecería a uno de esos héroes literarios griegos que tanto le gustaban.

Pero insistir en su apariencia, a la larga, la distraería de su intención de escapar. Durante la noche había pensado en una forma de salir, podría haber escapado por la ventana, pero se habría roto unos cuantos huesos, ya que esa habitación estaba en el segundo piso, y además no estaba muy segura de querer volver a la Casa Ashton.

Estaba su tío, que seguramente no se había despertado todavía y no se había enterado de su desaparición, y era la última de las personas que Sarah quería volver a ver.

Así que se había quedado indefensa en aquella cama fría y vacía, llamándose a sí misma tonta por su comportamiento, y ahora esperaba que Jon volviera y buscara la manera de salvarla de aquella situación. Aunque no sabía si lo encontraría todavía.

Jon no tardó en llegar.

De repente, oyó el ruido de la llave en la cerradura y el sonido la hizo volverse instintivamente. Jon entró un instante después, cerrando la puerta tras de sí. Parecía cansado,

seguramente no había dormido porque su rostro estaba marcado y, sin embargo, ella no pudo evitar fijarse en lo guapo que estaba.

—Veo que ya se ha levantado —le dijo, quitándose la misma chaqueta azul con la que le había visto la noche anterior y colocándola en el respaldo de la silla. En su mano tenía una taza humeante—. Le he traído un poco de té.

—No quiero su té —siseó Sarah, envolviendo su capa alrededor de los hombros—. Quiero saber por qué me tiene cautiva.

Jon le sonrió. Era desarmante cómo las comisuras de su boca se movían en cuanto ella decía algo que él debía pensar que era absurdo. Esa actitud también era más que debilitante. Le dieron ganas de darle una bofetada.

Jon se llevó la taza a los labios sin quitarle los ojos de encima.

—No debería decir esas tonterías, señorita Sarah —le dijo mientras se sentaba—. No está de ninguna manera secuestrada. Todo lo que tiene que hacer es decir que le gusto, para que podamos casarnos.

Sarah arqueó las cejas.

—¿De verdad? Porque eso no es exactamente lo que dijo anoche.

—Anoche, Sarah, estaba muy nervioso —respondió Jon, pasándose una mano por la frente —. Me sorprendió. No le he visto en casi diez años, debería entenderlo. —Sarah intentó acercarse a él, pero él se lo impidió de nuevo—. No se acercará a mí hasta que le oiga decir esas palabras.

—¿Quiere oír que es atractivo, Jon? —soltó, cruzando los brazos sobre el pecho con exasperación.

—No —respondió en tono neutro—. Quiero oírle decir que soy atractivo para usted.

Sarah lo miró fijamente, sopesando su mirada durante unos instantes, y finalmente se dio cuenta de que hablaba en serio y de que hasta que no le dijera lo que quería oír, Jon no la ayudaría. La estaba haciendo pagar. Ella sabía que en el pasado él nunca se lo habría dicho. Pero ahora... ¿estaba realmente segura de que no lo encontraba atractivo y de que no despertaba algún sentimiento en su interior? No podía estar segura de ello, pero decir esas palabras no le costó nada después de todo.

—Está bien, Lord Jon —exhaló por fin—. Le encuentro atractivo. Muy atractivo.

El rostro de Jon se estiró en una clara expresión de orgullo.

—Gracias. Ya ve, no era tan complicado después de todo.

—¿Y ahora qué? —Ella frunció el ceño—. ¿Consideraría casarse conmigo?

¿Fue realmente suficiente decir esas palabras para inducirlo a casarse con ella?

—No tiene la menor idea de lo que implica el matrimonio, Sarah, —replicó Jon, cruzando las piernas y mirándola seriamente—. Amor, sacrificio, compromiso, son cosas para las que no ha nacido.

Ella abrió los ojos, tremendamente ofendida por sus palabras.

—Pero cómo se atreve —siseó ella, y esta vez, a pesar de los intentos de Jon por mantenerla a distancia, se puso delante de él y le apretó las manos a los lados de la cabeza en el respaldo de la silla—. No tiene ni idea de quién soy, ni de para qué he nacido o no. No me conoce. ¡Y no permitiré que me vuelva a insultar!

La mirada de Jon se estrechó mientras la escudriñaba durante un largo rato y respiró profundamente.

—Le pido que no grite, Sarah. Mi madre sigue durmiendo y no quiero que sus gritos la despierten.

Ella, con los ojos vidriosos de ira y la respiración agitada, guardó silencio durante lo que parecieron interminables momentos.

—No es en absoluto la persona con la que esperaba casarme —murmuró—, pero también es la única que puede ayudarme.

—Ve, Sarah —dijo, inclinando la parte superior de su cuerpo hacia ella. Sus rostros estaban tan cerca ahora que ella podía sentir su cálido aliento—. Hay algo que debe hacer por mí antes de que pueda considerar su propuesta.

Sarah sintió que se le secaban los labios. Esas palabras no le auguraban nada bueno.

—¿Qué es?

Lentamente, la mano de Jon se levantó y sus dedos rozaron la comisura de su boca. Sintió que los latidos de su corazón se aceleraban de inmediato cuando el ligero contacto hizo que la sangre palpitara por sus venas. Aterrada por lo que estaba sintiendo, intentó tragar, pero el nudo que se le había cerrado de repente en la garganta no desaparecía.

—Anhelo un beso —susurró Jon con voz profunda y ronca—. Solo uno. Pero que pueda convencerme de que quiere casarse conmigo porque realmente siente algo.

—¿Cómo puedo sentir algo si no le conozco? —Sarah murmuró con el corazón en la garganta—. Y, además, nunca he...

—Va a tener que hacerlo tarde o temprano, Sarah. Sí. Para casarse con alguien hay que estar dispuesto a besar, como mínimo.

Temblando de sensaciones extrañas y desestabilizadoras, Sarah se dio cuenta de que él tenía razón y de que no había pensado en lo que pasaría después de ese hipotético matrimonio. Pero, ¿cómo podía estar preparada si era tan inexperta?

Y entonces recordó que era un libertino y que debía de jugar a ese juego tan a menudo que se había convertido en una costumbre. Por alguna razón, la idea de que tantas otras mujeres se habían acostado con él la agitaba enormemente.

—Nunca le besaré —gruñó, apartándose—. No es más que un horrible seductor.

—Fue usted la que vino a mí —le recordó Jon en voz baja. Luego se levantó y se enderezó la chaqueta, agarrando el pomo de la puerta—. Le traeré algo de comida en un par de horas, mientras tanto trate de descansar. Tiene hasta esta tarde para decidir. Si no recibo su beso antes de medianoche, no me casaré usted y tendrá que resolver su problema por otros medios. —Miró la tela blanca que le llegaba a los tobillos—. Siempre que alguien acepte casarse usted en camisón.

10. Muñeca de porcelana

La habitación de Claire había estado cerrada durante casi nueve meses. Cuando Jon llegó a la entrada, supo que los recuerdos volverían con más fuerza de la que esperaba. Era muy consciente de que Sarah Ashton no podía quedarse en su habitación con ese único camisón; así que, lo primero que se le ocurrió tras volver de su enésimo viaje de descubrimiento de los lugares que había visitado su hermana, fue buscarle un vestido de día. Sarah y Claire eran de la misma complexión, por lo que había pensado en coger un vestido de la habitación de su difunta hermana.

Pero cuando llegó a esa puerta, agarrando la llave entre los dedos, sus nudillos se blanquearon por el esfuerzo. Apoyó la frente en la madera oscura y respiró profundamente.

«Tienes que hacerlo», se ordenó mentalmente. Tenía que entrar ahí sin romper a llorar.

Lentamente, como si tuviera miedo, Jon metió la llave en la cerradura. Le temblaba la mano.

Cuando consiguió abrir la puerta, le golpeó la ola de melancolía más poderosa que había sentido en nueve meses. De pie en el umbral, fue incapaz de sumergirse por completo en un lugar que le parecía cualquier cosa menos la habitación de su hermana.

La ventana no se había abierto, por lo que el aire estaba tan viciado que durante unos instantes se quedó sin aliento. Sobre la cama, cubierto por un fino velo de polvo, estaba el último vestido que la criada de Claire le había confeccionado y que nunca se puso.

Apretó los puños a lo largo de sus costados. Echaba de menos a Claire como un demonio. Pero tenía que seguir adelante, ser fuerte, localizar a su maldito asesino. Porque estaba seguro de que su hermana había sido asesinada.

El vestido que estaba sobre la cama era una muselina verde salvia, un color que habría encajado con los ojos de Claire tan perfectamente como con los de Sarah.

No pudo evitar pensar en lo grandes y profundos que eran esos ojos, en cómo le habían cautivado desde el primer momento en que ella le había apuntado la tarde anterior, igual que siempre le habían acompañado desde la infancia. Pero Jon estaba decidido a no ceder. No iba a dejarse llevar por la belleza de Sarah, ni por la forma en que batía las pestañas, ni por esos labios carnosos y bien definidos. No iba a dejar que lo utilizara. Al menos, no sin recibir algo a cambio.

La doblegaría antes de que se convirtiera en una marioneta en sus manos, para que entendiera lo que se siente al ser aplastada. No era por maldad. Era algo indefinido que no podía entender, algo que le hacía estar muy enfadado con ella. De alguna manera, Sarah iba a pagar por lo que era sentirse acorralada.

Cogió el vestido y alisó suavemente los pliegues de la tela, luego se lo llevó a la cara. Inhaló el antiguo olor de Claire y cerró los ojos, dejando su cara contra la fina tela. En ese momento, la imagen de Sarah desapareció de su cabeza y en su lugar apareció la de su hermana.

Sintió el peso de las lágrimas, como docenas de cuchillas invisibles y afiladas que se limaban en la parte posterior de sus ojos. La roca en su corazón que nunca se había ido se hizo más pesada, tanto que tuvo que inhalar y exhalar varias veces antes de volver a ser consciente de sí mismo.

Era casi la hora de cenar. Su madre se había encerrado en su habitación con dolor de cabeza, sin saber que arriba, en la habitación del señor, había una chica semidesnuda divagando sobre una boda.

A pesar de sí mismo, Jon tenía que pensar ahora en Sarah. Al día siguiente volvería a buscar información sobre Claire, pero antes tenía que resolver el asunto de Sarah Ashton. Y esperar que tal vez ella se doblegue a su juego y él pueda salir ileso. No sería fácil; Sarah estaba decidida a casarse, pero Jon sabía que nunca se rebajaría a besar a alguien como él. Un libertino, le había llamado ella. No podía culparla. Pero tampoco podía admitir que sus palabras le habían dejado completamente impasible. Al igual que años atrás, Sarah había intentado herirle con esa voz aguda, pero esta vez Jon se juró a sí mismo que no la dejaría ganar.

****

Al menos, como la condesa Charters estaba descansando en su habitación y no presidiría la mesa, Jon tuvo la oportunidad de cenar con Sarah. Así que, diez minutos después, dio la orden de que le sirvieran la cena en su habitación y luego subió a llevarle el vestido a la chica. Sin embargo, cuando abrió la puerta de su habitación, no se imaginó que encontraría a la intrépida Sarah Ashton dormida en el sofá, con un brazo sobre la cabeza y con la capa deslizándose de sus hombros. Su visión le ablandó un poco, a pesar de todo. Debe haber estado cansada. No quería despertarla, pero tenía que comer algo y, sobre todo, ponerse algo más apropiado, así que colocó el vestido encima de la cama y se acercó a ella con recelo.

—¿Sarah?

Murmuró algo, pero no se despertó. Jon se permitió un momento para observarla. A la suave luz de las velas, Sarah parecía una muñeca de porcelana. Su piel delicada y pálida era como un paisaje recién encalado, sus largas pestañas proyectaban finas sombras sobre sus pómulos ligeramente prominentes y, más abajo, sus labios estaban apenas separados, como si estuviera a punto de abrir la boca.

Tal vez estaba fingiendo estar dormido. Pero la respiración tranquila y regular era un claro indicio de que no era así. Jon se detuvo y la miró más tiempo del que debía. En ese momento era realmente hermosa; porque no se rebelaba contra él, lo era más que de costumbre. Consideró que tal vez estaba exagerando en su juego subrepticio, pero no pudo evitar admitir que besar esos labios le complacería de verdad.

—¿Sarah? —la llamó de nuevo, y esta vez se movió. Lentamente abrió los ojos, enfocando el rostro de Jon.

—¿Jon?

No pudo evitar sonreír.

—Despierte, tiene que comer.

Sarah se incorporó, inclinando el cuello hacia la izquierda y la derecha y pasándose una mano por la cara.

—¿Ya es más de medianoche?

La inocencia de esa pregunta le tocó una fibra sensible.

—No —la tranquilizó—. Solo le he despertado porque tiene que comer algo, y porque quería enseñarle un vestido que puede ponerse mañana por la mañana.

Sarah lo miró confundida y finalmente se levantó y se dirigió a la cama. Jon la vio mirando el vestido y, para sus adentros, esperó que no hiciera ningún comentario inapropiado porque él no respondería por sí mismo.

—Es muy amable de su parte —dijo ella, acariciando la tela de su vestido. Se volvió hacia él y esperó un rato antes de añadir—: Pero eso es lo de menos, teniendo en cuenta que estoy prisionera aquí.

Jon suspiró exasperado.

—¿Es necesario que le recuerde que fue usted quien pidió mi ayuda?

—Le pedí ayuda, no le rogué que me secuestrara —replicó Sarah secamente—. Sin embargo, le agradezco el presente, Lord Charters.

Jon asintió, e instantes después, al otro lado de la puerta, se oyó la voz de Kiera, la criada de Lady Charters, que había venido a traer comida. Jon se dirigió a la puerta no sin antes hacer un gesto a Sarah para que se callara.

—Gracias, Kiera. Puedes retirarte.

La doncella le entregó una bandeja con provisiones y una jarra de vino, le hizo una reverencia y desapareció en el pasillo.

—Venga, lady Sarah —dijo entonces una vez que estuvo de vuelta—. Vamos a cenar.

—¿Qué le hace pensar que voy a cenar con usted?

Jon colocó la bandeja en el escritorio junto a la ventana con un gesto demasiado impaciente.

—Probablemente el pensamiento de que no quiere morir de hambre. Como va a pasar unos días aquí, si se niega a comer en mi compañía, eso es lo que ocurrirá.

Sarah negó con la cabeza a su lado.

—No me gusta que me den órdenes.

—No le estoy ordenando que lo haga —replicó Jon con una sonrisa—. Le aconsejo.

—¡Es absurdo! —murmuró con un suspiro, luego se sentó en el suelo y señaló la jarra de vino con la mirada—. ¿Permiso?

—No creía que a las mujeres jóvenes como usted se les permitiera beber vino.

—Sabe, Lord Jon. —Sarah imitó su sonrisa socarrona—. No me importa lo que piense. Así que ahora déjeme cenar en paz y mantener la conversación al mínimo.

Jon fingió que no le importaban esas palabras, pero el impulso de responder era más fuerte. Tuvo que recordarle quién mandaba allí dentro, y desde luego no era ella.

—Muy bien, Lady Ashton. —Le volvió a sonreír de forma seráfica—. No se preocupes, porque dentro de poco esa hermosa boca suya tendrá que probar algo muy diferente.

Sarah casi se atragantó con su vino.

11. Desestabilización

Al principio, Sarah había pensado que sería fácil resistir la tentación de besar a Jon. Pero cuando, después de la cena, él se había desnudado hasta la cintura y estaba tumbado en la cama, ella pensó que toda su fuerza de voluntad se había hecho añicos. Llevaba más de una hora sentada mirando su majestuoso cuerpo, los músculos huecos de su pecho, su abdomen, sus gruesos hombros. Y luego la boca bien definida, la nariz recta por encima, el pelo que necesitaba un corte porque era demasiado largo y le tocaba los hombros...

No sabía qué era un beso, ni cómo hacerlo, ni siquiera si él era el hombre adecuado para experimentarlo. Pero ella había sido la que corrió hacia él, para rogarle que la ayudara, y ahora Jon le había pedido un mísero beso.

¿Podría realmente negarle eso, si a cambio recibiría un matrimonio que la salvaría del artero plan de su tío? Tuvo que admitir que quizás se había precipitado al rechazar la oferta, pero aún estaba a tiempo.

La medianoche llegaría en unos minutos. Quizá había perdido demasiado tiempo admirando aquel cuerpo, pero no pudo evitarlo. Aquel cuerpo desprendía fuerza, y ella se había sentido atraída a pesar suyo.

En ese momento, no le importaba que estuviera tan irritante y fanfarrón como lo había sido desde la noche anterior, porque Sarah lo había sido mucho más en el pasado y, en conjunto, no podía culparlo. En ese momento, solo le importaba una cosa: conseguir darle un beso antes de que expirara la medianoche.

Así que, con cautela, se levantó del pequeño sofá en el que llevaba casi dos horas sentada y se dirigió hacia la cama donde descansaba Jon. No sabía si estaba dormido. Si lo estaba, sería mejor para ella, tal vez solo tendría que rozar su boca con la de él y aún así tendría que cumplir su promesa. Se inclinó sobre él a la altura de sus labios, pero se detuvo a mitad de camino. ¿Bastó con poner su boca en la de él? ¿O tenía que hacer algo más? Decenas de dudas la asaltaron. ¿Y si ella no le besaba bien, y si su beso no le satisfacía? ¿Mantendría su promesa de casarse con ella? No podía arriesgarse.

Pero entonces recordó que ella era Sarah Jane Ashton y que nunca más dependería de ningún hombre. Tampoco dependería de los deseos de Jon. Así que tuvo que conformarse con lo que ella podía ofrecer.

Sin embargo, de repente, él bramó algo, sobresaltándola.

—Si no lo hace ahora, me veré obligado a hacerlo primero.

El corazón se le volvió a subir a la garganta.

—Tal vez podríamos encontrar una alternativa... —murmuró y se apartó, repentinamente reticente, cuando la mano de Jon le agarró la muñeca.

—No, no permitiré que me engañe —gruñó en voz baja—. Tenemos un trato.

—¿Cómo sé que lo respetará? —Furiosa por su arrogancia, Sarah intentó varias veces liberarse de su agarre, pero lo único que consiguió fue que Jon saltara y se sentara. Ahora la miraba fijamente con los ojos muy abiertos, sin hacer ninguna señal de soltar su muñeca.

—Suelo ser un hombre de palabra, Sarah, pero en esta ocasión tendrá que arriesgarse.

Se puso rígida. Así que era cierto, no podía estar segura de que después de ese beso Jon se casara con ella. Volvió a sentirse atrapada, como cuando descubrió que su tío había tramado todo para poder aprovecharse de ella cuando se casara con lord Thomson. Pero esa noche, en la

habitación del conde de Charters, Sarah no tuvo ninguna sensación de temor.

No podía explicar por qué, aunque sabía que la estaba poniendo a prueba, no sentía el deseo de rebelarse. Una pequeña voz en su cabeza le sugería la respuesta.

«Porque quieres besarlo». Pero ella no quiso escuchar. Significaría someterse a un hombre, y sin embargo...

—¿No puede irse? —sugirió la voz de Jon, profunda y ronca. Un escalofrío recorrió su columna vertebral—. Ha dejado de luchar —continuó él, mirándola intensamente, tanto que ella se encontró pensando que sus ojos ardían con un fuego que la hizo sonrojar.

—Solo significa una cosa: que usted también quiera besarme.

Sarah tragó su propia saliva amarga. Tenía razón, tenía que admitirlo. De repente se dio cuenta de que realmente quería besarle. Tal vez fuera el hecho de que él estaba muy seguro de sí mismo, de su dominio sobre las mujeres, y aunque le molestaba que hubiera estado con docenas y docenas de otras, no podía armarse con ese elemento disuasorio para escapar de su contacto.

Lentamente, casi sin darse cuenta, Sarah se encontró inclinándose hacia delante... y besándolo.

Jon cerró los ojos. Sarah cerró los suyos. Él no había creído realmente que lo haría. Pero en el momento en que sintió el contacto con esos labios, todo pensamiento racional se desvaneció; con cautela, para darle tiempo a adaptarse, Jon aumentó la presión sobre su boca hasta que ella separó los labios para permitir un poco de acceso a su lengua.

Liberada repentinamente del agarre de Jon, las manos de Sarah se elevaron y se posaron a ambos lados de su cuello, haciendo arder su piel como si estuvieran hechas de fuego. Consternado por las sensaciones que, a pesar de todo, estaba experimentando, Jon se encontró hundiendo los dedos en el pelo de ella para tratar de acercarla aún más, muy consciente de las señales que su propio cuerpo le enviaba. Porque su cuerpo, ese maldito cuerpo, sabía la verdad.

Y mientras la besaba, y ella se derretía instintivamente contra él, sin darse cuenta del efecto que estaba teniendo en él, Jon se vio obligado a reconocer que no podía llegar tan lejos para vengarse.

Pero los labios de Sarah eran suaves y cálidos; él continuó guiándola en esa especie de danza y en poco tiempo ella estaba aprendiendo a mover la boca, y el último resquicio de racionalidad había desaparecido. Por impulso, hizo un movimiento de dedos sobre las cintas que sujetaban el camisón bajo su barbilla, pero antes de que pudiera hacerlo, afortunadamente, fue Sarah quien se apartó de él.

Respiraba con dificultad, con las mejillas sonrojadas a la pálida luz del candelabro, con los ojos brillantes y más grandes de lo que recordaba. Las pupilas estaban tan dilatadas que casi habían borrado el color de sus iris, y así debían estar sus ojos. Podía sentirlos.

Sarah solo encontró fuerzas para hablar cuando su respiración y sus latidos se calmaron.

Durante una fracción indescriptible de tiempo se miraron fijamente sin decir una palabra.

—No esperaba... —Sarah finalmente dudó, separando los labios.

Jon sabía que la había molestado con sus maneras, pero ella no había sido menos. ¿Cuándo había experimentado tales sentimientos con una virgen? ¿Con una mujer tan inexperta que aún podría considerarse una jovencita?

Jon estaba sorprendido. Sarah parecía mucho más que él.

—¿Está bien? —le preguntó cuando recuperó la conciencia de sí mismo.

Lentamente asintió, llevándose una mano al cuello.

—Nunca pensé que pudiera ser tan... fuerte.

Fuerte.

Habría optado por un adjetivo más directo: desestabilizador.

Sarah Ashton lo había desestabilizado.

Ardía en deseos de preguntarle si lo había disfrutado, pero era incapaz de añadir nada más. Sarah lo miró fijamente, probablemente esperando una respuesta de su parte, pero Jon se limitó a mover la manta, descubriendo el colchón.

—Acuéstese a mi lado, Sarah, necesita dormir. —Cuando ella abrió los ojos de par en par, Jon le dedicó una leve sonrisa—. No le pediré más, lo juro. Puede estar tranquila conmigo.

—Confío en usted —murmuró Sarah.

Jon levantó la cabeza hacia ella.

—¿Lo hace?

—Sé que no me va a tocar.

Fue una respuesta demasiado rápida. Jon tampoco confiaba en sí mismo. ¿Cómo pudo?

Basándose en lo que había sentido cuando ella le había acariciado involuntariamente el cuello, ya no podía estar tan seguro.

Pero él no haría nada que ella no quisiera. Y era muy consciente de que, para Sarah Ashton, besar a uno de los suyos había significado tragarse su propio orgullo para conseguir un propósito más profundo, pero no le permitiría más.

Y de esto, Jon estaba más que seguro.

Se sentía tan pequeña, tan delicada, en ese momento. Aunque en un principio había pensado que le daría miedo que la besaran por primera vez, lo que había experimentado la había conmocionado. Se sintió segura, protegida. Seguía siendo una situación incómoda, al menos hasta que decidiera casarse con ella. Tal vez por eso, una mujer que besa a un hombre fuera del matrimonio está mal vista en la sociedad. Se preguntó qué pensaría su madre de ella si la viera comportarse de forma tan deplorable.

Ese pensamiento le hizo cosquillas en el corazón. Desde luego, no la habría llamado ramera, pero Sarah se sentía muy parecida. A pesar de ello, se vio obligada a admitirse a sí misma que si había algo de lo que estaba segura de que nunca se arrepentiría, era de aquel beso.

12. El asesinato de una loca

Robert Ashton estaba despierto, mirando las brasas sin encender de la chimenea, tratando de controlar sus pesadillas: Su sobrina había escapado.

En algún lugar, de alguna manera, Sarah se había ido. Y no tenía ni idea de dónde ir a buscarla. Al principio había pensado que los sirvientes podrían haber desempeñado algún papel en su desaparición, especialmente la señora Carter, la criada de Sarah; pero cuando la mujer había prorrumpido en un grito escalofriante y había terminado en lágrimas ante la noticia de la desaparición de Sarah, Robert se había dado cuenta de que no podía estar involucrada de ninguna manera.

Nadie podría fingir tal tormento como la señora Carter. Los había interrogado a todos, a cada uno de los miembros de la servidumbre, pero ninguno le había servido de ayuda. Sarah parecía haberse desvanecido en el aire.

Pero lo que más preocupaba a Robert ese día seguía siendo el olor de su ropa empapada por la lluvia. Aquella muchacha, la hermana de Lord Charters, se había desplomado en sus brazos en la tormenta de muchos meses atrás, e incluso ahora Robert podía olerla, sentir su miedo, sentir los últimos momentos de su vida mientras sus dedos se aferraban en vano a las solapas de su abrigo.

Robert Ashton no pudo salvarla. Pero había optado por encubrirlo, ante la mirada aterrorizada de otro hombre que, con el puñal temblando en su mano, veía cómo aquella joven perdía la vida por su culpa.

Después de ese momento, en tan misteriosas circunstancias, Robert había intentado conocer al hombre. Nunca lo había visto en Londres; esta era la primera vez. Y en los suburbios cercanos a Whitechapel, el hombre que había descubierto que era Mark Thomson le había revelado que el asesinato de la joven no había sido intencionado.

Ella se había aferrado a él y él, que por naturaleza se sentía atraído por los hombres, la había rechazado más de una vez. Pero la chica se había negado a ceder y así, en un momento que Mark Thomson había descrito como pura locura, había empezado a desnudarse y a frotar sus pechos contra él.

Y en un momento de locura igualmente pura, el abogado, que acababa de mudarse a Londres, sacó su puñal y se lo puso en la garganta.

—Si no te vas ahora, me veré obligado a hacerte daño.

La chica había intentado besarle. Parecía borracha. Parecía una sanguijuela, le había confesado Mark. Así que, conteniendo un grito, le había arrancado la garganta y sus intentos de seducción habían cesado.

En ese momento, detrás de él, había llegado Robert. No había entendido inmediatamente lo que había sucedido, pero cuando la chica se desplomó lentamente en el suelo, se apresuró a apoyarla.

Ella había intentado decirle algo, pero Robert no entendió nada. Así que ella murió en sus brazos mientras el hombre que la había asesinado, temblando, tartamudeaba que no podía haber ocurrido realmente.

—¡Parecía una loca! —había murmurado—. No quería...

—¿Tu nombre? —le preguntó Robert, dejando a la chica en el suelo—. Dígame su nombre.

El hombre había cometido el error de revelárselo. De contarle toda su historia. Fue por el

shock. En un momento así, se revelaron cosas demasiado personales, y Robert había captado todo con detalle. Fue entonces cuando el plan cobró vida en su cabeza. Y el afán, el deseo por su sobrina, que entonces aún tenía diecinueve años, había estallado con ímpetu, abrumándolo por completo. Mark Thomson, a cambio del silencio de Robert, había aceptado casarse con Sarah para que su tío pudiera meterse en su cama.

Protegidos de ojos y oídos indiscretos, los dos hombres habían llevado el cuerpo de la chica hasta la entrada del Club Dash, el tugurio que Robert había estado frecuentando últimamente. Y la habían dejado allí, indefensa y sola bajo aquellos escalones, mientras la tormenta arreciaba y la lluvia empapaba su ropa. Al día siguiente alguien encontraría el cuerpo, pero nadie podría identificar al culpable. Porque a esa hora tardía, en plena tormenta, no había nadie en las calles.

Sin embargo, Robert había mirado por encima del hombro mientras se alejaba, Mark Thomson le siguió a paso rápido y juntos se habían sumergido en los húmedos vapores de la noche mientras el conde le decía que no debía hacer ningún ruido si no quería atraer la atención de alguien.

Mark Thomson se había asustado mucho con la idea de que acababa de matar a alguien. Pero su ira, su locura, no había sido algo que pudiera controlar. Más tarde, en la taberna de la señora Deegan, muy lejos de donde había muerto Claire Charters, Mark le había confesado que prefería a los hombres a las mujeres.

No solo eso, los amaba, con un amor y una pasión que iban más allá de la mera apariencia física, o de la pura atracción sexual. No, Mark Thomson amaba las almas de los hombres, y estaba tan seguro de sí mismo, tan convencido de que podía hacer suya el alma de un hombre, que no podía soportar la idea de acostarse con una mujer. O besarla. O simplemente de estar cerca de ella. Y su loca pasión por el sexo masculino le había llevado a cometer un asesinato.

—¡Por el amor de Dios, Thomson! —siseó Robert en medio de su tormento—. ¡Está completamente loco!

—Todo lo que hago y todo lo que siento tiene un carácter apasionado —fue la tímida respuesta de Thomson.

Todavía estaba agitado, pero poco a poco había empezado a mostrar un aspecto del que Robert había quedado inevitablemente impresionado: la intriga. En esa coyuntura, Thomson le había demostrado que podía matar a alguien y unas horas después ya lo había olvidado. Y lo había considerado el candidato ideal para poner en escena su plan. Sarah tenía que encontrar un marido, y ¿qué mejor sujeto que un hombre que aborreciera a las mujeres y nunca se opusiera a su intromisión en el lecho matrimonial?

—Cumplirá su promesa, señor Thomson, o le venderé a la ley —dijo mirándole a los ojos. El hombre había levantado la barbilla como para replicar, pero se encontró acorralado. Acababa de asesinar a una chica. Una mujer de la nobleza, a juzgar por el corte de sus ropas, y no había nada que pudiera hacer contra ese chantaje.

—Muy bien —respondió con lo que parecía el gruñido de una bestia salvaje—. Me casaré con su maldita sobrina.

Y así, durante casi nueve meses, Robert Ashton y Mark Thomson se habían reunido en secreto para discutir las actualizaciones, los giros que había dado el asesinato y el loco plan del conde. Y, finalmente, llegó la noticia que había alarmado a ambos: Jon Charters, el que había descubierto que era el hermano mayor de la víctima y vecino de la familia Ashton, estaba investigando el asesinato de su hermana.

Y aquel día, mientras se esforzaba por calmar sus pesadillas, a las que se había añadido la desaparición de su sobrina, Robert Ashton reflexionó sobre la figura de Jon Charters.

¿Estaba involucrado de alguna manera en la hipotética fuga de Sarah? ¿Y qué más había descubierto sobre el asesinato de Claire Charters? Decenas de dudas se agolpan en su mente, llevándole a una única hipótesis: la desaparición de Sarah y la búsqueda de Jon debían estar conectadas de alguna manera.

Pero, por mucho que fuera cierto que Mark Thomson había matado a Claire Charters, encontraría la manera de acabar con todo.

13. Demasiado expuesto

Se había quedado despierto, toda la noche, viéndola dormir. Sarah se había vuelto involuntariamente hacia él mientras dormía, y su mano buscaba inconscientemente su pecho.

En ese momento, cuando Jon se había dado cuenta de lo cerca que estaban, se permitió un momento para pensar. Lo que había sentido al besarla había superado sus expectativas iniciales, le había gratificado hasta el punto de empezar a dudar de si era la opción correcta para vengarse de ella. Tal vez podría darle una oportunidad. Incluso si Sarah quería que se casara con ella para su propio beneficio personal, tal vez no sería tan malo convertirse en su marido... especialmente si esa atracción que sentía hacia ella era real. Pero, ¿cómo no iba a serlo si besarla y dormir a su lado había sido suficiente para mantenerlo despierto toda la noche?

Sin embargo, seguía dudando de que ella se sintiera atraída por él. Nadie podría cambiar tanto. Ni siquiera Sarah Ashton, que le había sorprendido con ese beso de todos modos.

Sarah Ashton.

Nunca había esperado volver a verla. Sobre todo, que pudiera besarla como había querido hacer, a su pesar, desde su adolescencia. Ella lo había sacudido, lo había desestabilizado, haciendo que se arriesgara a romper su última pizca de racionalidad.

Pero él la había visto dormir aquella noche, había recorrido cada centímetro de su rostro tan relajado y adormilado, y algo en su interior se había vuelto a agitar. Y recordó las palabras que le había dicho, el terror que había visto en sus ojos el día anterior, que alguien quería aprovecharse de ella. Y a pesar de todo, una sensación de protección se había apoderado de Jon. Tenía que llegar al fondo de esto.

Pero primero, tendría que resolver el asunto de Claire. La situación se estaba volviendo insoportable, una carga demasiado grande para llevar sobre sus hombros y en su corazón. La muerte de su hermana había sido encubierta y nadie había hecho nada para averiguar quién era el responsable de su asesinato.

Le tocó a él hacerlo. Pero sus búsquedas fueron casi en vano, porque nadie parecía conocer los últimos movimientos de Claire, ni daba señales de haberla visto antes de morir.

Jon no podía superar el hecho de que alguien había asesinado a su hermana y había quedado impune. Decidió contratar a un investigador privado para que le ayudara a entender lo que realmente había sucedido.

Cuando se levantó esa mañana de la cama que había compartido con Sarah, no se sintió cansado. No pudo evitar echar otra mirada a su cuerpo acurrucado, y pensar en lo inocente que parecía, en lo angelical de ese vestido. Cuánto le hubiera gustado volver a acostarse junto a ella a pesar de todo.

Pero ya era hora de irse. Se puso la camisa, el chaleco y la chaqueta, luego se puso las botas y se dirigió al escritorio donde le escribió una nota para cuando se despertara.

Volveré en un par de horas. Mientras tanto, trata de no hacer ningún daño y no hagas ningún ruido o alguien notará tu presencia.

Tuyo, Jon.

Por alguna absurda razón, mientras salía de la habitación en silencio y cerraba la puerta con llave, esperaba que Sarah sonriera al leer su nota.

****

Cuando se despertó, Sarah se decepcionó al no encontrar a Jon a su lado. A su pesar, esperaba verle al abrir los ojos, pero no estaba allí. Su olor, sin embargo, había permanecido en aquella gran cama de cuatro postes que estaba medio fría. Sarah se echó la sábana al pecho y se sentó. Recordó la caricia de Jon, sus labios, la sensación que había tenido cuando su estómago se había retorcido cuando Jon le apretó suavemente la cabeza para acercarla a él.

Y recordó sobre todo la audacia con la que había respondido a su beso. Algo que nunca imaginó que haría. Algo que había destruido todos sus intentos de rebelión contra este hombre. ¿Cómo pudo ser tan ingenua como para arrojarse a sus brazos de una forma tan vergonzosa? Pero luego pensó que, si la acompañaba, se convertiría en su marido. Y se esperaba una cierta intimidad entre marido y mujer. Sarah no le temía. Ella le había dicho que confiaba en él, y eso era cierto. Había sentido la excitación de Jon contra su piel, y él no había hecho más que dejar de besarla. Podría haber ido más lejos, pero no lo hizo. Ella estaba agradecida por ello.

Pero, Dios la ayude, no pudo evitar pensar que le gustaría experimentar ese beso una vez más.

¿Era realmente tan pecaminoso querer volver a besar a un hombre? Su madre la habría definido con esa misma palabra. El matrimonio no se basaba en el amor, pero ella empezaba a estar convencida de que era al revés. Se preguntó si alguna vez podría enamorarse de Jon. Ella no lo sabía. Pero de lo que sí era consciente es de que se sentía absolutamente atraída por él.

Cuando el estado de semiinconsciencia que sigue al sueño se había desvanecido, Sarah encontró la necesidad de levantarse. Había dejado su vestido nuevo a los pies de la cama. Miró la tela de muselina e imaginó su suavidad, luego decidió ponérsela por encima del camisón. Le colgaba un poco y le apretaba un poco el pecho, pero en general le quedaba bien. Por fin ya no tendría que preocuparse por su estado de desaliño, aunque siguiera necesitando un par de zapatos.

Un sonido retumbante sacudió su estómago. Tenía hambre, pero Jon se había ido. Tendría que esperar a que él volviera... suponiendo que volviera y decidiera casarse con ella. Si no, ella se iría a casa y ambos dejarían todo atrás. Incluso su beso. Especialmente eso.

Sarah se mordió el labio. No quería olvidar. Solo tuvo que pasar un dedo por sus labios para volver a sentir la boca de Jon sobre la suya. Era tan extraño, reflexionó ella, que él pareciera tan rígido por fuera y hubiera mostrado tanta pasión la noche anterior. Tuvo que admitir que le gustaba este nuevo Jon. Y que convertirse en su esposa la complacería aún más.

Sin embargo, el incesante ruido de su estómago regresó como una sensación de ardor que le hizo olvidar por un momento sus propios pensamientos sobre el hombre. Sabía que no podía abrir la puerta, pero siempre podía probar con la ventana. Tal vez podría bajar las escaleras y robar algo de las cocinas. No sabía cuándo volvería Jon, y la noche anterior solo había tragado un trozo de pan y mucho, mucho vino.

Así que se acercó a la ventana y descorrió las cortinas, se recogió las faldas alrededor de las caderas y abrió el cristal. El sol de la mañana le inundó la cara, provocándole un escalofrío de placer. Respiró hondo antes de asomarse al alféizar de la ventana y ver a un hombre a caballo que trotaba hacia el patio de Charters House.

Intentó concentrarse. Llevaba un sombrero negro, con el torso erguido y pavoneándose sobre el lomo del caballo. Cuando detuvo al animal con un movimiento de las riendas y desmontó, mostrando su rostro hacia la ventana, Sarah lo reconoció; Jon.

Durante una fracción de segundo sus ojos se encontraron, pero ella, demasiado concentrada en mirarle, no se dio cuenta de que se había inclinado demasiado. Vio que la boca del hombre se

abría de repente.

Y antes de que pudiera escuchar el grito de Jon, ya estaba bajando las escaleras.

14. Señora y señorita

Jon tardó una fracción de segundo en darse cuenta de que Sarah iba a caer por la ventana.

Había levantado la mirada porque se sintió observado, y se encontró con los ojos de la chica que lo escudriñaban con un interés evidente que nunca había mostrado. Luego, lentamente, se dio cuenta de que su torso se inclinó demasiado hacia el alféizar de la ventana y, como a cámara lenta, la cabeza de Sarah también se había deslizado demasiado hacia fuera. Afortunadamente, acababa de desmontarse de su caballo, por lo que lanzó las riendas al mozo de cuadra y se precipitó hacia el lugar donde Sarah habría caído.

Cuando ella cayó en sus brazos con un grito que habría despertado a un hombre muerto, Jon se apresuró a abrazarla con fuerza. Cayeron juntos, con los brazos de ella rodeando el cuello de él, temblando y luchando por respirar, él muy consciente del acelerado latido de su propio corazón.

El pelo de Sarah le hacía cosquillas en el cuello, y contra su pecho también sentía los latidos salvajes de su propio corazón. Temblando, con la cara congestionada, se esforzó por volver a la realidad. Jon la apartó de él y le tomó la cara entre las manos, tragando con fuerza, y luego le apartó un mechón de pelo de la frente.

—¿Está bien? —le preguntó sinceramente preocupado.

—Estoy... estoy viva —consiguió decir, con la respiración todavía agitada. Le sonrió.

—Los dos estamos vivos. ¿En qué estaba pensando?

Sarah se mordió el labio mientras el mozo de cuadra corría hacia ellos consternado.

—¡Milord! ¿Está bien?

Jon se volvió hacia él; Sarah seguía sobre sus piernas. La chica se puso en pie de un salto. Jon la siguió.

—Todo de una pieza, Timothy, gracias —respondió ella. El joven Timothy se quedó mirando a Sarah como si nunca hubiera visto a una mujer en su vida. Bueno, quién podía culparle; el vestido de Sarah estaba arrugado, su pelo despeinado y se había vuelto ceniciento. Habría asustado a cualquiera.

—Milady —Timothy se inclinó con una reverencia que provocó una sonrisa en Sarah—. No es necesario, realmente...

—Tenemos que volver —la interrumpió Jon en tono impaciente mientras miraba a su alrededor—. -Está demasiado expuesta, Sarah, alguien podría verle.

Puso la mano en el hombro de Timothy, indicándole con la mirada que no dijera nada de lo que acababa de ver. El chico asintió y, con el permiso de su amo, volvió a sus tareas. Jon se volvió hacia Sarah, que por fin volvía a respirar con normalidad.

—¿Entramos?

Sus pies parecían estar anclados al suelo. No dejaba de mirar el punto del vacío en el que el chico había desaparecido.

—Me vio —murmuró—. ¿Y si se lo cuenta a alguien? Mi tío no puede saber que estoy aquí.

—No tiene nada que temer de Timothy —la tranquilizó Jon mientras se dirigía a la entrada —. Tendrá a alguien más de quien preocuparse si no volvemos a entrar ahí ahora mismo.

Ella asintió y decidió seguir a Jon al interior, pero al entrar en el vestíbulo ambos se detuvieron de repente. Entonces Jon deseó que Sarah nunca hubiera entrado en su vida.

Lady Charters, con el rostro cansado y una expresión más aturdida de lo que jamás había

visto su hijo, se puso de pie frente a ellos y escudriñó la figura de Sarah como si fuera una especie de visión celestial. Intentaba enfocarla, como si no estuviera segura de lo que estaba mirando.

—¿Claire? Claire, ¿eres realmente tú?

Jon apretó la mandíbula, apretando la muñeca de Sarah, que estaba aturdida y no sabía qué decir.

—Madre, esta no es Claire. Claire se ha ido, ¿recuerdas? —le dijo en voz baja, aunque escuchar el nombre de su hermana abrió otra brecha en su corazón.

—Oh, tiene razón... —Lady Charters se pasó una mano por la frente, como si ya estuviera demasiado cansada—. Mi pequeña se ha ido. Claire se ha ido.

Jon miró a Sarah, suplicándole que entendiera por qué se vio entonces obligado a revelar la verdad a su madre.

—Madre, esta es Sarah Ashton, la hija de nuestros vecinos. ¿La recuerdas?

Lady Charters se acercó a ella y cuando la vio mejor, una leve sonrisa curvó su fina boca.

—Por supuesto que la recuerdo. Es hermosa, joven Sarah.

Sarah no sabía cómo debía sentirse, cómo debía responder. La mujer acababa de confundirla con su hija, hasta donde podía recordar, su hija muerta.

Su corazón se apretó. No podía ni imaginar el dolor que había tenido que pasar esa madre, y también Jon había tenido que sufrir las penas del infierno por la muerte de su hermana. Y ella había sido tan descarada como para apelar a ese hombre sin tener en cuenta su propio sufrimiento. Se había dirigido a él por puro egoísmo, sin importarle cómo había transcurrido su vida en los últimos nueve años.

Era una verdadera tonta.

Además, acababa de salvarle el pellejo. En ese momento, al ver que la cara de Jon se volvía de cera, se dio cuenta de que no podía obligarle a hacer nada. No le debía nada. Una punzada se apoderó de su estómago, pero sabía que no se debía al hambre; se sentía terriblemente culpable por él. No solo por su comportamiento en el pasado, sino sobre todo porque ese hombre nunca había merecido ese trato y todavía no lo merecía.

—¿Jon? —su madre le llamó de repente. Pareció recuperarse de su inconsciencia—. ¿Podría explicarme qué hace la señorita Ashton aquí?

—La señorita Ashton es nuestra invitada —respondió con una tranquilidad que sorprendió a Sarah—. Si estás de acuerdo, madre.

Lady Charters volvió a mirar a la muchacha, como si tratara de leerla, y captó una profunda tristeza en sus descoloridos ojos azules. Finalmente, la mujer sonrió.

—Está muy asustada, señorita Ashton, ¿verdad?

Sarah se vio obligada, a su pesar, a asentir. No quería que nadie se compadeciera de ella, pero el susto era lo que convenía a su estado.

—Le ruego que me disculpe, Lady Charters, si no me he presentado correctamente —por fin encontró fuerzas para hablar—. Pero hay cosas que me asustan, y su hijo tuvo la amabilidad de ayudarme...

—No se preocupe —respondió la mujer con una mirada maternal—. Mi hijo probablemente hará lo correcto esta vez.

Le asintió con la cabeza y echó una última mirada a Jon, prometiendo que hablarían más tarde.

—Lo siento, Jon —dijo Sarah en cuanto Lady Charters se marchó—. No pretendía meterle en problemas de ninguna manera.

—Ha sido culpa mía —respondió con un largo suspiro—. No debería haberle secuestrado en mi casa. Debería haber sabido que no podía durar mucho.

Sarah se mordió el labio. Reconocer el dolor en su tono de voz la sorprendió. Quizás por una vez debería haber dejado su propio sufrimiento en un segundo plano. Así que le tocó el antebrazo.

-—Usted no tiene la culpa de nada. Y yo... No le obligaré a hacer nada que no quiera hacer.

Jon se volvió para mirarla.

—Nadie me ha obligado a hacer nada en mi vida, Sarah. Esta situación no será diferente. Pero le prometo que me casaré usted, siempre y cuando me revele primero por qué está tan aterrorizada.

Lo miró fijamente durante mucho tiempo. ¿Realmente iba a casarse con ella? Significaba que estaba dispuesto a ayudarla, porque con ese beso le había demostrado que se sentía realmente atraída por él. En ese momento, Sarah supo con certeza que podía confiar en Jon Charters. Pero para que él la ayudara, ella tendría que exhumar el fantasma de su terror a Robert Ashton. No iba a ser fácil.

—Lo haré —le dijo, sin embargo. Era su única oportunidad—. Le prometo que te lo contaré todo.

15. Compartir un dolor

Jon la llevó a la sala de desayunos. No pudo evitar admirar su forma de caminar: grácil y ligera. Como una ninfa flotando sobre un arroyo del bosque.

El sirviente que atendía la sala de desayunos inclinó la cabeza cuando entraron, dando a entender que era consciente de la presencia de un invitado, pero permaneció callado. Jon lo despidió, con la clara intención de pasar el tiempo suficiente con ella para que dijera la verdad. Tenía que admitir que sentía curiosidad por saber qué había hecho que Sarah huyera de casa con un simple camisón y pidiera ayuda a quien siempre había calificado de inadecuado.

Jon cogió unas tostadas y unos huevos y llenó un plato para ella también, luego los llevó a la mesa haciéndole una señal para que se sentara. Sarah tomó el asiento frente a él. Todavía parecía un poco agitada, pero respiraba con facilidad mientras empezaba a comer. Jon untó el pan con mermelada y la imitó. Mientras comía, Sarah le miró. La luz que entraba por los cristales de la ventana le calentaba la cara.

—Gracias —dijo la joven—. Tenía mucha hambre.

—Así que, Sarah. —Jon se sirvió un poco de té y tomó un sorbo—. Ya puede hablar tranquilamente. Mi madre no está aquí.

Sarah terminó su bocado y luego se limpió suavemente los labios. Tenía el ceño fruncido y vacilante entre las cejas. Durante un largo momento no dijo nada, limitándose a observar a Jon, pero de repente él se dio cuenta de que se había puesto a torturar sus manos, de nuevo, como había hecho la primera vez que se habían visto dos noches antes.

—Sea lo que sea, Sarah, conmigo no tiene nada que temer —le instó, con sinceridad. No entendía qué podía haberle ocurrido para que una joven como ella cayera en las garras de ese vecino al que nunca había considerado su igual, pero estaba dispuesto a apostar que no era una nimiedad.

Sarah le sonrió con tristeza. Su mirada estaba atravesada por un velo de melancolía.

—Se trata de mi tío, mi tutor legal —comenzó—. Está decidido a casarme con un tal señor Thomson, un abogado, que se ha mudado recientemente a Londres. Pero, ¿sabe? No es precisamente el tipo de hombre al que le gusten las mujeres.

Jon frunció el ceño.

—¿A qué clase de hombre no le gustan las mujeres?

—Un hombre que ama a los hombres —respondió Sarah, apretando los labios—-. Pero eso no es lo que más me molesta.

Jon le entregó una taza de té.

—Tome esto, le ayudará un poco.

Mientras bebía, su labio inferior temblaba. Jon la observó con una expresión arrugada. Podía apostar que Londres estaba plagado de hombres a los que no les gustaban las mujeres, como ella acababa de decir; estaban ocultos, por miedo a que alguien fuera del refugio de las habitaciones pudiera enterarse de ciertos hechos impúdicos, pero estaban ahí. Tenía que haber más, pero parecía demasiado reacia a continuar la historia.

—¿Sarah? —Pronunció su nombre casi con debilidad, como si quisiera hacerle saber que había alguien que la escucharía pase lo que pase. Y en quien podía confiar.

—Mi tío quiere que me case con Thomson para poder explotar el hecho de que no le gustan las mujeres —continuó Sarah titubeando.

Jon dejó caer el cuchillo sobre el plato, provocando un tintineo casi ensordecedor como el silencio que siguió a esa afirmación.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sarah tragó saliva.

—Quiere aprovecharse de mí —exhaló finalmente. Se llevó una mano al cuello y cerró los ojos—. Sabe que no podré rebelarme una vez casada, y sabe que Thomson nunca me querrá de verdad y él... sabe que puede meterse en mi cama cuándo y cómo quiera.

Jon se separó de repente de la mesa, con las manos cerradas en puños.

—Esto es absolutamente intolerable. —Su voz en ese momento podría compararse con el gruñido de un animal salvaje—. ¿Y por qué este hombre Thomson aceptaría casarse usted, dada su inclinación sexual hacia otros hombres?

Sarah se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero tengo la impresión de que mi tío lo mantiene bajo chantaje. Les oí discutir en privado, la noche que me escapé para venir a verle. Hablaban de las investigaciones, del matrimonio, del hecho de que mi tío sería el único que disfrutaría de los beneficios que traería.

Tenso, Jon trató de examinar la situación, pero lo único en lo que podía concentrarse era en la expresión horrorizada de Sarah y en cómo se había vuelto instantáneamente más vulnerable de lo que él podría haber imaginado.

Luego, guiado por el sentimiento de protección que había surgido instintivamente en su corazón, rodeó la mesa y se sentó junto a ella. Sarah le miró con ojos velados por la tristeza.

—Deseé no habérselo dicho por miedo a que todo fuera cierto, a que una vez que tuviera el valor de decirlo en voz alta se hiciera realidad. —Intentó respirar profundamente para calmarse —. Pero ahora me he dado cuenta de que eso no cambia las cosas. Que todo lo que he oído es cierto. Que mi tío quiere usar mi matrimonio para hacer lo que quiera conmigo.

—No. —Jon tomó su mano y la sostuvo entre las suyas. Un gesto inusual incluso para él, pero tan impulsivo que no podía echarse atrás ahora—. Míreme, Sarah —le dijo. Lo hizo más de una vez, hasta que ella giró la cabeza en su dirección—. No voy a permitir eso. No permitiré que nadie le haga algo tan aberrante como eso.

La tensión desapareció del rostro de Sarah.

—No quiero obligarle a que se case con alguien que siempre ha odiado —murmuró—. Pero es la persona más cercana a mí, y no sabía dónde más ir. Hui en cuanto escuché su conversación, ni siquiera tuve tiempo de vestirme. Todo lo que sabía era que tenía que salir de esa casa antes de que fuera demasiado tarde...

—No tiene que justificarse más —la interrumpió Jon suavemente. Le apretó la mano con más fuerza—. Ahora está conmigo. Nadie se atreverá a hacerle daño aquí, no mientras yo esté.

Intentó sonreírle con ánimo. En ese momento le pareció verla por primera vez, como si los años pasados hubieran desaparecido para dar paso al presente. Un presente en el que una hermosa joven había acudido a él en busca de protección y refugio, en el que la antigua Sarah Ashton no existía, y con ella tampoco las miradas despectivas y las actitudes hostiles.

Podría haberse quedado allí con ella, cogiéndole la mano, todo el día. La habría protegido, sin importar lo que pasara, incluso si tenía que desafiar a Robert Ashton directamente. Solo sabía que no quería verla en ese estado, tan triste, tan aterrada por alguien que quería aprovecharse de ella, que quería romperla. Y en ese momento comprendió; Sarah ya había experimentado la sensación de ser aplastada, quizá mucho más de lo que Jon había sentido nunca.

Ya no había necesidad de jugar, ni de vengarse de ella. A partir de ahora sería su invitada,

ya no se vería obligada a esconderse en sus habitaciones y, sobre todo, Jon se casaría con ella. Y no solo porque de repente quisiera protegerla, sino porque, no se podía negar, la quería ahora.

Tal vez, meditó, existía la posibilidad de obtener riqueza de un matrimonio basado en el puro deseo físico, aunque no hubiera florecido un sentimiento.

—Está a salvo, Sarah. Lo prometo.

La sonrisa que le dedicó Sarah era incierta, pero genuina.

—Gracias, Jon. Gracias por comprenderme.

Jon seguía sosteniendo su mano y sus dedos la apretaron una última vez antes de soltarla.

Le hubiera gustado repetir el beso, pero decidió contenerse porque ella aún estaba conmocionada por lo que acababa de revelarle y aprovechar esa oportunidad no lo convertiría en un caballero. Así que la instó a levantarse y le señaló sus pies aún descalzos.

—Creo que es hora de encontrarle un par de zapatos adecuados.

Sarah le sonrió, esta vez sin dudar.

—Tiene razón. Aunque tengo que admitir que me gusta caminar descalza, se siente bien. —Le guiñó un ojo juguetonamente y ambos estallaron en carcajadas.

Jon le ofreció su brazo.

—Vamos, busquemos algo en la habitación de mi hermana.

Y por primera vez desde que Claire se había ido, Jon no sintió dolor al recordarlo. Tal vez fuera porque lo estaba compartiendo con Sarah en ese momento, tal vez porque su cercanía le hacía sentirse también seguro. Sentir menos dolor, reflexionó, era una sensación maravillosa.

16. Don Juan

La señora Carter era una mujer de unos cuarenta años, que había pasado por muchas cosas en su vida, y lo había superado todo, pero la pérdida de Sarah la estaba trastornando definitivamente más de lo que había previsto.

Tres días después de la fuga de la niña, Freya Carter seguía desempeñando sus funciones de ama de llaves como siempre había hecho; pero cuidarla, darle un beso de buenas noches, prepararla por la mañana y escuchar sus confidencias, eran cosas que echaba absolutamente de menos. No pudo evitar preguntarse a dónde había ido, si estaba bien, y albergar la esperanza de que no se hubiera topado con alguien peligroso. Y luego, la forma en que había escapado... Ese camisón ni su temperamento la habrían protegido de cualquier tipo de paleto.

—Señora Carter, tiene que hacer un esfuerzo y tragar algo sólido o la encontraremos tirada en el suelo.

Freya se despertó de sus ominosos pensamientos y miró a Will, el mozo de cuadra de la hacienda Ashton que había sido puesto al servicio del conde Ashton cuando su padre, el viejo mozo de cuadra, había fallecido.

Will era un chico amable y educado que siempre había tenido debilidad por Sarah. Por eso, cuando la joven condesa había acudido a pedirle ayuda para organizar su huida, él no había podido negarse. Había confesado a la señora Carter que posteriormente se había sentido como un tonto por ello, pero ella se había apresurado a tranquilizar al chico. «El amor le ciega a uno y le hace hacer cosas que, con la cabeza despejada, no se habría atrevido a hacer.»

Will aún tenía mucho que aprender sobre eso, y Freya esperaba que tarde o temprano su enamoramiento por Sarah se desvaneciera. Ella era una noble, le recordaba siempre, él un simple mozo de cuadra.

—Tienes razón, querido muchacho —respondió la mujer con un suspiro desconsolado—. Pero no puedo evitar pensar en mi pequeña.

—La señorita Ashton habrá hecho fortuna en otra parte, señora Carter —intervino el mayordomo, Lewis, el único, aparte de la señora Carter y Will, que conocía la fuga de Sarah—. Es una chica brillante, no debe preocuparse por ella.

Lewis, alto, con cuello de pavo y ojos negros como el carbón, se inclinó para evitar que la cocinera y las otras criadas escucharan.

—Solo tenemos que esperar que Lord Ashton no se entere de nuestro subterfugio, o nos quedaríamos sin trabajo de la noche a la mañana.

Will apretó la mano de la señora Carter mientras ella se estremecía.

—Él no se enterará. Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para asegurarme de que la señorita Ashton está sana y salva. —Su mirada se oscureció—. Y si se hubiera quedado en esta casa no habría estado sana y salva.

—Son cosas que solo usted supone, señora Carter —dijo Lewis, encogiéndose de hombros —. Pero debido a mi afecto por la señorita Ashton, elijo creerle.

—Y hágalo bien, señor Lewis —intervino Will, golpeando con el puño la mesa de madera de la cocina. La señora Carter jadeó.

—¡Will, por favor! —susurró.

—Por ahora, nadie obligará a la señorita Ashton a casarse con ningún tipo sospechoso, se lo aseguro. —Will apretó la mandíbula—. Si algo le sucede a Sarah, haré directamente responsable

a Lord Ashton —gruñó.

Freya le acarició la mejilla de forma maternal, con unos ojos terriblemente amargos.

—Es la señorita Ashton para ti, hijo —se vio obligada a recordarle.

—Lo sé —admitió el chico, bajando la mirada—. No quiero que le pase nada.

—Eso es lo que todos queremos, Will —dijo Lewis con un suspiro—. Tratemos de mantener la calma, al menos por el momento.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la señora Jones, la anciana cocinera, mientras se dirigía a la mesa, tambaleándose de un lado a otro debido a su excesivo peso, con Sophie y Martha, las otras dos criadas, a remolque.

—No es asunto suyo, señora Jones —se apresuró a decir Lewis. Enderezó la espalda y se ajustó el cuello de la camisa—. Asuntos administrativos.

—¿Asuntos administrativos? —La señora Jones se hizo eco, arqueando una ceja. Lanzó una mirada en dirección a Will—. ¿Y qué tiene que ver Will con tus asuntos administrativos?

—Como he dicho —reiteró Lewis, con calma—, cosas que no le conciernen.

La señora Jones se encogió de hombros con indiferencia.

—Y usted, señora Carter, ¿por qué no ha comido nada? ¿La cena no es de su agrado?

Freya le sonrió.

—Claro que sí, lo que pasa es que no tengo apetito. Lo compensaré mañana por la mañana en el desayuno.

La señora Jones murmuró algo en voz baja y desapareció al doblar la esquina, dejando a Martha y a Sophie en la mesa con ellas. Ambos tenían solo diecinueve años y estaban muy unidas a Sarah. Sophie, una chiquilla con un par de ojos brillantes y oscuros y que le faltaban algunos dientes, se inclinó hacia la señora Carter.

—Usted estaba discutiendo la desaparición de la señorita Ashton, ¿no es así?

Freya asintió, con expresión de dolor.

—No sabemos dónde ha acabado. Es atroz no saberlo.

Sophie le sonrió alentadoramente, mientras que Martha rodeó la mesa y tiró de Freya para abrazarla.

—Estoy segura de que, dondequiera que esté, está bien.

—Mucho mejor que aquí, al menos —se sumó Sophie, guiñándole un ojo a Will. Todo el mundo era consciente de los sentimientos del chico por Sarah Ashton—. Verás que no le habrá pasado nada malo. Es una chica inteligente.

—La encontraré —declaró Will mientras se levantaba, pero Lewis se apresuró a devolverlo a su asiento.

—No vas a hacer nada en absoluto, muchacho. Estoy seguro de que cuando las cosas se hayan calmado, la señorita Ashton volverá a casa. En una sola pieza. Pero, por el momento, debemos seguir desempeñando nuestras funciones como siempre lo hemos hecho, sin llamar la atención.

—No pasa nada por preocuparse —señaló Martha, todavía agarrando los hombros de Freya.

Lewis suspiró con amargura.

—Pero preocuparse demasiado es inapropiado, y Lord Ashton lo sabe.

****

Casa de los Charters

—Mande a preparar un baño para usted —le informó Jon al entrar en la biblioteca, donde

había dejado a Sarah. Sentada en el sillón de terciopelo verde, se giró al oír su voz.

—Es usted muy amable, gracias.

Hacía una hora que había pedido visitar la habitación y había encontrado un libro con poemas que la habían inspirado inmediatamente. Quizás por lo que había escuchado sobre la vida de Jon.

—¿Qué está leyendo? —le preguntó al entrar en la biblioteca. Sarah metió un dedo en el centro del libro y cerró los extremos.

—Byron. —Jon frunció el ceño

—Ya sé de qué se trata.

Era el único libro de Byron que se encontraba en la biblioteca y, por alguna extraña razón, Sarah había decidido leerlo.

—Tenía curiosidad por la vida que dicen que ha llevado desde que dejamos de vernos —respondió ella—. Pero no creo que esto lo refleje mucho.

—¿Y por qué?

Sarah se perdió en el atardecer. Los rayos anaranjados del sol se filtraron por la ventana y se derramaron, calentando sus pies cubiertos con los zapatos que habían pertenecido a la hermana de Jon.

—Porque Byron escribe sobre un chico ingenuo que se deja llevar por las mujeres, y no puedo decir que usted sea tan ingenuo.

Esa afirmación pareció provocar una sonrisa en el rostro de Jon.

—Por supuesto que no. Pero me gustaría dejar claro que todo lo que han oído sobre mí es cierto. Así que será mejor que se mantengas alejada de mí una vez que estemos casados, lo que será muy pronto.

Sarah agudizó su mirada.

—¿Pronto?

Jon asintió con firmeza.

-—Pero tendremos que irnos por un tiempo. Ciertamente no puedo casarme usted en medio de la agitación de la ciudad, cualquiera lo sabría y he jurado mantenerle a salvo. Aquí, a poca distancia de su casa, no puede estar completamente segura.

Sarah sintió una oleada de calor que la inundaba. Quería protegerla, le había dicho con una mirada de tanto orgullo y determinación que ella había perdido el aliento. No podía creer que, después de todo lo que había pasado por su culpa, Jon estuviera dispuesto a mantenerla a salvo. Le estaba mostrando que se había convertido en un hombre. Sin explicar por qué, Sarah confió en él. Quizás más de lo que había confiado en nadie en su vida.

—Tienes razón —se vio obligada a aceptar—. Pero...

—No será por mucho tiempo —se apresuró a tranquilizarla Jon, que debió percibir su vacilación—. Solo por unos días, el tiempo suficiente para convertirnos en marido y mujer de pleno derecho. —Jon se acercó a ella y le quitó el libro de las manos—. ¿Le contó Byron cuántas desventuras vivió el ingenuo Don Juan?

—Sí, pero el libro no está terminado. Solo hay unos pocos poemas.

—Lo sé. Tendrá que imaginar el final, entonces.

Sarah se estremeció ante esa afirmación. Tal vez, reconoció unos instantes después, fue una emoción de placer. Jon la observaba sin quitarle los ojos de encima, pero ya no se sentía tan desnuda como en el pasado. Se sentía realizada, aunque no podía entender por qué.

—Kiera, la criada, le está esperando en el baño.

Sarah se levantó y Jon esperó un momento antes de dejarla pasar.

—Gracias, Jon. Para todo.

Asintió con la cabeza, mostrando una sonrisa que tenía el poder de destrozar su razonamiento. Se quedó un buen rato con los labios apretados sobre los dientes perlados del hombre. Luego, en un arranque de valor, se levantó sobre las puntas de los pies y apenas los tocó con los suyos. Ese simple contacto fue suficiente para hacerla retraerse. El calor que había experimentado la primera vez se extendió al bajo vientre, obligándola a preguntarse qué significaba todo aquello. Y por qué no podía dejar de pensar en lo mucho que quería besarlo como la primera vez.

—Perdóneme —se disculpó antes de salir corriendo de la biblioteca y respirar profundamente. Sentía los latidos de su propio corazón contra sus sienes, pero mientras caminaba por el pasillo y subía las escaleras hacia la habitación que Jon había preparado para su baño, Sarah no pudo evitar pasarse los dedos por los labios para recordar la sensación de mareo que había vuelto a experimentar en sí misma.

17. En lo que queda de mi honor

Bajo la luna llena, Jon se echó el sombrero por encima de la cabeza y saltó sobre el caballo. Tirando de las riendas, le dio media vuelta y miró hacia la ventana de su habitación. Vio la imagen borrosa de Sarah detrás del cristal iluminada por la tenue luz del candelabro, sus ojos le miraban fijamente. Volvería pronto y la besaría como había querido hacerlo durante los últimos cuatro días, porque ella había tenido la osadía de hacerlo de nuevo y él deseaba tanto saborear esos labios como es debido, que sentía un vacío en el estómago al pensar que tenía que contenerse.

Asintió con la cabeza y espoleó al caballo al galope, pasando los setos y la puerta, y adentrándose en la espesa oscuridad del atardecer. Esta sería la última noche que pasaría buscando información sobre su hermana, pues al día siguiente dejaría la situación en manos de Stewart Walt, el investigador privado que había contratado antes de la llegada de Sarah.

Al día siguiente partiría hacia Brighton con Sarah, donde encontraría un sacerdote dispuesto a casarlos. Después volvería a Londres para poner fin a todas las atrocidades que ya no podía tolerar, localizar al asesino de Claire y dar una buena lección a Robert Ashton.

Que se lo lleve el diablo.

Lo que Sarah le había revelado superaba todas las expectativas del hombre; aún no podía creer que fuera capaz de organizar semejante subterfugio para explotar sexualmente a su propia sobrina.

Siempre había pensado que Ashton era un hombre cínico y engreído, pero concebir un propósito tan obsceno era intolerable y repugnante. Comprendió lo que debía sentir Sarah, lo que la había llevado a huir de la casa, su dolor al enterarse de las viscosas intenciones del hermano de su padre. No se compadecía de ella, pero había jurado protegerla, porque no había podido hacerlo con su hermana.

Dio al caballo un fuerte tirón de las riendas y tomó la salida del St James's Palace, dirigiéndose al Dush Club. Esa noche, el maldito dandi propietario le escucharía.

La casucha se le apareció como un conjunto de piedras que se desmoronaban, lo que le hizo levantar la nariz. Detestaba el lugar. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras desmontaba su caballo y aseguraba las riendas a un poste.

Miró a su alrededor una vez más para asegurarse de que nadie le había visto, y luego decidió entrar. La puerta crujió cuando sus pies cruzaron el umbral y Jon miró hacia el mostrador, levantando apenas el sombrero. El propietario no parecía sorprendido de verle.

—Lord Charters.

El saludo que le dedicó le hizo dar un respingo. Parecía tan tranquilo, tan extraño, que Jon tenía la impresión de que ocultaba algo. Pero estaba seguro de que el hombre no tenía nada que ver con la muerte de Claire. No, su mirada había sido demasiado firme, demasiado segura, cuando había ido por primera vez a pedir información. Para creer que era culpable de alguna manera, Jon habría tenido que detectar alguna vacilación por su parte, pero no había habido ninguna.

—Buenas noches —saludó cordialmente en respuesta—. Prometí que volvería a verle.

—Es un placer volver a verle —dijo el hombre—. Pero debo admitir que me gustaría que consumiera algo alguna vez.

—No estoy aquí para consumir, señor, y usted lo sabe. —Jon se acercó al mostrador y puso

las manos sobre la tapa de madera—. ¿Recuerda por casualidad a la chica de la que le hablé la última vez?

—Sí —asintió el otro mientras un par de mujeres se lanzaban detrás de Jon, impregnándole del nauseabundo olor a cigarro.

—¿Y bien?

—Claire Charters —dijo el propietario, encogiéndose de hombros con indiferencia—. La recuerdo. He visto a esa chica entrar por esa puerta unas cuantas veces, pero eso es todo lo que puedo decirle.

Un ceño fruncido se pintó entre las cejas de Jon.

¿Por qué iría su hermana a un lugar así? No podía explicarlo, y mucho menos creerlo. Entonces, como un tonto, recordó que nadie la había tenido realmente bajo control. Su madre siempre estaba encerrada en casa y él siempre había estado demasiado ocupado entregándose a las pasiones carnales como para darse cuenta de los movimientos de Claire. Golpeó con el puño el mostrador, un gesto que hizo sospechar al dueño.

—¿No sabe lo que estaba haciendo aquí?

—Solo puedo suponer que estaba haciendo lo que hacen todas las mujeres que entran en el Club Dush, mi señor —fue la respuesta genuina—. Se divierten, apuestan, incluso se enamoran. Nada peligroso, eso está claro.

Los ojos de Jon le atravesaron.

—Mi hermana fue asesinada frente a su maldito club, ¿y afirma que nada peligroso tuvo que ver con ella?

El hombre deslizó sus manos sobre el mostrador, en sus tenía ojos un brillo de ferocidad.

—Sé perfectamente que su hermana fue encontrada muerta frente al Club Dush, milord —siseó—. Pero eso no le da derecho a creer que en mi club ocurren cosas peligrosas. Y ahora le pido que se vayas, si no le gusta.

—Averiguaré lo que le ocurrió a mi hermana, señor —declaró Jon, endureciendo la mandíbula—. Y le aseguro que si cuando la verdad salga a la luz, descubro que ha tenido algo que ver con su muerte, responderá directamente ante mí.

El hombre sopesó su mirada durante un largo momento antes de soltar un suspiro jadeante. Levantó la barbilla con orgullo, pero Jon sabía que iba a decir algo al respecto. Había notado el cambio de tensión en los músculos de sus antebrazos.

—Una vez —murmuró finalmente—, la vi salir en detrás de un hombre.

Jon lo miró fijamente con ojos de brasa.

—¿Un hombre? ¿Qué clase de hombre?

—Recuerdo no haberle visto antes de esa noche, pero era un individuo extraño —fue todo lo que dijo el otro hombre. Sin embargo, al cabo de unos instantes, pareció tener una iluminación porque miró a un punto por encima del hombro de Jon, como si recordara algo—. Pero ella parecía muy interesada en decirle algo. Al poco tiempo, les siguió Lord Robert Ashton. —Los tendones del cuello de Jon se tensaron hasta ser claramente visibles. Aquella visión debió de sobresaltar al dueño, pues abrió los ojos—. Dios mío, mi señor, no está pensando...

—Ha sido muy útil —gruñó Jon. Sacó una bolsa del bolsillo de su chaqueta y la dejó de golpe sobre el mostrador—. Esto es el pago por sus servicios.

—¡Espere! —le llamó él, ignorando el dinero que había dejado, pero Jon ya había salido corriendo, soltó las riendas y volvió a montar en su caballo, dirigiéndose a Charters House. Sarah estaba en peligro, y solo entonces se había dado cuenta realmente. ¡Cómo no iba a pensar que Lord Ashton estaba relacionado de alguna manera con la desaparición de su hermana! También

frecuentaba el Dush Club, con demasiada frecuencia, y tenía esa desmesurada inclinación carnal hacia las jóvenes.

Maldita sea, tenía que volver con Sarah. Ahora.

—¡Vamos, Hugh! —gritó al semental blanco mientras daba otro golpe decisivo con las riendas.

****

Después del refrescante baño, Sarah se había sentido inmediatamente mejor. Al meterse en el agua, acompañada por el aroma del aceite de rosas de la botella que la criada de Lady Charters, Kiera, había dejado abierta junto a la bañera, cerró los ojos y se relajó por fin.

Después de cuatro días se había lavado, y ahora se sentía como nueva. Se había puesto de nuevo el camisón y esperaba impaciente el regreso de Jon. No había podido conciliar el sueño pensando en el lugar al que se dirigía a estas horas. Tal vez continuaba sus aventuras con alguna mujer hermosa que pudiera satisfacerlo, tal vez estaba haciendo algo más, pero el pensamiento la atormentaba. No era digno preocuparse por alguien que apenas conocía, o casi, sobre todo si sus preocupaciones eran porque no quería que se fuera con otras mujeres. Estaba a punto de convertirse en su marido, y ella pensaba que la infidelidad era algo que nunca podría tolerar por principio.

¿Pero estaba realmente segura de que Jon le sería fiel? Una voz en su cabeza le decía que no había hombre más fiel que él, otra le daba el gusanillo de la duda porque ese hombre se había pasado casi diez años metiéndose en las camas de las mujeres y luego abandonándolas.

Decidió que, en cuanto volviera, aclararía el asunto con calma.

Pero cuando Jon regresó a casa e irrumpió en aquel dormitorio como si el diablo le pisara los talones, algo hizo que Sarah prestara atención. Parecía furioso, pero también profundamente preocupado, respirando con dificultad como si hubiera estado corriendo sin parar desde el norte hasta el sur de la ciudad.

—¿Qué pasa?

Jon se quitó el sombrero y la chaqueta y los tiró sobre el escritorio, luego hizo lo mismo con las botas y la camisa, dejándose solo los pantalones puestos.

—Tenemos que irnos —decretó, tumbándose encima de la cama y poniendo una mano detrás de la cabeza, con un largo y amargo suspiro. Sarah le miró sin comprender. Colocó una rodilla sobre la manta y se acostó a su lado.

—¿Puede explicarme qué le ha pasado?

—No hay tiempo, ni mucho que explicar en este momento —respondió Jon, con firmeza—. Mañana, al amanecer, debe estar lista para partir. Así que duerma ahora.

—Pero, Jon...

—Le prometo que se lo explicaré todo a su debido tiempo —la interrumpió rápidamente, girando la cabeza hacia ella.

¡Estaba tan hermosa esa noche!

Sarah lo miró totalmente confundida, completamente sorprendida por su comportamiento, pero esa profunda mirada le dio fuerzas para no ceder y perderse en la charla por esa noche. Necesitaban descansar para afrontar la salida al día siguiente, y ella tenía que entenderlo.

—Por ahora todo lo que necesita saber es que es hora de dormir, Sarah —le dijo, esperando que su tono de voz no traicionara lo aterrorizado que se sentía realmente. No podía perderla a ella también.

Sarah asintió, y luego cerró los ojos lentamente. Jon esperó a que se durmiera para, sin

poder resistirse, rozarle la mejilla con el dorso de la mano.

—No pude proteger a Claire —susurró en la noche—. Pero haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo. Lo juro por todo lo que queda de mi honor.

Luego apagó las luces de las velas con un gran suspiro.

18. La cinta

Era la mitad de la noche. Freya Carter estaba por fin durmiendo cuando oyó el sonido de pasos rápidos por el pasillo que separaba su habitación de la de los demás sirvientes. Frunciendo el ceño, se puso en pie de un salto y, no más de veinte segundos después, la puerta se abrió de golpe y un inquieto Will se presentó ante ella.

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que algo iba mal cuando se fijó en algo que el chico sostenía entre los dedos de su mano derecha de forma tan protectora que perdió el aliento por un momento.

—¡Sabía que le encontraría aún despierta! La encontré no muy lejos de aquí —susurró Will, con la voz vibrando de emoción confiada.

Freya no podía dejar de mirar el objeto que tenía en la mano. Era el lazo de Sarah, el mismo que siempre había llevado desde la infancia, el que también había llevado el día que conoció a Mark Thomson. Inevitablemente, rebobinó los recuerdos. Ella había sido la encargada de recordarle que lo llevara ese día.

—¿Dónde...? ¿De dónde has sacado eso? —se atrevió a preguntar, llevándose las manos para taparse la boca en señal de incredulidad.

Will parecía muy molesto, pero aún emocionado, cuando le contestó.

—Cerca de la villa de los Charters, al otro lado de la puerta, dentro del jardín. Tuve que sacar el brazo para atraparlo.

Los ojos de Freya se abrieron de par en par. Casa de los Charters. ¿Realmente Sarah había acabado en las garras del hombre que conocía desde la infancia? ¿Estaba realmente, de hecho, más cerca de lo que nadie había imaginado? Su corazón se llenó de una alegría espasmódica al pensar que tal vez su Sarah no corría tanto peligro como había creído, aunque ahora debería estar con el hombre menos adecuado que había.

—Debe estar en la Casa de los Charters —murmuró ella.

Will asintió mientras se acercaba a la cama de la señora Carter; con la mano libre le apretó el hombro.

—Está cerca, señora Carter. Ahora puedo creer que probablemente esté bien. A menos que el hijo de los Charters le haya hecho algo... —La idea pareció indignarle, porque Will apretó los dientes—. Lo mataré si lo hace.

Freya sacudió la cabeza, tratando de apaciguar su espíritu de lucha.

—Ten cuidado, Will. No tomes partido contra los poderosos. No puede salir nada bueno de ello, y lo sabes.

—Deberías escuchar al ama de llaves, chico ingenuo.

Ambos se estremecieron instintivamente al oír esa tercera voz que parecía destrozar la esperanza que acababa de florecer en sus corazones. Will se volvió bruscamente hacia la puerta, donde Robert Ashton estaba de pie, erguido y pavoneándose como todo el mundo lo recordaría siempre.

El chico temblaba, pero sin miedo. Freya vio cómo sostenía la cinta de Sarah de forma protectora entre sus dedos y un apretón como de vicio le desgarró el estómago.

—Milord, estábamos...

—Sé lo que estabas haciendo —la interrumpió Ashton con una mirada inquisitiva—. Estabas conspirando a mis espaldas.

—¡Eso no es así! —se apresuró a replicar Will, levantando el brazo hacia el propietario. F

reya se quedó petrificada, pero ya era demasiado tarde. Ashton había señalado la cinta, y sabía exactamente a quién pertenecía.

—Hoy he tenido la tarde libre, así que he vuelto a mi casa para pasar tiempo con mi familia —continuó el chico con un aire orgulloso pero seguro—. Y en el camino de vuelta me encontré con esto. Lo habría reconocido entre otras mil cintas.

Freya observó la expresión de Robert Ashton mientras algo dentro de su corazón se rompía. Si Ashton hubiera llevado a Sarah a casa habría sido el fin de esa chica, pero su lado razonador sabía que era lo correcto. Sarah solo tenía veinte años, y aunque ahora estaba claro que estaba en Charters House, nadie podía estar seguro de que estuviera a salvo.

Sin embargo, también sabía muy bien que Ashton nunca había tenido buenas intenciones con Sarah y que, tras su huida, si la encontraba de nuevo le impondría un castigo que no olvidaría fácilmente. Freya apretó instintivamente el brazo desnudo de Will, que acababa de darse cuenta de que había destruido definitivamente cualquier esperanza de un futuro brillante para Sarah.

Robert agudizó la mirada, sus ojos se entrecerraron mientras miraba la cinta como si fuera el tesoro más preciado de la tierra.

—La casa de los Charters, dijiste-—sentenció. Aterrado,

Will intentó disimular sus palabras.

—No exactamente, milord. Dije que lo encontré cerca de Charters House.

Ashton mostró una mueca cínica, situándose frente al chico en toda su altura.

—No te atrevas a mentirme. A mí, que represento tu salario y tu futuro.

Repentinamente aterrorizado, Will aflojó impulsivamente el agarre de la cinta blanca mientras se le escapaba de la mano. Freya la recogió y la apretó entre sus dedos, luego la llevó al centro de su pecho, tratando de ocultarlo a la merced de su amo. Pero Ashton se apresuró a quitársela con un movimiento rápido y repentino. La mujer se estremeció al sentir que la ira y la amargura surgían en sus ojos.

—¡Si su sobrina se ha escapado, es por una buena razón, por una causa más que noble! —siseó, indignada al recordar las intenciones del hombre que Sarah le había confesado solo unos días antes.

—Cree que tiene el don de la sabiduría, señora Carter —replicó Ashton en voz baja—. Pero recuerde que tengo autoridad para mandarle a la calle cuando quiera si se atreve a dirigirse a mí en ese tono de nuevo. —Se inclinó hacia su rostro momificado con una mueca despectiva en los labios—. Y que yo recuerde, querida señora Carter, no tiene familia a la que volver.

Freya apretó los labios, intentando reprimir las lágrimas.

—Esto no es justo.

—Muchas cosas no lo son —respondió Ashton con una sonrisa—. Y ahora, muchacho. —Se volvió hacia Will, que volvía a luchar contra la injusticia de su condición—. Vas a llevarme exactamente a donde encontraste esta cinta. Y si me vuelves a mentir, sabré qué hacer.

Freya podía apostar, por todo lo que creía, que Ashton no se refería a la posibilidad de quitarle el sueldo a ese chico, sino a algo mucho peor. Apretó el brazo de Will, intentando establecer contacto visual, pero él parecía petrificado y tenía los ojos —muy abiertos—, solo para su amo.

La cara de Ashton, si cabe, se endureció aún más.

—¡Vamos! —gruñó antes de salir de la habitación de Freya. Con lágrimas en los ojos, se dejó caer en la cama y escondió la cara en la almohada, llorando amargamente.

Aquella noche, Robert Ashton había pasado horas contemplando el retrato de los padres de Sarah con expresión arrugada, incapaz de conciliar el sueño. En la enorme biblioteca de Ashton House, en la pared opuesta a la estantería, los ojos de Jessica y Andrew Ashton le habían mirado con la sabiduría que siempre había caracterizado a ambos.

Convirtió sus labios en una mueca despectiva.

Habían producido un ser femenino capaz de arrasar con cualquier pizca de raciocinio que quedara en él. Un espécimen femenino que le tentaba cada día y cada noche, sin saber el efecto que tenía en este hombre de mediana edad.

Robert Ashton solo tenía un objetivo en mente: encontrar a su sobrina.

Entonces, como un espejismo lejano, algo le distrajo de los rostros de su hermano muerto y de su esposa. Un estruendo de pasos lejanos, un ruido que le había alertado inmediatamente. No podía ser un ladrón, no podía hacer tanto ruido. Sin duda era alguien no muy inteligente.

Robert se había apresurado a salir de la biblioteca para llegar a la fuente de aquellos rápidos pasos, pasos que estaba seguro de que portaban un precioso secreto. Desde hacía un par de días tenía la sensación de que los criados debían estar implicados en la fuga de su sobrina. Todos estaban demasiado tranquilos, todos parecían dedicarse a sus tareas sin preocuparse.

Una máscara.

Tuvo que ser un maldito montaje.

Así que llegó a los aposentos de los sirvientes y allí, tal y como esperaba, descubrió el preciado secreto.

Ahora que casi amanecía.

Will, el mozo de cuadra, le precedió en silencio, con los hombros caídos y la espalda encorvada, conduciéndole a las inmediaciones de Charters House, donde decía haber encontrado la maldita cinta.

Robert recordaba perfectamente la baratija inútil. Sarah lo llevaba a diario, un recuerdo que su madre le había revelado en una ocasión, y debió de llevarlo la noche que se había escapado. Había aprovechado la oscuridad para hacerlo. Le haría pagar por ello. Y, sin reservas ni arrepentimientos, disfrutaría al máximo del momento.

—Ya casi hemos llegado —murmuró el mozo de cuadra con una voz tan ronca que parecía haber tragado papel de lija.

Sospechaba que el chico se sentía de alguna manera culpable por haber dejado escapar ese precioso detalle, aunque no entendía por qué.

Cuando llegaron a la puerta que separaba el carril del jardín, Ashton dirigió su mirada hacia la finca. Desde una de las ventanas principales, lo que debía ser un dormitorio, se veía una luz tenue. Entrecerró los ojos.

Allí.

—Aquí —exhaló Will en voz baja, como si pronunciar la palabra le causara algún tipo de dolor—. Aquí es donde encontré la cinta.

Pero Ashton, que ahora estaba seguro de que su sobrina se encontraba exactamente donde él estaba en ese momento, solo tenía ojos para aquella ventana en la distancia, para aquella luz que era un claro indicio de que alguien ya estaba levantado al amanecer.

La sonrisa que se le dibujó en la boca cuando Will se volvió hacia él y no recibió respuesta fue una de las más tortuosas que el chico había visto jamás.

—Ahora, muchacho, seguirás mis instrucciones al pie de la letra —le ordenó el amo, sin apartar la vista de la ventana brillantemente iluminada—. Me ayudarás a traer a casa a mi dulce e inocente sobrina.

No lo haría en absoluto, estaba seguro, pensó entre un momento de disgusto y otro de celos.

Una zorra. Eso era lo que era Sara, porque solo una zorra acabaría entre las paredes de un hombre soltero y libertino.

Seguramente ya había caído en desgracia.

Y la pondría en su sitio, aunque fuera su última acción en esa tierra.

19. Trampa

Cuando abrió bien los ojos al amanecer, Sarah se sintió inquieta.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido, pero era consciente de que, si Jon había decidido marcharse inmediatamente, debía de estar pasando algo, algo que le ponía extremadamente nervioso.

Además, confiaba en sus instintos. Estaba segura de que era la elección correcta.

Ya estaba levantado y vestido cuando Sarah se vio obligada a levantarse. Estaba metiendo algo en la cintura que ceñía sus pantalones, algo que no pudo identificar, y estaba de espaldas a ella.

Sarah se dio cuenta de que él también parecía bastante inquiero.

Miró su amplia espalda, luego hacia abajo, donde sus caderas se estrechaban y perfilaban la curva de su trasero. Sintió una oleada de calor que le recorría el estómago, y eso le dio el impulso de despertarse por completo. Ahora no era el momento de detenerse en esos detalles.

En cuanto se puso en pie, Jon se dio la vuelta.

—Puntualmente —sonrió, pero esa sonrisa estaba llena de forzamiento. Sabía que él estaba tan agitado como ella—. Buenos días, Sarah.

—Buenos días, Jon.

Durante unos instantes se miraron sin decir nada. Ella quería decirle lo agradecida que estaba, él quería repetirle que la defendería de todo y de todos, costara lo que costara, pero ninguno de los dos fue capaz de decir una sola palabra al respecto.

Finalmente, Jon se inclinó sobre la cama, cogió el vestido de Claire y se lo entregó.

—Vamos, vístase. Voy a avisar a mi madre, me espera fuera, en el granero. Timothy ya está levantado y yo ya he abierto la puerta.

Sarah asintió y, cuando Jon salió de la habitación, se tomó un momento para reflexionar. Mientras se despojaba del camisón para ponerse el vestido de día, pensó en cómo su vida cambiaría inevitablemente en poco tiempo. Se casaría con Jon Charters, con el que ahora era un hombre muy, muy guapo, y por fin se salvaría del maltrato al que podría someterla su tío. Se convertiría en la esposa del hombre que una vez había despreciado y nunca había apreciado.

Se permitió el lujo de reírse de una situación que se había invertido abismalmente. Nueve años después de su último encuentro, ella había besado a Jon. Jon la había besado. Le había jurado que la protegería. Era tan surrealista que apenas podía creerlo.

Pero Sarah se sentía tan libre y llena de energía aquella mañana que se obligó a creer que todo era cierto, que todo saldría bien. Por supuesto, tarde o temprano tendría que volver a Ashton House para enfrentarse a Lord Ashton, pero lo haría con su marido a su lado. Jon.

Una vez que se puso el vestido, sin el corsé, cogió la capa que Jon le había dado la primera noche y se la echó sobre los hombros, abotonándola bajo la barbilla. Dobló su camisón, cogió el cepillo de Claire —que Jon le había dado el día anterior para que se peinara después del baño— y los metió en su bolsa de viaje. Todo estaba listo. Instintivamente se rozó la muñeca izquierda con la otra mano y algo le hizo fruncir el ceño. Bajó la mirada a la piel desnuda de su muñeca. Su cinta. La había perdido. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Probablemente se le cayó en algún lugar, tal vez cuando se había escapado de Ashton House, quizá se quedó atrapada en los setos del jardín o la había perdido durante la noche.

Se obligó a mantener la calma. Esa cinta era todo lo que le quedaba de su madre. Respiró

hondo para estabilizar sus súbitos latidos y agarró el asa de su bolsa. Ya no había tiempo. Tenía que llegar a los establos.

El aire fresco de la mañana le golpeó la cara al encontrarse en la parte trasera, haciéndola temblar.

El sol acababa de salir, extendiendo un resplandor anaranjado sobre el contorno de las colinas en la distancia, y ella se perdió en él. Era un espectáculo impresionante, como siempre había creído, pero nunca en su vida se había levantado a tiempo para disfrutarlo. Ahora que tenía la oportunidad, pensó que el sol naciente era una vista digna de ver.

Enterró la cara en el cordón de su capa, dispuesta a dirigirse al granero, cuando un movimiento detrás de ella la dejó petrificada al instante. No podía ser Jon, debía estar todavía dentro discutiendo su salida con Lady Charters. Pero entonces, ¿quién era? Timothy estaba en los establos, y ella aún no había llegado.

—Date la vuelta, Sarah —ordenó una voz detrás de ella.

El corazón le saltó a la garganta.

Su tío.

Esa era la inconfundible voz que pertenecía a Robert Ashton.

Sintió sus pies anclados al suelo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había averiguado dónde se escondía?

Con una sensación instantánea de pánico, Sarah se volvió lentamente y lo que vio la petrificó aún más. Frente a ella, con una pistola en la sien, el mozo de cuadra Will temblaba y la miraba con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos por la respiración acelerada que salía de ellos. Ashton apretó su arma contra la sien del chico, mirando a su sobrina.

—Cómo es que... —vaciló, horrorizada por la escena que tenía ante sus ojos.

—Es obra de este fiel servidor —replicó Robert, levantando una comisura de la boca—. Se preocupa tanto por ti que se le escapó que encontró tu cinta en este mismo jardín.

Con la mirada apagada, Sarah se miró la muñeca y luego cerró los ojos. Ahí, debió haberla perdido.

—Will no tiene nada que ver con esto —dijo, tratando de mantener la voz firme, aunque todo su interior parecía arder. El miedo, el desánimo y la amargura se apoderaron de su pecho como los afilados colmillos de una bestia furiosa.

—Déjalo ir, tío, te lo ruego.

En respuesta, Ashton le dio un codazo al chico en los riñones, y este se inclinó hacia delante, apretando los dientes y dejando escapar un gemido.

Los ojos de su tío parecían hechos de pura brasa.

—Ven conmigo, Sarah, o juro por la tumba de mi hermano que mataré a este paleto y a la otra alimaña de tu amante antes de que puedas parpadear.

A Sarah se le heló la sangre en las venas.

—¿De qué estás hablando? —murmuró mientras su corazón parecía querer estallar a través de su caja torácica.

Jon.

Jon todavía estaba dentro, pero pronto saldría, y si hubiera presenciado la escena, su tío seguramente no habría escapado. De cualquier manera, sin embargo, Will estaría muerto. Ashton iba a disparar, Sarah era consciente de ello. Sintió que sus propios dedos se aflojaban poco a poco del asa de la bolsa.

Robert arqueó sus pobladas cejas.

—Llevas cinco días desaparecida, te has escondido aquí y ¿crees que soy tan tonto que no

sé qué ya has caído en desgracia? —Él estalló en una risa amorfa—. No eres más que una zorra ingenua.

Sarah apretó los labios.

—No permitiré que me trates así —gruñó—. No soy yo quien debe dar asco, eres tú. Porque no tienes ni idea de lo mucho que me disgustas.

Robert la miró primero a ella, luego a la casa y después a Will. Finalmente, le asestó otro golpe. Entre sus piernas, a traición, un gesto de rabia que le hizo gritar y caer de rodillas. Sarah se estremeció, la rabia crecía dentro de ella como un toro furioso. No iba a parar. Ella lo sabía.

La tenía a punta de pistola, atrapada. No podía respirar.

—¡Déjalo, he dicho! —Apretó los ojos—. Te lo ruego.

—Te daré un minuto, Sarah, solo uno. Porque tarde o temprano alguien saldrá a buscarte, y sabes perfectamente que le meteré una bala en el cerebro a este inútil reptil si no haces exactamente lo que te digo. ¿Qué has planeado, otra fuga? Quizá esta vez una fuga con un libertino que se ha acostado con docenas y docenas de mujeres antes que tú. Enhorabuena, Sarah. No eres más que una fulana, ¡tanto para tus amorosos padres!

Sintió el peso de las lágrimas en el fondo de sus ojos. No pudo soportarlo. No podía permitir que la insultara de nuevo, no podía aceptar que exhumara la memoria de sus padres o que atentara de nuevo contra la vida de Will. Pero, aun así, sabía que, si no seguía a su tío, ese niño moriría. Y la culpa recaería sobre ella.

La bolsa se le escapó de los dedos con una lentitud agotadora. Una jaula de derrota parecía descender sobre ella, mientras una dolorosa opresión en el pecho le hacía dudar de que aún tuviera corazón. Pareció flotar en el aire cuando Ashton soltó su agarre sobre Will y lo transfirió a su brazo.

—Has tomado la decisión más sabia, sobrina.

El hombre se acercó a ella, la observó desde arriba con una avidez que la aterrorizó, que sacudió cada rincón de su joven cuerpo con una violencia sin precedentes, mientras Will seguía gimiendo de dolor.

Robert la miró con aparente calma, sin pestañear. Un instante después, le llevó la culata del arma a la sien izquierda antes de que Sarah tuviera tiempo de darse cuenta.

20. Orgullo y resignación

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —le había preguntado su madre con una mano en la sien. Jon se vio obligado a irrumpir en su habitación, algo que nunca había hecho en casi veintiocho años de vida, y a despertarla al amanecer para informarle de que se iba a ir con la señorita Ashton por un tiempo. Lady Charters, aturdida y todavía un poco privada de sueño, se puso inmediatamente en pie—. ¿Qué pretendes, hijo mío? —Jon había tomado las manos de ella entre las suyas, con la urgencia de irse y el pensamiento de que su madre seguiría a salvo sin él, y había besado el dorso de estas suavemente—. Jon... ¿Te acostaste con la señorita Ashton?

Se vio obligado a asentir, pero poco después, cuando la mujer había abierto los ojos y amenazaba con desplomarse sobre la cama, se apresuró a tranquilizarla.

—No la he tocado, madre, te lo aseguro.

—Espero que sí —susurró Lady Charters, tragando saliva—. La señorita Ashton es demasiado pura para acabar con una reputación irremediablemente empañada.

Jon apretó los labios.

Por supuesto, era demasiado pura, pero también estaba en peligro, sin embargo, su madre no podía enterarse aún de su plan. No habría podido soportar la noticia de que iban a casarse para salvar el futuro de la señorita Ashton de un hombre —un pariente de sangre suyo— cuyo único propósito era meterse en su cama mientras estaba casada con un hombre que repudiaba a las mujeres.

Incluso ahora, solo pensar en ello hace que Jon quiera darles un puñetazo a ambos. Ashton por haber ideado un plan tan mezquino, el otro hombre por haber consentido semejante barbaridad.

—Ella nunca será adecuada para ti —continuó Lady Charters, mirando a su hijo con expresión de pesar—. No hasta que cambies tu forma de vida.

—Sabes que ya no soy esa clase de hombre —le contestó Jon, con una nota de resentimiento en su voz. Sin embargo, de momento no había tiempo suficiente para convencer a su madre, así que le había dado un beso en la frente, dispuesto a despedirla.

La mano de Lady Charters se aferró a su antebrazo.

—¿Qué tienes que hacer que es tan importante que tienes que irte con ella, y además de madrugada? ¿Cuándo volverás?

—Volveré pronto —le aseguró, tratando de sonreír para tranquilizarla—. Pero en cuanto al motivo de mi partida, lamentablemente por el momento no puedo mencionarlo. Te prometo que en cuanto vuelva te lo contaré todo, madre.

Luego le dio un fuerte apretón de manos y salió de la habitación, cogió su escaso equipaje y se dirigió a la salida.

Fue entonces, de pie frente a la salida trasera, cuando escuchó un grito estrangulado procedente del exterior. Acababa de abrir la puerta cuando se dio cuenta de que había alguien fuera, y que Sarah sola no podía haber dado voz a un ruido tan fuerte. Sus sentidos se habían alertado de inmediato, lo que le hizo dejar caer su equipaje al suelo. Se había apresurado a salir, seguro en ese momento de que había algo extraño, algo que no había salido según lo previsto.

Y cuando dobló la esquina, apenas se había percatado de que el cuerpo sin vida de Sarah era arrastrado por un hombre de espaldas, junto con el de otro, más bajo y menos fornido. La desesperación se había apoderado de él entonces. Habría apostado cualquier cosa a que sabía

quién era el arrastraba a Sarah.

En un ataque de rabia, había empezado a correr hacia los tres, pero antes de que pudiera acercarse, ya habían cargado a Sarah en un carruaje y aún no habían cerrado la puerta, y se marchó como si el diablo le pisara los talones. No se dirigían a Ashton House, sino en la dirección opuesta.

¡Maldita sea! La estaban secuestrando.

En ese momento Jon cambió de dirección y se dirigió rápidamente al granero. Timothy ya estaba de pie, como él sabía, y estaba recogiendo algo de los restos de paja del suelo.

—Timothy, ensilla a Hugh, ahora mismo —ordenó.

El chico asintió, claramente aturdido, pero obedeció.

Una vez que hubo saltado a la silla de montar, Jon no podía pensar en lo que pasaría si no encontraba el carruaje que llevaba a Sarah.

Espoleó al caballo al galope, maldiciéndose por haber perdido tanto tiempo advirtiendo a su madre, reflexionando que no debería haber enviado a Sarah sola a los establos, llamándose a sí mismo idiota por haberse dado cuenta de que había jugado por detrás de su oponente.

No podía perderla a ella también. No, simplemente no podía.

Pasó por el jardín, luego por el patio y después por la puerta, siguiendo la dirección que había visto tomar al carruaje. Lo vislumbró a lo lejos, pero aún no estaba fuera de su campo de visión. Un punto a su favor. Habría espoleado a Hugh en un galope salvaje para alcanzarla y, cuando lo hiciera, Robert Ashton necesitaría la intervención de Dios para salvarle de su ira.

****

Tras la primera oleada de rebeldía, Sarah se dio cuenta de que seguir así no la llevaría a ninguna parte. Se despertó con un dolor de cabeza insoportable y una sensación de embotamiento intensificada por el hecho de que las ventanas de aquel vagón estaban oscurecidas por cortinas.

Su tío estaba sentado frente a ella, con su arma apuntando firmemente a la sien de Will, mirando fijamente a un punto no especifico.

Sarah tenía miedo, pero intentó que no se notara. No sintió el impulso de culpar a Will por lo que le había revelado a Robert Ashton; después de todo, sabía que el chico solo había actuado por su propio bien, o al menos eso era lo que había pensado. No podía saber que su tío era mucho más astuto que él, porque nunca había estado en contacto directo con él. Pero lo hizo, lo conocía bien. Ahora, más que nunca, ella sabía de lo que era capaz.

—Quiero saber a dónde me llevas.

Ashton la miró fijamente sin responder, sonriéndole con una sonrisa maligna. Sarah hizo por levantarse de su asiento, dispuesta a lanzarse sobre él con toda la fuerza de la que estaba dispuesta, pero entonces la razón pudo con ella. Sea cual fuese el acto de rebelión que ella pudiera escenificar, él utilizaría el cuerpo de Will como escudo para herirla.

Su mente estaba paralizada por lo que iba a ocurrir, pero a pesar de ello sabía igualmente que la única parte de sí misma que la salvaría de aquella situación era su cerebro.

En ese momento, mientras miraba a su tío con desprecio, solo tenía un pensamiento en su mente: Jon. Se preguntó cómo había reaccionado ante su desaparición, si perseguía el carruaje para ayudarla o si había decidido abandonarla porque no merecía la pena arriesgar tanto para salvar a una mujer que siempre le había tratado con condescendencia.

Ese fue uno de los arrepentimientos más dolorosos que tuvo.

Si lo hubiera conocido bien, diez años antes, si ella no hubiera sido tan arrogante y segura

de sí misma como para considerarlo un ser inferior, Jon podría incluso haberse encariñado con ella. Pero no pudo, aunque había prometido protegerla. Instintivamente se dio cuenta de que le echaba de menos. Que daría cualquier cosa por volver a verlo. Que esperaba que superara el dolor de la muerte de su hermana, aunque probablemente no estaría con él para verlo.

Sabía que Jon era fuerte, pero también había visto su fragilidad, la dulzura que le unía a su madre, un afecto suave que le había llegado al alma. Seguiría adelante, de una forma u otra, pero sin ella. Porque Sarah era consciente de lo que iba a ocurrir pronto. Ashton se la llevaría quién sabe dónde, lejos de Londres, utilizando a Will para mantenerla callada y luego la obligaría a convertirse en la esposa de Thomson para poder hacerle lo que quisiera. Todo volvería al principio, y ese pensamiento amenazaba con hacerla estallar en lágrimas delante de su tío.

Ella los empujó hacia atrás, no le mostraría debilidad y sumisión, ni siquiera resignación, aunque por dentro lo fuera.

Jon.

Tenía muchas ganas de decírselo en ese momento. Lo agradecida que estaba con él, cómo lamentaba todos los años en los que no le había apreciado como era debido, cómo temía no volver a verle. Pero no estaba allí. Él nunca vendría, probablemente, y eso la destruyó.

—Me gustaría saber qué te hizo huir de tu casa —dijo Ashton, rompiendo el ruidoso silencio de sus cavilaciones.

Sarah sintió el impulso de abofetearle, de gritarle todo su asco y odio, pero se contuvo una vez más. Sin embargo, ya era demasiado tarde porque Ashton se había dado cuenta de su expresión de desprecio.

—Sabes algo. Me convertiré en monja antes de dejar que me toques —siseó Sarah entre dientes—. Lo juro por la memoria de mis padres.

Ashton casi se rio en su cara mientras Will intentaba moverse por el asiento. El arma que el hombre sostenía en su mano derecha lo devolvió rápidamente a su asiento.

—En realidad, sobrina, puede que incluso encuentres la experiencia agradable, como imagino que ya has experimentado con Jon Charters. Ah, si no fueras tan frígida sería mucho más fácil.

—Simplemente —gruñó ella, resistiendo el impulso de golpearlo—. ¡Tú eres el hermano de mi padre! Estás planeando esta desgracia para aprovecharte de mí, para entrar en mi habitación a tu antojo. ¡Soy tu sobrina, maldita sea! —soltó, mientras el asco, la ira y la impotencia se mezclaban en su interior, amenazando con hacerle perder la cabeza.

Lo odiaba, lo odiaba.

Robert mostró una mueca calculadora.

—No me aprovecharía de ti, Sarah. Estarás dispuesta, ya lo verás.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Inhaló y exhaló largamente. Al instante siguiente, escupió con tanta fuerza que el escupitajo cayó directamente sobre el ojo izquierdo de su tío.

—Nunca permitiré que me utilices.

Aparentemente indiferente al gesto que ella acababa de hacer, Ashton utilizó la tela de su chaqueta para limpiarse la saliva, y luego cargó la pistola que aún sostenía contra Will.

—Inténtalo de nuevo y lo siguiente que encontrarás en mi cara y en la tuya será el cerebro destrozado de este vago.

21. Dejar ir

Tenía miedo, no podía negarlo. Había intentado varias veces convencerse de que su tío no le haría daño, pero cuando había intentado apartar las cortinas de las ventanas para ver hacia dónde se dirigían, él le agarró la muñeca con la mano libre y le apretó con fuerza. La mirada furiosa que le dirigió podría haberla incinerado si hubiera tenido el poder. Así que Sarah se vio obligada a volver a su asiento, convenciéndose a sí misma de que si se quedaba quieta él no le haría daño ni a ella ni a Will.

De vez en cuando el chico intentaba establecer contacto visual con ella, pero no había respuesta. No podía mirarlo, porque estaba segura de que incluso entonces su tío usaría el arma contra él. Solo tenían que permanecer en sus asientos sin hacer preguntas, sin tratar de entender nada más que ambos habían sido secuestrados.

Solo quería que Will supiera que no creía que fuera culpable, que haría cualquier cosa para mantenerlo a salvo.

De repente, el carruaje chocó con algo, deteniendo el viaje con un violento golpe. Sarah chocó con Will, que la apoyó suavemente. Era la primera vez que se miraban a los ojos desde que la secuestraron, y ella aprovechó la oportunidad para hacerle saber que todo estaba bien, que aún lo tenía en alta estima.

Ashton golpeó bruscamente el techo del coche. Entonces, desde fuera llegó la voz del cochero. El tono era urgente y bastante preocupado.

—¿Qué ha pasado? Hemos caído en un bache, señor. El barro bloquea las ruedas.

Ashton murmuró algo entre dientes apretados. Apuntó con la pistola a su sobrina y luego a Will, ordenándoles que se quedaran dónde estaban, abrió la puerta y salió de un salto. Sarah oyó a los dos hombres discutir en voz baja y se dio cuenta de que era el momento adecuado.

—Will, ¿tienes ganas de hacer algo valiente?

—Por supuesto, señorita Ashton —dijo en voz baja.

Sarah aguzó el oído para ver si su tío volvía al carruaje, y cuando estuvo segura de que seguía discutiendo con el cochero, miró por la ventana. Lentamente corrió la cortina y se horrorizó. A través del cristal opaco vio el contorno de un bosque, matorrales y árboles que bloqueaban la visión de todo lo demás.

—¿Pero a dónde nos llevan...? —no pudo evitar murmurar.

Debían de haber dejado atrás la ciudad durante al menos media hora; ella no podía reconocer dónde estaban en ese momento.

—¿Qué debemos hacer? —Will la instó, siguiendo la trayectoria de su incierta mirada.

Ella retrocedió rápidamente.

—Tenemos que escapar. Pero mi tío tiene un arma, así que seré el primero en salir. Él nunca me dispararía, pero tú... Debemos encontrar una distracción...

Will pareció pensarlo durante unos instantes y luego se animó.

—Ya sé lo que hay que hacer. Fingiré estar inconsciente para que tu tío sospeche y puedas salir, pero tienes que correr tan rápido como puedas o será el fin.

Sarah se mordió el labio. De todos modos, ese habría sido el final. A estas alturas había perdido hasta la esperanza de volver a ver a Jon.

No quería que Will pagara también por sus pecados.

Sacudió la cabeza.

—No hay duda de ello. No voy a arriesgar tu vida de nuevo, Will.

—¡Pero, señorita Ashton! —estalló el chico, agarrando su mano instintivamente. Ese gesto la dejó sin palabras, pero no retrocedió ante su contacto. Will la miró fijamente a los ojos—. Fui yo quien encontró su cinta, yo quien le dijo a Lord Ashton dónde estaba. Y yo... no dejaré que nadie, especialmente su tío, le haga daño.

Sarah, al borde de las lágrimas, le apretó la mano como respuesta.

—Yo soy la que hace la elección, Will. Soy tu lady, ¿de acuerdo? Yo te puse en esta situación y soy yo quien tiene que resolverla. Tienes que dejarme.

Will estaba a punto de volver a decir que no estaba de acuerdo cuando un disparo sonó ominosamente en el aire, haciéndolos jadear. Presa del pánico y sin pensarlo, Sarah se apresuró a salir, seguida por el grito de protesta de Will, pero este no podía quedarse dentro del vagón, así que la siguió fuera.

Una vez fuera, Sarah sintió una extraña sensación, como si la tierra abriera una sima bajo sus pies dispuesta a tragarla.

Con el rostro fruncido, los ojos entrecerrados en dos rendijas, el brazo aún levantado en el aire desde lo alto de su caballo, Jon parecía a punto de disparar de nuevo. El asombro combinado con la felicidad de volver a verlo sacudió definitivamente algo en el alma de Sarah, que se recogió las faldas y se apresuró a ir hacia él, olvidando a su tío, a Will, incluso al cochero. Ella solo quería volver con Jon. Pero él la detuvo. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Baje esa arma, Lord Charters —reclamó Ashton mientras levantaba la suya con altanería.

Will, en medio, miraba a su amo sin saber cómo actuar.

Sarah se congeló frente a Jon, que mientras tanto estaba desmontando de su caballo. Subió sin mirarla, pasando junto a ella y protegiéndola con su cuerpo. Ella había visto el fuego en sus ojos. Se quedó sin aliento, su corazón latía muy rápido contra su caja torácica. Su tío no hizo ninguna señal de guardar el arma. Intentó respirar, pero era como si una mano enorme, fuerte y violenta le comprimiera los pulmones.

—No eres más que una asquerosa sanguijuela —siseó Jon. Su tono, reconoció Sarah, sonaba más ronco que de costumbre, más áspero y enfadado.

—Suelta al chico, o te juro que te vuelo los sesos.

—Lo siento.

Demasiado ocupada observando a Jon, Sarah no se dio cuenta de que su tío volvía a apuntar a Will con una pistola. Quería gritar, pero estaba paralizada por el terror.

Quería susurrar el nombre de Jon, decirle que no debía arriesgar su vida por ella, que no lo aceptaría. Fue su culpa que estuvieran en esa situación. Si no hubiera decidido tentar al destino rebelándose contra un futuro humillante, nunca habría entrado en la vida de Jon, no habría puesto en peligro su hogar, no le habría empujado a defenderla.

Quizás no merecía ser defendida. Por mucho que hubiera deseado con todo su corazón volver a ver a Jon, ahora sabía que no podía hacerlo culpable de asesinato. Ella no podía arruinar su vida, comprometer toda su existencia.

—Deja que Will se vaya, tío —dijo ella de repente. Su voz pareció mover la espalda de Jon, porque algo se estremeció en su cuerpo. No le importaba. Solo tenía ojos para Lord Ashton en ese momento—. Si dejas ir a Will, te seguiré sin rebeldía.

—¿De qué demonios está hablando? —gruñó Jon, girándose bruscamente en ese momento —. ¡Está loca!

Sarah lo miró fijamente, con los ojos vidriosos.

—No —murmuró—. No quiero que nadie sufra por mi culpa. Así que me dejará ir, Jon.

Consternado, se agarró al brazo de Sarah, mirándola como se miraría a alguien que ha entrado en el alma de un hombre de casi treinta años, que se ha tallado en su interior como se tallaría el mármol, y que nunca saldrá.

La forma en que la miraba hizo que los latidos del corazón de Sarah se aceleraran aún más, si eso era posible. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Sabía que no quería dejarlo, sabía que nunca querría hacerlo, pero por el sentimiento —se dio cuenta de repente— que estaba construyendo hacia él, Sarah no estaba dispuesta a perderlo. Prefería tenerlo enfurecido, pero vivo y con una reputación intachable, a que se convierta en un asesino o en una víctima. Tenía fe en él, y podía apostar con los ojos cerrados a que dispararía si Ashton daba un paso en falso, pero en los últimos tiempos había aprendido que el destino barajaba las cartas a su antojo y aunque Jon hubiera intentado defenderla, no había certeza de que su tío no soltara el disparo fatal.

No lo permitiría, nunca.

—Perdóneme, Sarah, pero no le dejaré hacer eso —declaró Jon con firmeza. Sacudió la cabeza.

—Lo hará. Porque le odiaré para siempre si no me deja salvaros a usted y a Will.

Los ojos de Jon abandonaron el brillo de la ira que los había animado hasta hacía unos momentos.

—No puedo ni estoy dispuesto a perderle, y debe entenderlo —murmuró casi resignado.

Pero antes de que pudiera decir algo, despedirse, decirle lo unida que se sentía ahora a él, sin mencionar que tampoco quería perderlo, volvió a sonar un disparo.

El llanto de Will hizo que Sarah se compadeciera de él.

Y de repente fue como si el mundo se detuviera, bloqueando todos los gestos y todas las miradas excepto la de Jon, que la veía con los ojos muy abiertos mientras su poderoso cuerpo comenzaba a vibrar.

Sarah le miró fijamente durante mucho tiempo, perdiendo la noción del tiempo. Luego, lentamente bajó la mirada hacia el charco de sangre que se extendía por la ropa de Jon, empezando por su costado izquierdo y terminando en su estómago. Paralizada, Sarah se perdió en la sangre, y finalmente un grito escapó de su garganta. Jon se desplomó contra ella, tirándola al suelo. Sarah lo abrazó mientras las lágrimas corrían por su rostro sin que ella lo sintiera, porque lo único en lo que podía pensar en ese momento era en el cuerpo de Jon sobre el suyo mientras el olor a sangre nublaba su mente y su visión.

—¡No, no! Mantenga los ojos abiertos —intentó decir entre lágrimas.

Los labios de Jon se separaron lentamente.

—Ashton... él sabe... la muerte de Claire...

Confundida y aturdida, Sarah le agarró la cara.

—Te lo ruego, mírame, Jon... Mírame. Mírame. ¡Jon! —por primera vez debido a la conmoción se dirigía a él de manera más íntima.

Pero sus palabras fueron bruscamente interrumpidas por la voz de lord Ashton que, indiferente a sus lágrimas y a su voz rasgada por el dolor, la tomó del brazo y la arrastró hasta ponerse de pie, abrazándola como lo hubiera hecho un padre.

—Fue necesario, mi pequeña Sarah —susurró, acunándola en sus brazos mientras ella, incapaz de luchar, se rendía a sus lágrimas.

—¡Hubiera ido contigo! —gimió con desesperación—. ¡Podría haber ido sin renuencias! Solo tenías que dejarlo vivir... Eso era todo lo que quería...

—No habría servido de nada —fue la respuesta suavemente burlona de Ashton—. Y tú lo sabes.

Entonces todo se oscureció para Sarah, y después ya no pudo recordar ni siquiera las últimas palabras que había pronunciado su tío, porque una espesa niebla se apoderó de su percepción de la realidad, sumiéndola en el olvido.

22. Dawson

Dawson Taylor pensó que la escena que acababa de presenciar era una de las más desleales que había visto nunca. Willow, el perro mestizo que siempre le seguía como una sombra, se había detenido justo detrás y en ese momento, quizá demasiado concentrado en observar al hombre que yacía en el suelo y que parecía no tener vida, no se dio cuenta de que el animal se había acercado a él y seguía la trayectoria de su mirada.

—Detente, Willow —le ordenó mientras el perro comenzaba a avanzar hacia el individuo que el bastardo había dejado muerto a poca distancia del lugar del bosque donde se encontraba —. No sé si está muerto —dijo, sabiendo que el perro no podía entender lo que decía. Pero su deber como médico le impidió marcharse tan tranquilamente como había llegado. No podía dejarlo sin saber si aún había esperanza.

Luego, asegurándose de que no había nadie más cerca, se levantó de su posición agachada y alcanzó el cuerpo aparentemente sin vida. Al examinarlo, Dawson se dio cuenta, por el corte de la ropa, de que debía ser un aristócrata.

Extendió la mano y lo sacudió ligeramente por el hombro, pero no hubo señales de vida. Repasó el torso, luego las piernas y finalmente los brazos. La sangre se extendía desde un punto de su lado izquierdo, empapando el suelo embarrado bajo ellos. Podría haber estado muerto. Y sin embargo... Dawson se agachó para colocar su oreja sobre la boca del hombre. Casi espasmódicamente, se escapó una bocanada de aire. ¡Estaba vivo!

Tenía que darse prisa si quería salvar su vida. No sin esfuerzo, le agarró un brazo y se lo echó al hombro, poniéndolo en pie. La cabeza del hombre se inclinó hacia delante, pero Dawson se apresuró a apoyarla contra su pecho. Dawson, al ser de complexión delgada, no podía sostenerlo adecuadamente, por lo que los pies del desconocido hendían el suelo humedecido por la lluvia, dejando dos largos surcos a su paso.

Willow le esperaba delante del vagón con la larga cola marrón yendo de un lado a otro, sin saber que no había nada de lo que alegrarse.

Dawson depositó suavemente el cuerpo sobre el carro con la bolsa de medicinas, luego agarró el gancho y comenzó a sumergirse en la densa maleza. El perro le siguió sin necesidad de darle ninguna orden.

Cuando llegó a Perlbory, su hogar, que se alzaba sobre las ruinas de un antiguo monasterio, Dawson estaba agotado, pero sabía que cuando volviera a casa podría contar con el apoyo de su esposa, Anne.

Willow fue el primero en dirigirse a la entrada, arañando la puerta de madera y ladrando alegremente. No pasaron más de treinta segundos cuando la puerta se abrió con un chirrido y una atónita Anne se llevó las manos a la boca.

—Qué demonios...

—Lo encontré hacia la frontera —la interrumpió Dawson, deteniendo el carro en un punto no muy lejano del patio—. Le han disparado.

Los ojos de Anne se abrieron de par en par.

—¡Dios mío!

Mientras tanto, Dawson ya estaba levantando el cuerpo.

—Ayúdame a llevarlo dentro —le pidió a su mujer.

Anne se apresuró a unirse a él. El sol ya había salido esa mañana y proyectaba un suave

resplandor sobre el patio. Anne pensó que este tiempo, después de una ligera lluvia, era un milagro, pero no se asoció demasiado con lo que estaba presenciando.

El hombre sangraba por el costado, demasiada sangre. Para una escena así, el cielo tendría que ser uno de los más nublados y lúgubres.

—¿Crees que sobrevivirá?

Mientras lo arrastraban juntos al interior, Dawson dejó escapar un suspiro de desánimo.

—No tengo demasiadas esperanzas, pero intentaré hasta el final salvar su vida. Ese bastardo le disparó por la espalda.

—¿Has sido testigo de la escena? —preguntó Anne cuando, una vez dentro, dejó al desconocido en manos de su marido y se dispuso a limpiar la larga mesa de trabajo de Dawson de utensilios innecesarios. Corrió al dormitorio y volvió con una manta que extendió sobre la mesa.

Dawson depositó al desconocido sobre la superficie de madera. No se movió. Respiraba débilmente, pero incluso ese simple movimiento debía de causarle dolor, porque su rostro, sucio de tierra, estaba contraído en una mueca de dolor.

—Lo he visto casi todo —contestó remangándose la camisa hasta los codos.

—Creo que estaban discutiendo sobre una mujer, pero lo que no puedo tolerar es el... la calma con que el otro apretó el gatillo.

Anne permaneció inmóvil durante unos instantes mientras Dawson comenzaba a desnudar al hombre.

—Un movimiento injusto.

—Eso es demasiado —asintió su marido con una mueca que endureció sus labios—. Se llevó a la chica que lloraba desesperada. Supongo que era su esposa. —Señaló con la cabeza el cuerpo que yacía sobre la mesa—, o una amiga muy cercana. Estaba llorando demasiado para ser solo una conocida. De todos modos, ahora tenemos que quitarle esta maldita ropa. ¿Me ayudas?

Por supuesto que le ayudaría.

Anne y Dawson llevaban diez años casados y siempre lo habían compartido todo. Desde el dolor del niño que habían perdido hasta los pacientes de Dawson; Anne era su ayudante y estaba tan dedicada como él a salvar vidas. También era una muy buena enfermera, le había felicitado su marido en una ocasión, y lo daría todo esa mañana para intentar mantener al hombre con vida.

Disparar a traición era un concepto que no podía entender, y mucho menos tolerar.

Una vez que desnudaron al desconocido hasta la cintura y estaban a punto de continuar, un violento espasmo recorrió su cuerpo mientras sus ojos se abrían de par en par y se plantaban en Dawson.

—¡No! —comenzó a gritar, tratando de luchar. Dawson lo agarró por el hombro y lo obligó suavemente a retroceder, pero el brazo del hombre logró levantarse y su mano agarró con fuerza la camisa enrollada del médico.

—¿Quién es? —Un jadeo espasmódico salió de su garganta, arañando sus oídos como uñas sobre papel de lija—. ¿Dónde han llevado a Sarah? Déjeme verla... Déjeme verla...

Antes de que pudiera terminar su frase, su agarre se aflojó del brazo de Dawson y el hombre cayó de nuevo sobre la mesa, cerrando los ojos. Anne se apresuró a sostenerle la cabeza antes de que chocara con la madera, y luego miró a su marido.

—Esa mujer debe llamarse Sarah.

—Eso no es lo más importante ahora. —Dawson levantó una mano para contener las palabras de su esposa—. Necesito averiguar si la bala salió o sigue dentro. Lo haré. Ya pensaremos en los dramas de la vida de este hombre más adelante.

Tras un cuidadoso examen, Dawson descubrió que la bala no había salido, sino que estaba alojada en algún lugar de su costado. Por lo tanto, pasó la siguiente hora intentando extraerla y solo lo consiguió en el último momento. Después, con la ayuda de Anne, desinfectó la herida, pero el orificio de entrada había requerido mucha precisión para cerrarlo.

Una vez que hubo cosido la herida, Dawson se sintió agotado, pero podía esperar que sus esfuerzos valieran la pena. El hombre tenía un temperamento de acero, que exudaba fuerza por todos los rincones de su cuerpo, e incluso cuando se había despertado durante la costura y se había dado cuenta de lo que ocurría, no había gritado, solo había apretado los dientes de dolor y se había desmayado de nuevo.

Ahora, con su esposa Anne a su lado, y a pesar de tener buenas esperanzas, Dawson miraba al desconocido que respiraba débilmente con un único pensamiento en su cabeza: ¿sobreviviría realmente?

23. Lejos del olvido

Había una niña al final de la avenida. Pudo verla por detrás, con sus largos rizos castaños y un vestido color lila que se ceñía a su espalda con un lazo blanco. Caminó con elegancia, sin mirar atrás, sumergiéndose en la niebla que oscurecía la avenida desprovista de casas.

Luego, en un momento dado, se giró tres cuartos y le sonrió. Pero estaba apagada, sin luz.

Le golpeó como un puñetazo en el estómago.

—Sígueme, Jon —susurró ella. Sin saber cómo explicarlo, se encontró caminando detrás de ella. No le había dado tiempo a reconocerla. Solo cuando estuvo lo suficientemente cerca como para tocarla, se volvió hacia él y, mirándole directamente a los ojos, volvió a sonreír.

A Jon se le escapó un latido del corazón. Era su hermana. Los ojos verdes más brillantes que jamás había visto se clavaron en los suyos, deslumbrándole.

—¿Claire? —murmuró, asombrado. Estiró un brazo, tratando de rozar su mano a lo largo de su costado. Pero ella no se lo permitió; se giró de nuevo y comenzó a caminar.

Jon, al borde de las lágrimas, aceleró el paso para seguirla. ¿Cómo era posible que su hermana siguiera viva? ¿Y por qué era todavía una niña? ¿Fue una alucinación? No puede ser. Y sin embargo... Claire, de diez años, estaba allí, delante de él, pidiéndole que la siguiera quién sabe dónde.

Era su hermana, ¿cómo no iba a seguirla?

Le parecía que sus pies no tocaban el suelo, sino que flotaban sobre él. Era como... como hojas que crujen en el viento.

Un escalofrío recorrió a Jon. No era miedo, sino un deseo casi espasmódico de seguirla sin importar a dónde lo llevara.

Quería tocarla, abrazarla, llorar, confesarle lo mucho que la echaba de menos, que nada había sido igual desde que se había ido. Pero Claire no parecía ansiosa por buscarlo, al contrario, intentaba llevarlo a algún lugar y parecía tener cierta urgencia a pesar de ordenarlo con una sonrisa.

—¡Tenemos que darnos prisa, Jon! —gritó de repente sin darse la vuelta. Ella empezó a correr y él se apresuró a seguirla.

—¿Claire? ¿A dónde me llevas, Claire?

Ella no le contestó. Siguió corriendo, el dobladillo de su vestido arrastrándose por el asfalto, sus pies ni siquiera visibles, como si volara o flotara, como si fuera casi un cuerpo efímero.

—¿Jon? —Lo llamó en un susurro melancólico—. Si no nos damos prisa no llegaremos a tiempo.

A Jon le hubiera gustado preguntar a dónde iban, a tiempo de qué, pero sabía que ella se lo mostraría en breve y, mientras tanto, solo quería disfrutar de la visión de su hermana corriendo, con ese vestido que le había visto llevar tantas veces de niña.

Claire le condujo a una plaza en la penumbra, con antorchas colgadas en las paredes de la nada porque no había edificios. Le pareció que incluso esas antorchas flotaban en el aire.

—¡Ya casi llegamos!

Unos pasos más y Claire se detuvo. Extendió un brazo y señaló con el dedo en la penumbra. Jon siguió su trayectoria y deslizó su mirada hacia abajo. Fue allí donde vio algo que le heló la sangre en las venas: la Claire de diecinueve años, frente a la de diez, estaba tumbada en el asfalto con el mismo vestido lila subido a las caderas. El cuerpo de un hombre estaba encima de ella

mientras intentaba zafarse, sin éxito.

—¿Quieres que te desflore, estúpida? —gruñó el hombre mientras se movía sobre ella con fiereza—. ¡Aquí tienes! Desprecio a las mujeres y te desprecio a ti, pero voy a darte esta lección para que aprendas a no desafiar nunca a un hombre. Porque las mujeres nunca serán tan buenas como los hombres.

Claire lloraba y se retorcía, y cuando él hizo que separara sus muslos, una de sus rodillas se levantó y cayó violentamente entre las piernas del hombre y éste gruñó de dolor. Fue entonces cuando sacó algo de un bolsillo interior del abrigo; era un... era una daga. Se la llevó a la garganta, con los ojos inyectados en sangre.

—Puta sucia —escupió antes de pasar la hoja por su garganta.

Jon observó la escena como si estuviera inmerso en una especie de limbo, sin poder hablar, con los ojos ardiendo por el esfuerzo de contener las lágrimas. Fue en ese momento cuando, detrás del hombre que había intentado ejercer la violencia sobre Claire y que la había matado, llegó otro hombre.

Era más alto, más robusto, con una capa que le cubría la espalda. Pero Jon lo habría reconocido entre otros mil. Robert Ashton. Le vio decir algo en voz baja al asesino y juntos levantaron el cuerpo de su hermana. Jon quería gritar.

Eso fue... eso fue su hermana siendo asesinada. Que casi fue violada... que era...

Jon desplazó su mirada hacia la niña Claire que seguía apuntando con el dedo a la escena de ella como adulta. Parecía impasible, pero entonces una expresión de amargura estropeó su hermoso rostro de porcelana.

—No llegamos a tiempo —murmuró.

Jon sintió que su corazón se apretaba con fuerza, y que las lágrimas de rabia y dolor inundaban su rostro. Deseó poder decirle algo, cualquier cosa que explicara por qué no la había protegido. Pero la verdad es que siempre había pensado que Claire no necesitaba ser protegida. Era una mujer fuerte e independiente que no necesitaba defensas, pero él debería haberse dado cuenta de que incluso la persona más fuerte necesita a veces un hombro sobre el que llorar.

—¡Maldita sea! —gruñó mientras la escena se desmoronaba ante sus ojos y la niña de diez años Claire aún le pedía que le siguiera.

¿A dónde le llevaría esta vez? Jon no estaba seguro de querer sufrir más, de revivir todo el dolor que su muerte había causado. Sin embargo, lo hizo, continuó siguiéndola hasta que Claire le condujo a otro callejón débilmente iluminado por las antorchas que parecían flotar en el aire.

—Debes darte prisa —murmuró la chica, volviéndose a mirar a su hermano con preocupación—. O no podrás salvarla. Y sé lo mucho que quieres salvar a esa mujer.

Fue entonces cuando Jon reconoció el vestido de muselina verde salvia que le había regalado a Sarah solo unos días antes. Estaba roto, abandonado en el asfalto, y justo delante estaba... estaba ella. De pie, con los brazos levantados por encima de la cabeza, las muñecas atadas, completamente desnuda. No estaba llorando, no estaba desesperada, era como si hubiera aceptado la situación. Robert Ashton se acercó a ella por detrás y con dos dedos cogió un mechón de su pelo y se lo llevó a la nariz, inhalando su aroma como si fuera un néctar delicioso.

Jon sintió una arcada mientras la furia aumentaba en su interior con la potencia y la devastación de un huracán. No podía dejarla en sus manos, tenía que correr, salvarla, llevársela, tenerla en sus brazos... ¡Dios, como quería abrazarla en ese momento!

—¡Maldito bastardo! ¡Suéltala! ¿Sarah? ¡Sarah, mírame, mira en mi dirección!

Fue Claire, entonces, quien se acercó a él y tomó su mano entre las suyas. Pero Jon no pudo sentir el contacto. Asustado, desvió la mirada hacia su hermana, que le sonrió, animada, aunque

triste.

—Estoy muerta, Jon —le dijo en un susurro—. Pero ella aún no lo está. Puedes salvarla. Solo tienes que despertar. Despierta, Jon, abre los ojos. Abre los ojos, Jon, hermano mío. ¿Jon? ¡Abre tus malditos ojos!

Y en ese momento, de repente, Jon salió del olvido de las tinieblas en el que había estado esclavizado hasta entonces. Se despertó con un grito animal, con los ojos muy abiertos. Sintió el sabor agrio de algo en su boca, y lo primero que vio fue un par de ojos color avellana que lo miraban fijamente, asombrados pero esperanzados. Los ojos de una mujer. Pero no era Sarah, y tampoco era Claire: la desolación amenazaba con invadirlo.

—Oh, Dios mío. ¡Dawson! —gritó la mujer, llevándose las manos a la boca—. ¡Dios mío! ¡Dawson, ven aquí! ¡Se ha despertado!

24. Choque con la realidad

El hombre le miró con sorpresa y alivio, lo que le hizo creer que aquel no era el mundo real.

Lo vio a él, de unos cuarenta años, con el pelo grueso y rubio oscuro, la nariz aguileña y un físico no demasiado robusto; y la vio a ella, una mujer unos años más joven, con esos ojos color avellana que no se apartaban de su lado ni un instante. Llevaba una cofia blanca que le cubría la parte superior de la cabeza, pero algunos tirabuzones de color óxido se habían deslizado por su frente, acentuando el contraste con la tez lechosa de su rostro.

Jon les miró fijamente sin saber qué decir ni cómo actuar. Tenía recuerdos fragmentados de lo sucedido, de Sarah vendiéndose a su tío de forma casi teatral, de lo mucho que había creído odiarla en ese momento, de Robert Ashton al que le hubiera gustado enviar al otro mundo incluso allí, tumbado en una cama en una casa que no era la suya, con dos desconocidos a su lado que al menos parecían contentos de que hubiera recuperado la conciencia.

Y de repente, mientras hablaban, pero sin que él pudiera concentrarse en lo que decían, recordó lo que Claire le había dicho, que estaba perdiendo el tiempo, que si quería recuperar a Sarah tenía que darse prisa. Estaba a punto de levantarse de su extraña cama cuando algo le hizo incorporarse; un dolor agudo le atravesó el costado, haciéndole rechinar los dientes.

—Lo que intentaba decir... —balbuceaba el hombre, cruzando los brazos sobre el pecho con un suspiro—, es que, por mucho que a mi mujer le conmovieran tus palabras durante su delirio, no estás en condiciones de ir a buscar a esa mujer.

Jon lo miró confundido, torciendo su boca seca. ¿De qué estaba hablando? ¿Cómo podía saber cuál era su intención?

—¿No tendrías algo con lo que mojar mis labios? Por favor.

La mujer se puso en pie de un salto y le dedicó una sonrisa sincera.

—¡Naturalmente, debería haber pensado en eso en el momento en que abrió los ojos! Vuelvo enseguida.

Jon ni siquiera tuvo tiempo de darle las gracias cuando el otro hombre cogió el taburete en el que debía estar sentada antes su mujer y se sentó frente a él.

—Anne dice que estabas susurrando algo mientras estabas inconsciente. Estuviste inconsciente durante casi una semana —explicó con voz tranquila—. Entiendo lo que sientes, alguien te ha quitado a la mujer que amas y quieres recuperarla.

Jon casi se ahoga con su propia saliva. Una semana. Llevaba una semana inconsciente, podría ser ya demasiado tarde. Y entonces se centró en el terreno elevado que el hombre había dicho. «¿La quieres?»

No, maldita sea, no la enésima persona que le hablaba de amor. No pudo soportarlo. Nadie podía enamorarse de alguien que siempre había detestado, especialmente él, que siempre había visto a las mujeres como objetos y no como alguien con quien compartir el resto de su vida. Y Sarah... Era cierto, se habían conocido cuando eran niños, pero llevaban tanto tiempo separados y solo se habían reunido unos días, que no podía estar enamorado de ella. Pero él la deseaba, por supuesto. Como había deseado a otras mujeres, por puro placer físico.

Y sin embargo... Estaba esa parte de él, del Jon que ya no era un niño, del Jon que ya no la odiaba, que ardía con el deseo y la necesidad de volver a verla, de abrazarla, de tocarla, de acariciar su mano para prometerle que todo estaría bien, que estaría a salvo a partir de entonces. Con él. Ya había hecho esa promesa, pero no había podido cumplirla. Ahora tenía que

compensarlo, tenía que ir con ella dondequiera que estuviera.

Y eso era lo que Jon no entendía; el anhelo de tenerla de vuelta a pesar de que habían compartido tan poco y a la vez tanto en esos pocos días juntos.

Pero él no la amaba. No sabía lo que significaba amar a alguien. De eso estaba seguro.

—No —respondió él, pasándose una mano por la frente con un largo suspiro—. No se trata de eso. No amo a esa mujer, pero tengo que salvarla. Le hice una promesa.

«Y se lo hice a mi hermana», añadió para sí mismo. Ni siquiera sabía quién era ella.

Sin embargo, este era el hombre que probablemente le había salvado la vida, porque de repente recordó el disparo que había recibido, el disparo de la pistola de Robert Ashton. Recordar aquel nombre, aquel episodio, le provocó una oleada de náuseas que le hizo girar la cabeza.

Lo habría matado él mismo, pero antes lo habría obligado a revelar la verdad sobre la muerte de su hermana. Como confesó el posadero, Ashton había participado en su asesinato. Y ese sueño, tan real, tan tangible, en el que Claire le había mostrado la escena...

Apretó la mandíbula. Iba a vengar a su hermana. Iba a salvar a Sarah. Sea cual sea el coste.

—Entiendo —dijo el hombre sin dar la impresión de que realmente creía en sus palabras. En ese momento la mujer, que debía llamarse Anne, regresó con un vaso lleno de agua. Lo sintió fresco mientras fluía por su garganta, y tenía el efecto de regenerarlo.

—Gracias, señora.

—Soy Anne —le sonrió la mujer—. Y este es mi marido Dawson.

—Dawson Taylor —se presentó el hombre. Sus ojos eran amables, aunque profundamente triste—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que decidas hacer. Lo vi todo, vi cómo ese hombre te disparó por detrás y eso va en contra de todo lo que defiendo.

Jon sintió un torrente de energía que le inundaba y que temía que nunca llegaría. Su corazón se llenó de una emoción que nunca pensó que sentiría: la gratitud.

El hombre le había salvado la vida. La sinceridad que leía en aquella mirada de ojos oscuros no la había encontrado nunca en otro ser vivo.

—Me llamo Jon Charters —dijo—, y te debo la vida. Pero no puedo involucrarte en algo tan arriesgado. El hombre es una bestia, como no se puede imaginar.

Entonces la boca de Dawson se curvó en una amarga mueca.

—Créeme, Jon Charters, he visto pocos hombres así. Pero he tenido la desgracia de conocerlos.

La mano de su mujer se posó en su hombro, con una mirada llena de tristeza.

Por un momento Jon no supo qué decir, así que se limitó a apretarle la mano.

—Es un buen hombre, señor Taylor. Te lo agradezco.

—Vamos a salvar a esa mujer. Juntos. —Dawson intentó una sonrisa alentadora—. Y muy pronto te darás cuenta, incluso a tu corta edad, de que tienes un sentimiento sincero por ella que aún no eres capaz de nombrar.

****

El sonido de los pasos que ahora conocía perfectamente resonó en el sótano. Seis días. Llevaba casi una semana allí abajo, y lo único que podía pensar era que Jon estaba muerto, que había muerto en sus brazos. Sarah se sintió vacía. Como si ya no pudiera recordar quién era, cuál era su nombre y cuál era su papel en esa vida. Lo cual era absurdo, tan irreal, porque lo había conocido durante tan poco tiempo, y sin embargo lo echaba tanto de menos, porque había muerto por su culpa y ella no había podido hacer nada para salvarlo.

Y ya no estaba segura de sí valía la pena seguir viviendo. Ya no tenía nada que perder.

Había pensado durante mucho tiempo, segregada en la semioscuridad, con las linternas que le había proporcionado su tío, con el olor a tierra mojada como única compañía, había pensado en que era posible que Jon se hubiera colado en algún lugar dentro de ella y no estaba dispuesta a dejarlo ir.

Cómo recordaba sus ojos, cada centímetro de su rostro, cómo su mente recordaba sin descanso las sensaciones que había sentido en su compañía y se preguntaba por qué se sentía tan sola, tan vacía sin él. Y por qué, cada vez que cerraba los ojos, veía la imagen de Jon desplomándose sobre ella, arrastrándola al suelo, y lo que le había susurrado antes de fallecer. Algo relacionado con la muerte de su hermana, en la que Robert Ashton, el hermano de su padre, estuvo involucrado.

Pero no había tenido ocasión de reflexionar para saber a qué se había referido Jon.

Aquella cortina de niebla que envolvía su mente y su cuerpo aún no se había ido. Sarah temía perder pronto la cabeza.

El oxígeno era escaso, pero ahora no le importaba mucho.

Cuanto antes llegara el final, antes se libraría de esa carga en su corazón que pesaba en cada parte de ella.

Cuando su tío llegó a la entrada del calabozo y la reja de hierro se abrió lentamente, Sarah no tuvo ni siquiera fuerzas para hablar.

¿Quién sabe cuánto tiempo le llevó construir cada detalle de ese túnel? Un lugar que nadie podría descubrir. Tragó su amarga saliva.

—Te he traído la comida —dijo Robert, entregándole una bandeja cubierta con un paño de cocina. Se negaba a comer la comida, por enésima vez.

El hombre esperó a que su sobrina dijera algo, pero Sarah permaneció en silencio, con la mirada perdida contra la tenue luz del farol a su derecha. Se negó a mirarle a la cara.

En seis días había aprendido a odiarlo. Lo haría hasta que la última gota de sangre se hubiera drenado de su cuerpo.

—Tienes que comer, Sarah, o morirás de hambre. Tienes que comer.

En ese momento, ella dirigió su mirada hacia él.

—Así que me moriré de hambre.

Robert hizo una mueca cínica.

—Estás en ayunas por culpa de ese rastrero barato. Esto es realmente surrealista. En verdad te enamoraste de un bastardo que tiene fama de utilizar a las mujeres y luego tirarlas después de disfrutar de sus favores. Deberías darme las gracias, ingrata. Me gustaría saber qué es lo que todavía te une a esa escoria.

Los labios de Sarah se apretaron, pero incluso ese pobre movimiento le causó dolor. No lo sabía, quería responder, pero su tío no merecía respuestas. Tampoco merecía insultar la memoria de Jon, pero eso era todo lo que Sarah podía decir.

Así que cerró los ojos y esperó a que Robert se fuera, y cuando lo hizo, no lloró como lo había hecho los dos primeros días. Se hundió en la penumbra y apartó de una patada la bandeja de comida que nunca tragaría.

25. Manos sucias

El patio detrás de Downie Hall estaba desierto cuando llegó Robert Ashton, arrastrando tras de sí a un agotado Will con las muñecas atadas.

—Intenta seguir el ritmo, maldito idiota.

Downie Hall era la casa del señor Thomson y ambos habían quedado en encontrarse a medianoche en punto porque, como Ashton había mencionado en la carta que le había enviado, tenía importantes noticias que contarle.

Thomson, según la misiva, se había interesado inmediatamente por lo que tenía que decir que era tan urgente. Ahora estaba subordinado a su autoridad. Ashton lo tenía agarrado. Y esta vez iba a hacer por él algo que Robert, a pesar de todo, era incapaz de hacer por sí mismo; silenciar al mozo de cuadra que había presenciado el asesinato de Jon Charters. Podría haberle traicionado en cualquier momento, a pesar de haber sido su amo durante años, porque su afecto por su sobrina estaba por encima de todo. Ashton no podía permitirse ningún paso en falso. En particular, no podía tolerar un vínculo entre un aristócrata y una simple sirvienta. Totalmente inconcebible.

El desprevenido Will mantenía la espalda encorvada, la cabeza echada hacia delante mientras la respiración salía lentamente de su garganta. Lo había mantenido solo con agua durante seis días para que la muerte llegara sin que se diera cuenta.

Todo lo que Ashton quería en ese momento era deshacerse del único testigo que podía llevarlo a la cárcel.

Thomson llegó en la penumbra creada por la noche y la luz procedente de una habitación del segundo piso de la residencia. Desde la altura de su prominente complexión miró a Robert y le dirigió una mirada interrogativa. Finalmente, sus ojos, que brillaban en las sombras, cruzaron los hombros del conde para posarse en el chico que parecía que iba a desmayarse en cualquier momento.

—¿Qué significa esto?

Ashton dio un tirón a la cuerda que atrapaba al mozo y le obligó a acercarse.

—Tienes que hacer algo por mí, Mark Thomson.

El otro hombre frunció el ceño. Había llegado a conocerlo, pero parecía algo reacio a procesar la escena a la que se enfrentaba en ese momento.

—¿Qué tipo de cosa, Ashton?

En ese momento Will intentó hablar, saliendo de su estado de quietud e inmovilidad.

—Quiere matarme... —jadeó, inhalando el aire entre los dientes como si sintiera un inmenso dolor al abrir la boca—. ¡Porque vi lo que hizo! Lo vi disparar...

—Mi sobrina se ha escapado —le interrumpió Ashton en un tono demasiado tranquilo—. Supongo que no acepta su matrimonio y ha pensado en refugiarse en los brazos de un soltero aristócrata al que desgraciadamente he tenido que eliminar. —Miró a Will, sacudiendo la cabeza como si la idea de que un humilde sirviente tuviera el poder de meterlo directamente en la cárcel fuera sencillamente intolerable, y luego se volvió hacia Thomson—. El mozo de cuadra me vio y puedo suponer que entiende el riesgo que conlleva.

Thomson no parecía impresionado en lo más mínimo por la noticia de la huida de Sarah, sino por el joven que Ashton tenía en su trampa, un muchacho que, aunque parecía no tener vida en sí mismo, seguía impulsado por la voluntad de rebelarse.

—No voy a quitarle la vida a este joven, Ashton —decretó en un tono plano. Se encontró con la mirada del mozo de cuadra solo un instante, y luego la cabeza del otro volvió a caer hacia delante—. Es solo un niño.

—Me veo obligado a recordar que Claire Charters también era solo una niña.

Thomson endureció su mandíbula.

—Sabes muy bien que este era un asunto muy diferente.

—¿De verdad? —Ashton sopesó la mirada del otro durante unos interminables segundos, como si esa afirmación le hiciera sonreír. Finalmente agarró el largo pelo de Will con la mano libre, tirando de él y obligándole a levantar la cabeza. Los ojos del chico se abrieron de par en par con dolor.

—¡Míralo, Thomson! —Siseó—. El cansancio que ves en los ojos de este chico es exactamente el mismo que viste en los de Claire Charters en el momento en que le quitaste la oportunidad de vivir. La luz que deja una mirada es la misma en una mujer que en un hombre, y no puedes permitirte tener ningún escrúpulo ahora.

La respuesta de Thomson fue instantánea.

—Podrías matarlo tú mismo, pero me pides que lo haga simplemente porque crees que tengo una deuda contigo.

—Eso es exactamente así —le recordó como si fuera lo más natural del mundo—. Estás en deuda conmigo.

—Si voy a la cárcel, Ashton, entrarás allí conmigo —replicó Thomson, cruzando los brazos sobre el pecho. Una de las comisuras de su boca se curvó hacia arriba—. A menos que quieras deshacerte de mí también, como acabas de admitir que hiciste con el hombre que intentó defender a tu sobrina.

Los ojos de Ashton parecieron clavarse mientras procesaba sus palabras y, finalmente, empujó a Will a un lado y se colocó contra Thomson en toda su altura.

—No tengo intención de deshacerme de ti. Te necesito. Pero si no te deshaces de ese mozo de cuadra, serás el único que acabe en la cárcel y pagarás por tus pecados como ni te imaginas.

Mark Thomson no pareció impresionarse lo más mínimo por esa amenaza velada. Sabía que el hombre le delataría a la policía en cuanto diera un paso en falso, pero parecía haber olvidado un detalle concreto que podía marcar la diferencia.

—Me acabas de revelar que has matado a un aristócrata —le recordó en tono imperturbable, levantando la barbilla—. Cometes algunos errores muy tontos. Me decepcionas, Ashton. ¿Puedo sugerirte que te lo piense dos veces antes de revelar detalles tan desagradables a la persona a la que ha estado chantajeando durante más de ocho meses?

Algo pareció implosionar en la mirada del conde. Sus manos bajaron al cuello de Thomson, con los ojos inyectados en sangre. Will tuvo fuerzas para jadear, pero permaneció en silencio, aferrado a la pared de su derecha. Claramente desconcertado, no sabía qué hacer hasta que Thomson hizo su movimiento y con un gesto repentino aterrizó sobre su oponente que cayó hacia atrás con un gruñido siniestro.

Fue en ese momento cuando Will se dio cuenta de que tenía que hacer algo. Levantando la cabeza, se mordió el labio inferior y apretó los dientes para no gemir, y luego se deslizó lentamente hacia la oscuridad.

Thomson soltó una carcajada socarrona en dirección al conde.

—Inténtalo de nuevo y te romperé el cuello.

—¿Estás loco? Ashton —siseó sorprendido mientras intentaba ponerse en pie. El pie de Thomson, envuelto en una larga bota de cuero, le presionaba el pecho, obligándole a permanecer

agachado. Ahora eran sus ojos los que estaban casi fuera de sus órbitas. Por la fracción de un momento, Ashton temió que lo matara.

—Cumpliré mi promesa y me casaré con tu sobrina como acordamos, Ashton. Pero no me obligues a hundirte con tus amenazas porque en ese caso no responderé de mis actos y lo sabes.

—Lo único que te he pedido es que te deshagas de un chico que podría costarnos la cárcel. —Robert no podía dejar de mirar el pie que le presionaba la caja torácica.

—¿Por qué? —gritó Thomson, apretando aún más su pecho—. ¿Por qué no quieres ensuciarte las manos? Quiero recordarte que tus manos ya están sucias. ¡Que ya has matado y que no necesito más muertes en mi conciencia!

Parecía haber perdido la cabeza. Por primera vez, al oír esa voz, con la respiración agitada y el corazón latiendo rápidamente contra su esternón, Robert se dio cuenta de que se había visto envuelto en algo más grande que él mismo. Que por mucho que intentara convencerse de que nada podía tocarle, había conocido a Mark Thomson un día y ese hombre había sido la primera persona que le inspiró algún tipo de miedo.

Como en ese momento, con Thomson apuntándole con una pistola y no permitiéndole levantarse para que no se sintiera como un gusano en el suelo. Esa fue la primera ocasión en la que Robert Ashton pensó que el hombre se había vuelto realmente loco.

No conocía su pasado, pero el afán que impulsaba sus acciones era un claro indicio de que había algo malo en el hombre.

—No quiero volver a matar —admitió finalmente.

Y tal vez sea cierto. Tal vez una pequeña parte de él había empezado a comprender que matar a Jon Charters no era una medida justa, que por mucho que quisiera poseer a Sarah su sobrina nunca sería realmente suya.

Que por mucho que le impulsara la lujuria, por esa necesidad espasmódica de poseer cada centímetro de ese cuerpo, de hundirse en la carne fresca, probablemente se había pasado de la raya.

Y sin embargo... Era demasiado tarde. Había asesinado a ese hombre, secuestrado a su sobrina, estaba a punto de acabar con la vida del mozo de cuadra. Y fue entonces cuando se acordó de él.

Entrecerró los ojos, mirando a su derecha. Donde había dejado a Will, ahora solo había oscuridad. No hay movimiento, no hay respiración, solo oscuridad. Thomson siguió la trayectoria de su mirada y se quedó petrificado.

La presión del pie se alivió un poco.

—¿Dónde diablos está?

Ashton apretó la mandíbula. ¡Maldita sea! Había desaparecido. ¿Cómo pudo ser tan tonto?

Había dado un paso en falso, pero esta vez era un paso en falso que podía costarle caro.

—Oyó mi nombre —continuó Thomson, tomándose la cabeza entre las manos—. Maldita sea, Ashton, ¡ha oído mi nombre! ¡Eres un idiota!

26. Para volver a respirar

Sarah se movió sobre la piedra astillada que tenía debajo. Un dolor sordo en la parte baja de la espalda la despertó de su estado de inmovilidad.

Si se negaba a comer, moriría, era consciente de ello. Estaba perdiendo sus fuerzas, y eso la aterrorizaba, pero no encontraba una razón para no entregarse al olvido. Casi había conseguido dormirse esa noche, con la imagen de Jon pereciendo bajo el golpe de su tío, sus ojos perdiendo rápidamente la luz que los había animado desde que lo conoció. Había apretado los ojos con fuerza, esperando que así aquella escena desapareciera de su mente, pero todo había sido en vano. Jon seguía allí, frente a ella, derribado en sus brazos mientras intentaba decirle algo. Lo que más lamenta es no haber entendido bien sus últimas palabras. Sarah quería gritar hasta desgarrar su garganta.

Acurrucada en un rincón del calabozo, pensó que, después de todo, si no podía salvarle, no merecía ser salvada.

Pero entonces... Con una lentitud casi agotadora, como en un eco lejano, llegó una voz que la hizo abrir de nuevo los ojos.

—No te he enseñado a rendirte.

No pudo haber sido él. Era... era la voz de su padre. ¿Estaba su padre allí? No podía estar realmente a su lado, había muerto hace mucho tiempo. Pero parecía estar tan cerca y a la vez tan lejos, que parecía estar hablándole a un metro de distancia.

Sarah se arrodilló, desplazando su peso hacia adelante como para captar esas palabras.

—¿Padre? —Fue un susurro que se perdió en el vacío de la mazmorra, haciéndola temblar. Sin embargo, siguió llamándole—. ¿Eres tú realmente? ¿Padre?

Siguió un momento de silencio antes de que la voz volviera a invadir su memoria.

—Eres fuerte, Sarah. Eres mi pequeña. —Sintió el peso de las lágrimas mientras sus labios empezaban a temblar—. Tienes que salir de aquí ahora.

—Padre...

Esa palabra se perdió en un sollozo que Sarah se esforzó por contener, pero el recuerdo de su padre, su voz que parecía envolverla tan cálidamente como siempre había tenido el don de hacerlo, y el hecho de que se sintiera tan exhausta y agotada lo impidieron.

Él ya no estaba allí, pero de alguna manera allí abajo, escondida de todo el mundo y sola, ella podía sentir su presencia. Y decidió que su padre tenía razón. Que tenía que salir de ese lugar, dondequiera que estuviera, y tomar el asunto en sus manos. Aunque Jon se hubiera ido, aunque lo hubieran matado ante sus ojos, aunque ese sufrimiento que sentía lo impregnara todo y todo su ser y Sarah no tuviera ni idea de a dónde ir, no importaba. Ella tenía que alejarse. Antes de que su tío regresara.

No sabía dónde estaba, ni si el poco oxígeno que flotaba allí era suficiente para mantenerla con vida el tiempo suficiente para escapar, pero tenía que intentarlo.

Soltó la voz de su padre y se puso en pie, aferrándose al muro de piedra y conteniendo un gemido. Sentía la piel como si estuviera hecha de papel de lija.

Con los labios secos y el corazón agitado, la muchacha miró a su alrededor en busca de un rayo de luz, cualquier cosa que le permitiera encontrar una salida.

Nada.

En la oscuridad vislumbró la reja de hierro que bloqueaba la entrada. No había nada que la

ayudara a forzar la cerradura. A su alrededor parecía haber un desierto. Bajo sus pies, la superficie de la piedra siseaba contra las suelas de sus zapatos. Sarah permaneció inmóvil, con la respiración agitada, buscando un camino dentro de su cabeza, pero esa misma cabeza giraba en un torbellino de confusión que parecía no tener fin, sus piernas a punto de ceder en cualquier momento.

Sintió cierto temor en la espesa oscuridad, pero fue ese mismo temor el que le dio el valor que necesitaba. Su padre tenía razón, tenía que encontrar la fuerza de voluntad con la que había crecido. Y si Jon la estuviera viendo ahora, desde el más allá o donde quiera que estuviera después de la muerte, ella lo haría sentirse orgulloso. Ella también intentaría que sus padres estuvieran orgullosos.

Sarah apretó los dientes y lanzó todo el peso de su cuerpo contra aquella maldita reja de hierro forjado, pero lo único que consiguió fue el dolor rugiente que le atravesó el hombro y la hizo gritar.

—¡Maldita sea! —gruñó, y su madre la habría tomado por una joven poco agraciada, pero no le importó en ese momento. Lo único que quería era salir de allí y volver a respirar bien.

Y así lo intentó una y otra vez, hasta que el dolor en el hombro y la espalda se hizo demasiado intenso y grandes gotas de lágrimas brotaron en sus cansados ojos.

Sarah se desplomó contra la reja, con los dedos agarrando uno de los barrotes mientras sentía el amargo sabor de la derrota.

Pensó que debía compadecerse de sí misma por creer que podía derribar aquella prisión con la sola ayuda de su cuerpo agotado. Una risa histérica escapó de sus labios, que se detuvo al instante siguiente cuando un movimiento repentino la hizo ponerse en pie de un salto.

Una rata.

Captó el brillo de sus ojos frente a ella y el rápido desplazamiento de su cuerpo contra sus faldas que la hizo salir corriendo para escapar de ese toque traicionero. La rata ya había desaparecido cuando, corriendo, Sarah se encontró tumbada en posición prona y se golpeó la barbilla contra algo duro que la hizo gritar de nuevo. Sintió un dolor agudo mientras un hilillo de sangre bajaba por su barbilla hasta empapar la piedra que tenía debajo. Y entonces...

Una vez superados los primeros momentos de dolor, Sarah se obligó a abrir los ojos y descubrió que lo que había chocado no era más que una roca. Una enorme y sucia roca.

Entonces se le ocurrió una idea, por absurda que fuera, pero aun así tendría que intentarlo. Con un esfuerzo se puso en pie, luego se inclinó hacia delante y agarró los extremos del peñasco, arrastrándolo más cerca de la reja. El sudor se acumulaba en su frente, la sangre seguía bajando por su barbilla, pero no podía sentir su consistencia ni su olor. Todo lo que sabía era que tenía que hacer uso de esa piedra, pasara lo que pasara, que si alguien le había hecho encontrarla entonces debía significar algo.

Calculó lo lejos que estaba de la red y decidió que, aunque levantar la roca la destruiría, valía la pena intentarlo. Así que se agachó y agarró los extremos y luego, con un último y doloroso esfuerzo, lo levantó.

Antes de que tuviera la oportunidad de apretar los dientes ya lo había lanzado contra la rejilla. El impacto provocó un desagradable chirrido en sus oídos.

Sarah no estaba segura de sí había funcionado de alguna manera, pero esperaba que así fuera. Ni siquiera se preguntó por qué su tío había considerado que la piedra no debía ser retirada de allí, tal vez solo había considerado innecesaria su presencia porque había visto a su sobrina demasiado indefensa para usarla.

Y hasta hace unos momentos, ella habría estado de acuerdo con él. Pero ahora Sarah

esperaba con el corazón en la garganta que la rejilla se derrumbara al suelo, mientras la realidad era que había abollado los barrotes solo un poco. Entonces, con lentitud, como si solo lo estuviera soñando, como había empezado a imaginar otras cosas desde que la habían encerrado, una sombra se alzó en lo alto del otro lado de la puerta, haciéndole preguntarse si era solo un producto de su imaginación.

Era la silueta de un hombre.

—¿Señorita Sarah?

De entre las sombras surgió otra voz que no se parecía a la de su padre, pero que igualmente le resultaba familiar.

Confundida y aturdida, Sarah se acercó para intentar discernir el origen de aquella voz, tratando de reconocer los rasgos de la figura más allá de los barrotes.

—¿Quién eres? —Tuvo fuerzas para preguntar y su propia voz parecía irreal, como si hubiera pertenecido a un extraño.

—¡Soy yo, señorita! —La otra voz sonaba frenética, urgente, al captar un movimiento contra la reja. Las manos de la figura intentaban aflojar los barrotes sin conseguirlo—. ¡Soy Will!

Sus sentidos volvieron a estar alerta y Sarah recuperó por fin la conciencia de la realidad.

—Will... —¿Era una alucinación o era realmente él, en carne y hueso?—. ¿Eres tú, Will?

—Soy yo, señorita Sarah —confirmó el otro mientras seguía forzando los barrotes—. Tiene que ayudarme si quiere salir de aquí.

No sabía cómo. La piedra que había utilizado solo había separado los barrotes unos milímetros.

No había nada más que pudiera hacer para ayudar a Will a sacarla.

—Yo no... No sé cómo ayudarte, Will —le contestó ella en un jadeo que le arañó la garganta.

—¡Sus pendientes! —Se acercó como si acabara de tener una alucinación—. Quítese un pendiente y pásemelo, ¡dese prisa!

Frunciendo el ceño, Sarah llegó a la solución, llamándose a sí misma tonta. Por supuesto. Podría utilizar uno de sus pendientes para abrir la cerradura, ¡cómo no se le había ocurrido antes!

—¡Sarah, deme uno de sus pendientes! —El tono de Will se volvió casi agresivo y un instinto de supervivencia se despertó instantáneamente en ella al darse cuenta de que había estado inmóvil, mirando al espacio.

—Sí —murmuró, quitándose el adorno de una oreja. Se acercó a la rejilla y sus dedos rozaron los de Will mientras le entregaba el pendiente.

Will estiró el brazo a través del espacio ligeramente espaciado entre los barrotes y deslizó el pasador en la cerradura. Durante unos instantes que parecieron interminables, mientras la sangre palpitaba casi dolorosamente en los oídos de Sarah, Will movió el artilugio dentro de la cerradura hasta que se oyó un débil ruido de desbloqueo en la oscuridad.

Con el corazón en la garganta, la chica se quedó mirando la reja como si la viera por primera vez.

—Lo hizo... ¿Funcionó?

Captó un destello en la oscuridad. Deben haber sido los dientes de Will descubiertos en una sonrisa.

—Funcionó —respondió con un tono de voz más débil—. Dese prisa y salga, su tío ya estará de vuelta.

Impulsada repentinamente por un terror ciego, Sarah se agarró a la reja y la movió lo

suficiente como para permitirle salir. Una vez en el otro lado, se lanzó a los brazos de Will, que la abrazó con fuerza mientras las lágrimas empapaban sus mejillas. La mano del chico le acarició suavemente el pelo, su pecho amortiguó sus sollozos.

—Tenemos que irnos —murmuró Will—. Ahora, señorita.

Sarah asintió contra su pecho.

—No sé qué habría hecho sin ti, Will.

Luego, dándose la vuelta y tratando de recuperar la compostura, le siguió hacia la salida mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—Pero cómo... Vi a mi tío arrastrarte esta noche. Pensé que estarías...

—¿Muerto? —sugirió el otro, guiándola hacia las profundidades de la mazmorra—. Lo intentó, pero no le fue bien. Al menos, no para él. Pero lo explicaré todo cuando salgamos de aquí. Confíe en mí.

Una vez más, Sarah se encontró asintiendo.

En esos momentos volvió el dolor en su cuerpo y en su mente, junto con los recuerdos que la herían terriblemente. Y deseó a regañadientes que Jon estuviera allí en lugar de Will.

Jon ayudándola a recuperar su libertad, Jon guiándola hacia la salida, abrazándola y pidiéndole que confíe en él. Pero Jon se había ido. Sarah tendría que canalizar el dolor y aceptar la situación. Cueste lo que cueste, tendrá que olvidarlo.

Así que, ahuyentando las lágrimas, se apresuró a seguir a Will, disculpándose cuando tropezó con otra piedra y cayó de espaldas.

27. Como un rayo de sol

A lo largo del día siguiente Jon se preparó para enfrentarse a Robert Ashton. El dolor de la herida que el hombre le había infligido se había desvanecido, pero no estaba seguro de que no le quedara una cicatriz. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de pensar en ello. Si no se daba prisa, Ashton podría hacer algo arriesgado y nunca se lo perdonaría. Especialmente, si no tuvo la oportunidad de decirle a Sarah que al menos la amaba.

No se permitió la libertad de creer que lo que le unía a esa chica era algo más que un simple y benévolo afecto, porque si lo hacía significaría que estaba destinado a sufrir.

Como ya estaba acostumbrado a pensar, ninguna mujer con algo de sal en su cerebro debería haberse enamorado de él. Y Sarah no era una de esas mujeres frívolas y tontas que podían caer en esa espiral de la que no había vuelta atrás. Sin embargo, tenía que saber que al menos él la quería. Todo lo que Jon quería era volver a verla, asegurarse de que estaba bien, y convertirse en su marido para poder estar por fin a salvo de cualquier daño. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Dawson le apretó el hombro en un gesto de consuelo.

—Sé que estás tenso, Jon, pero me tienes de tu lado.

Jon asintió, intentando sonreír.

—Mi único temor es no llegar a tiempo. Ashton es un hombre malo, a estas alturas podría ser...

—No debes pensar lo peor —intervino Anne en tono excitado—. Estoy segura de que el afecto que la une a ti la ha mantenido viva.

—No se trata de eso. —Jon negó con la cabeza, pasándose una mano por la frente—. Puede que ya se haya aprovechado de ella.

Ese pensamiento le hizo un nudo en el estómago. De repente, la imagen de Sarah en peligro pasó por su mente y fue tan vívida y tangible que se quedó sin aliento; le pareció ver a Ashton encima de ella intentando arrancarle la ropa, cerrándole la boca mientras Sarah intentaba gritar, y luego lo inimaginable sucediendo. Abrió mucho los ojos.

—Tenemos que irnos.

Dawson asintió. Se acercó a su mujer, que mientras tanto se había llevado una mano a la boca, y le tocó la frente con un ligero beso, prometiéndole que volvería pronto y que no se preocupara.

Se echó al hombro el rifle de su difunto padre y luego asintió a Jon.

—Vamos.

-—¿Dawson? —La voz de Anne era débil, casi como el gorjeo de un pájaro. Dawson se volvió hacia ella antes de cruzar el umbral de la casa—. ¿Sí?

—Ten cuidado, ¿vale? Te espero aquí.

Los labios de su marido se curvaron en una sonrisa de tranquilidad.

—Lo sé. Te veré pronto, Anne, lo prometo.

Jon observó cómo los dos intercambiaban miradas y algo se estremeció en su interior. Sarah. Quería volver a ver los ojos de Sarah. La luz. La terquedad. Para saborear sus labios de nuevo. Para tenerla en sus brazos. Y lo quería ahora. Se habría enfrentado a Ashton con sus propias manos si hubiera descubierto que le había hecho algo.

Tengo que encontrarla fue el único pensamiento que le acompañó desde el momento en que

se despidió y dio las gracias a Anne y salió de la casa del médico hasta el momento en que se sumergió en la vegetación que bordeaba el patio. E incluso después. Ese pensamiento lo guiaría hasta que viera el cuerpo de Sarah con sus propios ojos.

****

Will parecía agotado, y Sarah también. A estas alturas no sabía cuánto tiempo llevaban caminando, quizás toda la noche o toda la vida. Debe haber sido justo después del amanecer.

Le dolía la espalda como un loco, todos sus huesos parecían tensarse casi hasta el punto de arrancarse la piel, su cabeza giraba en un torbellino de sensaciones confusas. Sabía que necesitaba comer para recuperar fuerzas, pero ahora no tenía esa oportunidad. Y ahí estaba Will, que parecía a punto de desmayarse si cerraba los ojos, y ella no tenía ni idea de cómo ayudarle, ni siquiera de cómo ayudarse a sí misma.

Vagaban sin rumbo porque no podían volver a la casa Ashton ni a la casa Charters, la residencia de Jon.

Jon.

Si hubiera tenido fuerzas para arrancarle el corazón lo habría hecho.

¿Qué era lo que la unía a ese hombre? Su tío le había hecho esa pregunta un día que parecía muy lejano, y ella había sido incapaz de responder. Tal vez no quería responder porque no estaba segura, y sin embargo había algo, en algún lugar de su pecho o de su mente, en algún lugar alejado de su cerebro, que parecía saberlo perfectamente. Una voz que ya no podía escuchar. Porque Jon se había ido y nunca volvería. Porque ella se había entrometido en su vida y había sido la razón por la que lo habían matado, porque si hubiera aceptado su futuro y la vida que su tío quería que tuviera, no habría pasado nada. Y Jon seguiría vivo.

Apretó los dientes y se arrodilló de repente, cayendo sobre el suelo húmedo. Al oírla, Will se volvió inmediatamente hacia ella.

—¡Señorita Sarah!

Se precipitó junto a su cuerpo acobardado e intentó cogerle la mano, pero ella se estremeció.

—No tiene sentido, Will... Nada de esto tiene sentido. He causado la muerte de un buen hombre, ¿te das cuenta? Fui yo.

—No es eso en absoluto —replicó Will con obstinación—. Lord Ashton es un hombre vil, y la culpa de eso no es suya sino de él. Y Lord Charters... Le amaba, por eso quería protegerle. Murió con honor.

Esas últimas palabras parecieron hacer que el suelo se desmoronara bajo sus pies. Sarah rompió a llorar de nuevo y se lanzó a los brazos de Will, que la acogió con suavidad, abrazándola como a una hija.

—Escúcheme, señorita. Sé que siente algo muy fuerte por Lord Charters, incluso un ciego podría verlo, pero ahora se ha ido y debe encontrar la fuerza para levantarse y seguir adelante. Sé que es valiente. Ha sido valiente desde que le conozco. Así que ahora vamos a levantarnos y continuar.

—¿Adónde? ¿A dónde vamos, Will? No hay ningún sitio al que ir, ¡y Dios sabe lo que haría mi tío si nos encontrara! Estamos sin caballo, muertos de cansancio, sin comida ni agua, ¡y Jon está muerto! Jon está muerto y realmente no sé cómo puedo seguir y fingir que no sucedió.

Las manos de Will agarraron las suyas con fuerza mientras buscaba su mirada detrás del pelo que se había deslizado delante de sus ojos.

—Haremos esto juntos. Avanzaremos juntos, donde sea. Debemos intentar llegar a las

afueras de la ciudad, buscar ayuda, habrá algún alma piadosa dispuesta a ayudar a dos fugitivos.

—El mundo no está hecho de gente buena, Will —interrumpió Sarah, secándose las lágrimas—. Y si encuentras gente buena, siempre habrá gente mala dispuesta a quitártela. Este mundo no está hecho para gente como nosotros. Porque esto es lo que le pasó a Jon, lo que yo permití que pasara.

—¿Estás realmente segura?

Los ojos de Sarah se dirigieron a los labios de Will, que se habían pegado. No había sido él quien había hecho esa pregunta.

Will no había hablado. Pero entonces quién...

Entonces volvió esa voz.

—¿Estás realmente segura, Sarah?

Parecía como si algo fluyera instantáneamente a través de ella, como si un rayo de sol atravesara un cielo cubierto de nubes grises y le calentara el pecho. Un sollozo atravesó sus labios repentinamente sellados.

—Jon.

Ese nombre salió con una naturalidad que la hizo estremecerse. ¿Jon? Era su voz, la habría reconocido entre decenas de otras voces, pero estaba muerto.

Probablemente las alucinaciones volvían, como cuando había escuchado la voz de su padre, tal vez los muertos venían por ella y eso era una consecuencia de sus acciones frustradas. Tal vez ella también se estaba muriendo. En ese momento decidió que acogería esa oportunidad como la mejor si le aliviaba el dolor y los remordimientos. Al menos volvería a ver a sus padres, a Jon, incluso a su hermana, aunque no la conociera. Probablemente fue lo correcto.

Pero entonces vio que los ojos de Will se abrieron de par en par y su boca se abrió como si estuviera viendo un fantasma.

—Señorita Ashton... —murmuró asombrado, mirando un punto por encima de su hombro —. Creo que debería darse la vuelta.

Sarah tardó unos instantes en hacerlo, como si las palabras de Will no pudieran coincidir con la realidad, temiendo que si se daba la vuelta encontraría a su tío y entonces se ahogaría con sus propias manos. Pero cuando se dio cuenta de que el chico miraba atónito algo, o a alguien, detrás de ella, cuando notó que le temblaban los labios, siguió su sugerencia, se levantó con un gemido y se dio la vuelta.

Lentamente, como si de alguna manera sintiera cierto temor a lo que pudiera ver, y esos momentos fueran los más largos que experimentaría en su vida.

Y finalmente se dio la vuelta por completo.

A no más de un par de metros había dos siluetas calentadas por la pálida luz de un sol de principios de julio que creaba un contorno anaranjado en la parte superior de sus cabezas. Sarah sintió que su corazón se aceleraba en el momento exacto en que puso los ojos en la figura que tenía delante. Un rifle sobresalía de su hombro, la parte inferior de su cara estaba cubierta por una ligera barba y ese detalle podría haberla confundido, pero solo tuvo que mirarle a los ojos para estar segura. Siempre había tenido la certeza de que no podría olvidar esos ojos ni siquiera en cien años de vida sin él.

Jon.

—J... ¿Jon? —El sonido salió débilmente de sus labios.

Sus ojos parecieron iluminarse de nuevo con algún sentimiento que ella no pudo identificar, demasiado embelesada, demasiado perdida en mirarlo como si lo viera por primera vez. ¿Era realmente él? ¿Cómo podía ser él si ella había sido testigo de su traicionero asesinato? ¿Cómo

podía creer que era real, que no era su imaginación, una vez más, jugándole una mala pasada?

—¿Jon?

Esta vez pronunció el nombre más alto, como si así pudiera dar más credibilidad a lo que estaba viendo.

Los labios del hombre se curvaron hacia arriba, mostrándole una sonrisa concreta y real, más relajada que las que le había dedicado durante el tiempo que estuvieron juntos.

—Sarah.

Y eso fue todo lo que pudo decir durante los siguientes cinco minutos.

28. Inexplicable y destructivo

Sarah temía haber perdido la capacidad de hablar. El que estaba frente a ella, mirándola casi con adoración, era realmente Jon. No estaba muerto, no estaba muerto en absoluto. Y se sintió tan animada, tan agradecida al cielo por haberlo salvado, que pensó que se desmayaría en cualquier momento.

Ella lo miró atónita, probablemente incluso con la boca entreabierta, pero no le importó su aspecto. ¿Cómo era posible que no estuviera muerto? Él había bajado los párpados, recordó ella con una tímida amargura, todo su cuerpo había sido sacudido por espasmos, había dejado de respirar. Fue un milagro.

—Sarah Ashton, ¿quiere venir a abrazarme o tengo que esperar hasta que me convierta en un viejo tartamudo y decrépito?

No podía cuantificar la felicidad que floreció en su corazón ante esas palabras. Ni siquiera trató de dar un nombre a ese sentimiento de plenitud que se apoderó de cada parte de ella porque no tenía el poder en ese momento.

Sin darle tiempo a terminar su pregunta, Sarah se precipitó hacia él. Indiferente al dolor, indiferente al cansancio, indiferente a todo menos a Jon. El hombre la tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza, como si temiera perderla de nuevo.

—Pero ¿cómo puede seguir vivo? —Sarah estaba a punto de romper a llorar—. Yo no...

—Lo explicaré todo, pero ahora mismo déjeme abrazarle. Le he echado de menos... —le susurró en el pelo mientras sus manos sujetaban su camisa en la espalda. Sarah pensó que ahora que había vuelto a ver a Jon, podría morir tranquilamente. Sentía que le fallaban las fuerzas, pero lo único que le importaba era su presencia, el hecho de que siguiera vivo, aunque un poco deteriorado—. Tanto, Sarah, tan profundamente —continuó Jon, cerrando los ojos.

Quiso repetir las mismas palabras, pero un gran peñasco pareció cerrarle la garganta de repente.

—Temí haberle perdido para siempre.

Y esas palabras se parecían mucho a las que él había pronunciado, pero no tenían la misma intensidad, porque en realidad había creído que se moría en el momento en que se dio cuenta de que una bala había acabado con la vida del hombre al que se sentía tremendamente unida por una razón que desconocía. Entonces se dio cuenta de que realmente no había nada que pudiera hacer para sacudirse el dolor de su pérdida y que su vida, a pesar de todo, nunca podría ser pacífica si Jon estaba muerto.

En cambio, Jon estaba allí, frente a ella, abrazándola con suavidad y a la vez con entusiasmo, acariciando la parte superior de su cabeza como para hacerle sentir que ahora estaba a salvo y que todo estaba bien, susurrando algo para reconfortarla, palabras que no pudo captar.

No parecía haber más maldad en el mundo, ningún ser que llevara el nombre de Robert Ashton, nada en absoluto excepto sus cuerpos envueltos el uno en el otro. Sarah podía sentir el latido de su corazón contra su oído y era el sonido más dulce que jamás había escuchado. Estaba vivo, realmente vivo.

—Espero que algún día pueda perdonarme por haber sido tan tonta como para poner su vida en riesgo.

—No tengo nada que perdonarle —interrumpió Jon, apartándola lentamente de él. Le tomó la cara entre las manos, ignorando el malestar de su costado, y le limpió una lágrima que, sin

saberlo, había corrido por su mejilla—. Llevo tanto tiempo esperando verle de nuevo, Sarah, que todo lo demás se ha desvanecido en el aire. Y ahora le he encontrado. Estoy tan... Soy feliz, verdaderamente feliz. No sabe lo que significa para mí ver que esté bien.

Le hubiera gustado decirle que no estaba bien del todo, que no había estado bien desde que su tío lo había arrancado de sus brazos, que solo ahora que podía verlo con sus propios ojos empezaba por fin a respirar de nuevo, pero guardó silencio. Durante muchos momentos aparentemente interminables, Sarah permaneció inmóvil en silencio, mirándole fijamente a los ojos.

Finalmente hizo un gesto que nadie, ni siquiera Jon, había esperado; le agarró la cara con las manos y lo atrajo hacia ella. Le besó como nunca había podido hacerlo de verdad, como siempre había querido hacerlo, le besó con ternura y durante mucho tiempo, olvidando el tiempo, a otras personas, la violencia y la injusticia a la que habían sido sometidos, y empezó a vivir de verdad otra vez.

Entonces alguien carraspeó detrás de Jon y la magia se rompió. Sarah hizo una mueca de dolor al mirar a Jon y luego cambió su mirada hacia el hombre que estaba detrás de él. Era alto y delgado, y a pesar de una expresión muy turbada no parecía tener malos ojos.

—Este es Daswon Taylor —le presentó Jon, haciéndose a un lado para permitir que Sarah lo observara—. No estaría aquí hoy sin este hombre. Me rescató de la calle cuando me estaba muriendo y me cuidó durante mis días de delirio. Le debo mi vida.

El hombre inclinó la cabeza en un gesto de devoción que hizo que los latidos del corazón de Sarah se aceleraran.

Caminó hacia él lentamente debido al dolor de su espalda, y tomó su mano entre las suyas y llevó el dorso a sus labios.

—No sé cómo agradecerle que le haya salvado la vida.

Dawson esbozó una sonrisa.

—Fue usted quien lo mantuvo vivo, señorita. No podría haber hecho mucho si hubiera perdido la voluntad de luchar para encontrarle.

Sarah, sonrojada, abrió la boca para responder cuando fue Jon, esta vez, quien se aclaró la garganta.

—Tenemos que volver a casa —dijo—. Sarah necesitará comer y recuperar fuerzas. Y también el mozo de cuadra.

Jon se volvió hacia Will, que se había quedado congelado viendo el beso, pero que pareció despertar en ese momento como si le acabaran de tirar un cubo de agua helada.

—Sí. Gracias, señor.

—Debemos apresurarnos —se sumó Dawson.

—Si ese tipo está tras su pista, llegará pronto. Estará a salvo en mi casa.

Jon asintió, luego extendió la mano y tomó la de Sarah.

—Pronto volveremos para arreglar las cosas, pero primero tenemos que asegurarnos de que estemos fuertes. Necesita descansar, tengo que esperar a que mi herida sane mejor, y luego me aseguraré de que su tío pague por todos sus pecados.

Que era más de lo que Sarah imaginaba, pensó Jon mientras caminaban por el sendero hacia la casa de Dawson. Will los siguió a paso rápido, pero estaba claro que el chico también estaba agotado y probablemente no había comido en días. Su rostro, al igual que el de Sarah, parecía desgastado, la piel tan estirada que se veían los huesos de los pómulos y la barbilla. Debajo de los ojos de ambos se veían sombras lívidas y oscuras. Le invadió otra oleada de ira.

Jon era consciente de que vengarse de Robert Ashton no era su principal necesidad, pero la

lujuria que sentía en su interior crecía por momentos. Quería que Ashton pagara, pero no era el momento. No sabría cómo afrontarlo, aún se estaba recuperando. Y estaba el asunto de Claire. Sabía que Ashton tenía algo que ver con su muerte. Le sacaría toda la verdad de la boca, por las buenas o por las malas.

Por ahora podía estar tranquilo.

Había encontrado a Sarah. Estaba sana y salva, y aunque en mal estado, no parecía haber sido herida físicamente por su tío. Lo habría leído en sus ojos.

En ese momento, mientras le agarraba la mano con fuerza, la observaba, esperando que no se diera cuenta de cómo lo hacía. Sintió que crecía en su interior, como una mancha de aceite que se extiende por la tela blanca de una camisa. Era un deseo profundamente destructivo si se dejaba ganar.

Jon no estaba seguro de poder vivir con ello.

No sabía cómo manejarlo. Pero cuando la había tenido en sus brazos después de desear durante tanto tiempo poder tocarla de nuevo, y cuando ella le había besado como si fuera el último día en la tierra, había comprendido. Más tarde podría explicar lo que significaba esa sensación extraña que se estaba acumulando lentamente en su interior, pero no entonces. Más tarde podrá definirlo concretamente, con un nombre preciso, pero podrá atribuirlo inmediatamente a una persona.

Sarah Ashton.

Si alguien le hubiera preguntado cómo era posible enamorarse de ella, Jon habría respondido que simplemente porque existía. Que no tenía nada que ver con su belleza, ni con el hecho de que su sonrisa fuera capaz de romper cualquier barrera que se hubiera levantado, ni con que su cercanía tuviera la capacidad de darle estabilidad y hacerle sentir seguro.

Pero desde que perdió a Claire, Sarah había sido la única persona que le había escuchado de verdad, que había compartido con él un sufrimiento que solo alguien que había perdido a un ser querido podía entender. Durante mucho tiempo había optado por ignorar su existencia, prefiriendo vivir una vida propia, pero con el pensamiento constante, aunque tácito, de que ella vivía a muy poca distancia de él.

Y un día volvió.

Se había colado a la fuerza en su vida, escondida tras aquel seto del jardín, con los pies descalzos, un camisón y mucho miedo acompañándola. Pero en ese miedo, Sarah también había mostrado su fuerza y su temperamento, del tipo que Jon nunca había podido olvidar desde su adolescencia.

Sabía que quería protegerla. Pero, sobre todo, sabía que si la perdía o desaparecía de su vida, muchas cosas serían en vano en el futuro. Que sentir lo que él sentía, conectar con otra persona de esa forma espontánea e inexplicable, sería difícil, si no imposible. Y él tampoco quería eso.

La deseaba, en todo lo que era, cada momento de cada día.

Jon no sabía lo que significaba estar enamorado, pero supuso, con una sonrisa irreprimible en el rostro, que el sentimiento que le unía a Sarah se acercaba mucho a esa definición.

29. Cambiar las cartas sobre la mesa

El caballo llegó con una lentitud que a Jon le pareció latente y agotadora. En ese momento el hombre supo que alguna buena estrella estaba de su lado; no pudo evitar creer que el avance del animal era una señal del destino.

No podía creer que Hugh, el semental blanco que le había acompañado durante los últimos cinco años, estuviera allí de pie. Recordaba haberle visto huir la mañana en que Ashton le había disparado, pero claramente —y esto le llenaba de orgullo— era un animal leal a su dueño. Aunque, después de una semana, Jon no podía imaginar que sería capaz de encontrarlo.

Llegó justo a tiempo para sostener a Sarah, que se desplomó en sus brazos cuando vieron que el animal se acercaba a ellos.

—Espere —le susurró al oído, pero los ojos de Sarah ya se habían cerrado.

—Tranquilo, muchacho —dijo la voz de Dawson mientras el caballo se encabritaba sobre sus patas traseras, mientras Jon se recostaba contra el flanco sano del cuerpo de Sarah.

—Tienes que ayudarme a levantarla.

Dawson agarró las riendas del caballo, aún enjaezado, y lo hizo acercarse lentamente. En cuanto reconoció a Jon, el animal se acercó a él lentamente, emitiendo un relincho que parecía un susurro.

—Date prisa, Jon. Déjame sostener a la chica.

Jon dejó que el cuerpo de Sarah se deslizara sobre él mientras Dawson la levantaba sobre la espalda de Hugh.

—¿Dónde está la silla de montar? — murmuró cuando se dio cuenta de que a la piel del semental le faltaba un accesorio importante. Alguien debió habérselo quitado.

—Probablemente lo perdió durante la carrera. Cuando vi a ese tipo disparar contra ti, también fui testigo de la huida del caballo —explicó Dawson.

Desconcertado, Jon arqueó una ceja.

—No es posible. Estaba bien asegurada.

Dawson se encogió de hombros.

—De todos modos, no tenemos tiempo para detenernos en ese detalle. Tenemos que ponernos en marcha.

Tenía razón.

No sin cierto esfuerzo, Jon consiguió subirse a la espalda de Hugh y rodeó con sus brazos el cuerpo de Sarah mientras ella se inclinaba hacia delante. Suavemente, la atrajo hacia su pecho.

Sarah se quedó tan sin aliento que pensó que estaba muerta. El pensamiento le destrozó el cerebro, pero sabía que solo se había desmayado. Pronto se dio cuenta de que ella seguía respirando de forma natural, así que bien podría haberse quedado dormida. Probablemente no había comido en días y tenía un rasguño en la barbilla; debía de estar agotada.

Miró por encima de su hombro, asegurándose de que Will y Dawson le seguían, y luego asintió a Dawson, que comprendió; levantando una mano, dio una palmada a Hugh, que se puso en marcha a un ritmo moderado pero rápido. Detrás de ellos, Will avanzaba a trompicones, visiblemente cansado. El corazón de Jon se apretó al verlo.

Consideró la posibilidad de detener el caballo para permitirle sentarse, pero era consciente de que no podía perder un tiempo precioso; Ashton se había dado cuenta, casi con toda seguridad, de que le habían engañado y ya le estaba pisando los talones.

Entonces, como una maldición, llegó esa voz que detestaba con toda su alma y que en un principio le parecía un mero producto de su imaginación.

—¡Corre, Jon! —gritó la voz de Dawson a metros de ellos. Jon dejó escapar un gruñido cuando el caballo se encabritó bajo la fuerza de sus riendas. Sarah se apretó aún más contra él y en ese momento volvió a abrir lentamente los ojos, pero él no se dio cuenta.

—¡Huye! —Dawson seguía gritando, pero Jon ya había vuelto al camino del que había partido—. ¡Maldita sea, Jon! Vete.

Haciendo oídos sordos a las protestas del otro, espoleó a Hugh al galope cuando la voz de Ashton se elevó en el aire fresco de la mañana.

—¡Jon Charters!

Movido por un irrefrenable deseo de venganza, Jon se aferró al cuerpo de Sarah con toda la fuerza que pudo.

—Maldito bastardo.

Desde la distancia vio cómo los brazos de Will se levantaban al viento y se agitaban en un intento de hacerle entender algo.

Entonces, en cuanto estuvo a un par de metros, Jon detuvo a Hugh, que soltó un relincho aterrador.

Dawson le gritaba que se fuera, con su rifle apuntando a Robert Ashton y con un segundo hombre que sostenía una pistola en los dedos.

Jon trató de concentrarse en él. Se parecía... al hombre que había visto durante sus alucinaciones cuando Claire le había mostrado la escena de su asesinato.

—Bájate de ese caballo y devuélveme a mi sobrina.

La voz de Ashton era plana y categórica, tan plana como la pistola que sostenía con tanta firmeza, pero Jon no se inmutó. Solo tenía ojos para el otro hombre, que le devolvía la mirada con una condescendencia que le erizaba los pelos de los brazos. No sintió ningún miedo. Solo quería meterle una bala en el cráneo.

—Tú.

—¡Jon, toma a la chica y vete! —continuó Dawson, sinceramente desesperado. El rifle no se tambaleaba en sus manos—. Vamos, yo me encargo aquí.

—No hay discusión —afirmó con firmeza. No dejaría que Dawson y Will se ocuparan de esos dos canallas, aunque tuviera que arriesgar su propia vida.

Ashton tenía una expresión indescifrable en los labios. Jon pudo leer una miríada de intenciones diferentes en sus ojos, pero solo había una que superaba a las demás: recuperar a su sobrina.

El otro, el que merecía la muerte, se mantenía erguido y se pavoneaba como si esperara a que se bajara del caballo y se enfrentara a él.

—¿Jon?

Finalmente, una voz más débil y dulce llegó a sus oídos. Venía de abajo, del cuerpo que sostenía como un tesoro precioso.

Pero no podía mirar a Sarah en ese momento, le haría demasiado vulnerable y esta vez no podía permitirse ningún paso en falso que pudiera costar el futuro de todos.

Así que, ignorándola, Jon tomó la decisión más sabia que se le ocurrió: empujó a Sarah sobre la grupa de Hugh y sacó rápidamente el rifle que guardaba en su funda. El movimiento le causó otra molestia en su costado no curado, pero le fue indiferente.

Apuntó con su arma al otro hombre que también le apuntaba con una pistola y entrecerró los ojos.

—Sé quién eres. —Entrecerró un ojo—. Creo que sé quién eres -fue su atonal respuesta. Parecía que no había color en ese tono de voz, era como si hablara un objeto inanimado y no un ser humano. Jon tenía ante sus ojos la imagen de Claire casi violada, el filo de la daga cortando su garganta de oreja a oreja y eso era lo único en lo que podía concentrarse. Con la espalda rígida, observó al extraño que no tenía nada de humano—. Asesinaste a mi hermana.

Fue entonces cuando algo brilló en los ojos del hombre, así como en los de Ashton, que Jon no había tenido en cuenta: el asombro. Probablemente, pensó después, se preguntaban cómo podía estar tan seguro.

Al final fue Ashton quien tomó la palabra, mientras Dawson escudaba a Will que, sin ayuda de nada más que su propio cuerpo, tenía la barbilla levantada para desafiar al más poderoso.

—Creo que estás muy equivocado aquí, Charters. Tienes razón.

—No, no lo sé —dijo el otro hombre, acercándose.

Ashton se giró para mirarle a medio camino entre la irritación y el desconcierto, presumiblemente preguntándose en qué estaba pensando.

—¿Qué estás haciendo? —siseó.

—La verdad, Ashton, es una de las cosas más preciosas de este mundo —fue la fría respuesta.

El hombre alcanzó a Ashton, bajó su arma y la dejó caer al suelo. Frunciendo el ceño, Jon mantuvo el rifle firmemente apuntado hasta que estuvo a un palmo del caballo.

—Soy el asesino de Claire —confesó en tono teatral y por un momento, debido a la seriedad de sus palabras, todos los presentes pensaron que se estaba redimiendo—. No quería matarla. No quería matarla. Eran sus ojos, ya ves... y se frotaba contra mí, y yo sigo siendo un hombre. —La última palabra fue interrumpida por una estridente carcajada que rompió la realidad de su admisión. El hombre echó la cabeza hacia atrás y se rio como si le hiciera mucha gracia—. Tu hermana era una prostituta. —Se limpió un hilo de saliva de la comisura de la boca —. Se merecía lo que le hice.

Antes de que Jon pudiera permitir que la ira estallara, se produjo un gran silencio, el más ruidoso que jamás había percibido, y finalmente llegó el disparo. El disparo dejó al hombre petrificado, con la boca aún abierta por la risa, mientras un charco de sangre oscura se extendía por la tela blanca de su camisa que se veía bajo el abrigo. Lentamente, un hilillo de sangre se deslizó desde su boca hasta la barbilla y luego por el cuello. Jon observó la escena como si estuviera en una especie de limbo, un lugar al que no sentía pertenecer. La expresión del hombre no flaqueó ni siquiera en ese momento, con la muerte arrastrándole, porque pareció seguir riendo incluso cuando se desplomó de rodillas y cayó al suelo sobre su pecho.

—¿Qué has hecho? —Jon reconoció la voz de Dawson. Perturbado por lo que acababa de ver, se dispuso a averiguar quién había disparado. Cuando sus ojos se posaron en la figura de Will algo se rompió en su interior. Era solo un niño. Y acababa de matar a un hombre.

El rifle se tambaleaba en sus manos como si fuera sacudido por una serie interminable de vibraciones, con los ojos muy abiertos mirando el cuerpo ahora sin vida del hombre que acababa de confesar ser el asesino de Claire.

—No me di cuenta de que había cogido el arma. —Dawson intentó justificarse, pero nadie le respondió.

Ashton aún tenía la pistola apuntando hacia él, y Dawson estaba ahora desarmado, pero la escena que acababa de desarrollarse parecía haberle sacudido también.

—¡Maldito idiota! —siseó—. Maldito inepto.

Palabras que sonaban sin sentido a los oídos de todos.

—Will, deja ese rifle y ven aquí —encontró la fuerza para decir Jon. El chico parecía no oírle—. ¿Will?

En ese momento captaron un movimiento detrás de ellos y se dieron cuenta de que Ashton salía corriendo hacia el camino contrario. Jon se apresuró a apuntar con su rifle, pero la voz de Dawson lo detuvo.

—No —levantó una mano—. Déjalo ir. Debemos pensar primero en el niño.

Tuvo que admitir que tenía razón, incluso en contra de su voluntad. Will se había puesto blanco como una sábana y respiraba con dificultad.

Maldita sea.

Acababa de convertirse en un asesino, reflexionó Jon con amargura. Ashton lo había presenciado. Y habían tenido que dejarlo escapar.

30. Divergencia

Al principio lo que Sarah había pensado era que ya no había vuelta atrás. Will había matado a Mark Thomson y ese era un hecho ya indeleble que no dejaría al chico ninguna escapatoria.

Pudo verlo desde la distancia, aún temblando a pesar de que se encontraban en la casa del hombre que había salvado la vida de Jon, frente a una chimenea apagada que miraba hacia una parte indefinida de la habitación.

Su corazón se había apretado en un vicio cuando se dio cuenta de que Will se había convertido en un asesino. Lo conocía desde que no era más que un niño, pero ese día le parecía un extraño. Ya no parecía el chico que ella estaba acostumbrada a conocer, parecía un espectro en un cuerpo de carne y hueso.

La esposa de Dawson, Anne, hizo todo lo posible para inducirle a comer algo, pero solo se puso un poco de agua en el estómago.

Jon, por su parte, permanecía inmóvil frente a Will con los brazos cruzados y una expresión indescriptible en el rostro; parecía de lástima, pero Sarah había logrado detectar una pequeña cantidad de ira en ella. Probablemente porque ahora no sabía qué hacer para sacar a Will del apuro. Acabaría en la cárcel y condenado a muerte. A Sarah se le revolvió el estómago al pensar en Will colgado de la horca.

—Vamos, Will, tienes que comer —intentó ordenarle en un tono bastante inflexible pero el chico pareció ignorarla. Había ignorado a todos los que le habían hablado desde que apretó el gatillo. Dawson se acercó a ella, apretando su hombro.

—Le llevará algún tiempo recuperarse.

—Si Ashton abre la boca estamos acabados —dijo Jon, cogiendo una silla y colocándola frente a Sarah. Apoyó los antebrazos en el borde y la miró con amargura.

Levantó la barbilla.

—Sí, pero Ashton me dejó inconsciente y me secuestró, te disparó y por lo que sabemos podrías estar muerto —le recordó ella—. Esto debe ser un arma contra él.

—Lo es —dijo Jon—. Pero también es cierto que yo estoy vivo, mientras que ese hombre está ahora en la tierra. Y Ashton vio perfectamente quién apretó el gatillo.

—Puede que no hable. Tendría mucho que perder si lo hiciera, y no parece tan tonto como para querer arruinarse —intervino Dawson mientras su mujer volvía a la cocina con una olla humeante en las manos.

—¡Deja de discutir sobre esto! —murmuró Anne, colocando la olla en el centro de la mesa —. No puedo soportar escuchar tu desesperación por más tiempo. Ármate de valor y enfréntate a ese traidor como es debido. No hablará si le pones las cosas claras.

Dawson miró a Anne, arqueando una ceja, tenso.

—Él lo mató. ¿Realmente crees que no lo entregará? Acabará en la horca si no le impedimos hablar.

—Pues haz que deje de hablar si quieres salvar a ese chico —replicó Anne secamente. Extendió un brazo y señaló a Will, que seguía sin mirar a nadie, ensimismado en sus propios pensamientos malignos.

—No tendrá más de veinte años. ¿Realmente quieres dejarlo colgado por defender el honor de una chica?

—¡No fue una defensa, Anne! —replicó su marido, poniéndose de pie—. Esa chica ya

estaba muerta, solo defendió su memoria, ¡pero eso no lo justifica! ¡La mató a traición!

Jon golpeó la mesa con el puño, sobresaltándolos. Sarah le miró, intuyendo lo que había provocado esa reacción.

Estaban hablando de su hermana, de esa herida aún abierta que tardaría mucho, mucho tiempo en curarse.

Jon se puso en pie como si le hubiera picado una hoja de acero y, sin decir nada, salió corriendo por la puerta. Dawson y Anne se miraron mudos, Will seguía inmóvil con sus propios demonios. Fue Sarah la que se levantó y siguió a Jon al exterior.

Lo encontró con las manos apoyadas en la pared de la casa de Dawson, con la cabeza inclinada hacia delante y encajada entre los brazos. Su espalda estaba sacudida por los sollozos que ella apenas intentaba contener. Profundamente amargada, se acercó a él.

Ella no dijo nada durante un rato, apoyó suavemente una mano en su hombro y esperó a que Jon se calmara. Cuando estuvo segura de que lo había hecho, Sarah se permitió hablar.

—¿Te sientes bien?

—Estoy bien —confirmó con la boca seca—. Lo siento. Es que en estos momentos extraño a mi hermana más que nunca.

Sarah le apretó el hombro y con la otra mano le cogió la cabeza, haciendo que se volviera hacia ella.

—No puedo imaginar lo que debes sentir, le dijo sinceramente—. No he perdido a una hermana ni a un hermano, y creo que lo que te unía a ella era un sentimiento tan puro y profundo que la herida nunca desaparecerá del todo. Pero sí perdí a mis padres y, aunque no estaba demasiado unida a ellos, los echo muchísimo de menos. Así que te digo, Jon, que no dejes de luchar por mantener viva su memoria. La reacción que acabas de tener es más que legítima, no necesitas justificarte.

La miró con tristeza, pero lentamente su expresión se suavizó.

—Eres una verdadera amiga, Sarah. Te lo agradezco.

Sarah hizo una mueca y esperó que Jon no lo hubiera notado. Una verdadera amiga, la había llamado, como si lo que habían pasado juntos se refiriera a una relación de amistad. Como si los besos, la desesperación de estar separados, las miradas y el calor de sus voces no denotaran que hay algo más.

Intentó enmascarar la inminente decepción de aquellas palabras con una sonrisa de ánimo, pero nunca se le había dado demasiado bien mentir y Jon debió notar su cambio de expresión porque le dio la mano y se llevó el dorso a los labios.

—Sabes lo que quiero decir.

¿Lo sabía? Sarah no estaba segura. Probablemente había tergiversado todos los detalles de su relación. Tal vez, consideró, debería haber evitado besarlo tan apasionadamente cuando lo había encontrado de nuevo. Tal vez se haya visto envuelto en la reacción y no haya sido capaz de retroceder. Sin embargo, Sarah lo había sentido, ese deseo brotando en el cuerpo de Jon. No podía estar fingiendo. Sin embargo, no parecía muy dispuesto a dar cabida a ningún sentimiento más allá de la amistad.

—Tal vez deberíamos limitarnos a eso —propuso, encogiéndose de hombros. Ante la expresión de confusión de él, ella explicó—. Tal vez no me quieras como yo quiero...

Al instante se mordió el interior de la mejilla mientras se sonrojaba visualmente. Cielos, ¿qué estaba diciendo? ¿Cómo podía despotricar de esas cosas cuando era obvio que Jon no tenía ningún interés romántico en ella?

El hombre la miró estupefacto, como si acabara de pronunciar una serie de improperios

impropios de una joven como ella.

—¿Sarah?

—Perdóname, he hablado fuera de lugar —le interrumpió ella, sacudiendo la cabeza—. De todos modos debemos volver, tenemos que encontrar una manera de ayudar a Will.

Jon dejó escapar un suspiro, aún claramente molesto por lo que ella había dicho.

—Lamentablemente, me temo que la única solución es cerrarle la boca a tu tío. Aunque Will haya cometido un asesinato, Sarah, a los ojos de la ley debe recibir un castigo.

Horrorizada, se zafó de su agarre.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Es Will! Nunca hizo nada malo en su vida, disparó porque Thomson se lo merecía, ¡disparó para honrar la memoria de tu hermana!

La oscuridad volvió a los ojos de Jon.

—El hecho de que Thomson se lo mereciera no lo justifica ante la ley —replicó tranquilamente—. Ha cometido un delito.

—Acabará con una soga al cuello —siseó Sarah.

—¿Permitirías que ocurriera algo así solo porque está bien ante la ley?

—Le disparó por la espalda, Sarah. —El tono de Jon era rígido y casi frío—. Hay una pena de muerte para este tipo de delitos.

Los labios de Sarah comenzaron a temblar.

—Me salvó la vida —dijo—. Me sacó de ese vil lugar y no se detuvo ante nada. Si no fuera por él, probablemente ya habría muerto de hambre, ¿y te atreves a sermonearme porque intento salvar su vida?

Empezaba a sentir un gran vacío en el estómago, como si todos los valores de los que estaba segura Jon acabaran de derrumbarse en el suelo, como si todo lo que le hacía grande a sus ojos se hubiera desmoronado.

—Si Ashton habla, Will será colgado y no podremos hacer nada al respecto. Lo siento, Sarah, pero no podemos hacer nada contra la ley.

Levantó la barbilla, decidida a no dejar que sus palabras la doblegaran.

—Por favor, dime la falsedad de tus últimas palabras. De todos modos, no habrías hecho nada para salvarlo de la horca. Así que depende de mí hacerlo, y ten por seguro que encontraré la manera de salvar su vida. Disculpe, Lord Charters.

Y así, sin darle tiempo a responder, Sarah se levantó las faldas y lo dejó allí, inmóvil, mirando el lugar por donde había desaparecido con el corazón revuelto.

31. Solo

—Tenemos que ir a casa. —Esa era la frase que Sarah llevaba repitiendo en voz alta desde el día anterior, y había encontrado en Will un aliado y en los demás solo una disidencia—. Convenceré a mi tío para que no lo denuncie a las autoridades.

—¿Y cómo lo harías? ¿Metiéndote en su cama y dejando que haga lo que quiera contigo?

Era Jon quien había hablado en el desayuno, pero ella ni siquiera le escuchó, no después de lo que le había dicho el día anterior. Sin embargo, ella sabía que él tenía razón, que Will había cometido en todo caso un asesinato y debía ser castigado, pero ¿cómo podía ser correcto condenar a un chico por defender la memoria de una chica asesinada?

Claire era la hermana de Jon y Will había luchado más que él. Lo encontró cobarde, aunque era consciente de que no lo era.

Estaba tan enfadada, tan decepcionada por sus palabras, que a veces le parecía un extraño y ya no estaba segura de querer tener nada que ver con él. Y luego estaba la otra parte de ella que quería quedarse con él todo el tiempo que pudiera. Recordó que se suponía que estaban casados.

Ese recuerdo parecía estar a años luz comparado con lo que habían pasado y estaban afrontando en ese momento. Deseaba que todo volviera a ser como al principio, al momento en que, aunque en extrañas circunstancias, había conocido a Jon y habían planeado su boda secreta. Deseaba poder borrar toda la muerte, el sufrimiento y el dolor que se le habían venido encima en los últimos tiempos, pero sabía que lo primero y único que había que hacer ahora era encontrar una salida a ese gran lío.

Tenía que salvar la vida de Will, sin importar qué. Aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo. Había pensado en persuadir a Ashton para que no lo denunciara, pero no había garantía de que no lo hubiera hecho ya, y además ¿qué excusa podría utilizar con su tío? Lo que él quería era a ella, pero Sarah prefería morir antes que entregarse a él.

Tenía que haber otra manera.

—Encontraré una solución.

—Seguro que se le puede sobornar —aventuró Anne con las manos en la cadera—. Debe haber algo que quiera a toda costa con lo que podamos comprar su silencio.

Un escalofrío recorrió a Sarah. Por supuesto que sí. Era ella. Podría haberse cambiado a sí misma por el silencio, pero incluso así no había certeza de que Ashton mantuviera la boca cerrada.

—Ashton quiere a su sobrina —dijo Jon, mirando a un punto fijo frente a él—. Pero no puede tenerla y eso lo hace agresivo, además de muy vulnerable.

—¿Vulnerable?

Fue Dawson quien hizo la pregunta. Sarah también se preguntó qué significaba, pero esperó a que Jon respondiera al otro hombre sin siquiera mirarlo.

—Sí. —Jon abrió los dedos de su mano derecha, colocándola sobre la superficie de la mesa como si estuviera a punto de desplegar un mapa—. Sarah es su punto débil, su talón de Aquiles. Puede estar enfadado con ella porque no cede a su chantaje, puede arremeter contra el resto del mundo, pero nunca le haría daño. Probablemente ve en ella una parte de su hermano, de su propia sangre.

Dawson cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sigo sin entender lo que quieres decir.

—Hay una cosa que Ashton teme —continuó Jon, desplazando su mirada hacia Sarah, que había decidido seguirle la corriente—. Perder a su sobrina. En su subconsciente sabe que si Sarah muriera nunca tendría la oportunidad de hacerla suya, así que pretende mantenerla viva.

Se dejó llevar con una mueca cínica.

—¿Necesito recordarte que me mantuvo encerrada en un calabozo durante una semana?

—Nunca te habría dejado allí para que murieras y lo sabes.

Sarah apretó los labios. Estaba tan nerviosa en ese momento que le habría gustado darse la vuelta e irse, pero eso no habría servido de nada.

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto con nuestro intento de encontrar una solución.

—Si tu tío se enterara de que vas a morir, su primera preocupación sería tratar de evitarlo —explicó Jon—. Y en ese caso...

—El asesinato de ese hombre pasaría a un segundo plano para él —concluyó Dawson, ampliando los ojos. Su puño cayó sobre la mesa y se unió a una sonrisa de asombro—. ¡Maldita sea, Jon, eres un verdadero genio!

Con escepticismo, Sarah puso las manos sobre la mesa en un gesto demasiado impaciente.

—¿De verdad crees que mi tío no me va a dañar ni un pelo si no consigue lo que quiere? Ahora que Thomson ha muerto, ya no tiene un aliado, seguramente se sentirá solo y no tendrá a nadie que le ayude a racionalizar.

—¿Thomson le hizo entrar en razón? ¡Por el amor de Dios, Sarah! —explotó Jon mientras se levantaba—. Ese hombre cedió a su chantaje, fue cómplice de su sórdido plan y ¿crees que fue él quien mantuvo a raya a tu tío? Debes ser muy tonta para pensar tal cosa.

Resentida, sostuvo su mirada acusadora como si sus palabras acabaran de abofetearla. ¿Podría tolerar que le dijera esas cosas? Sabía que decía la verdad, que no era Thomson quien había hecho entrar en razón a su tío, que Ashton era un ser despreciable que debía ser denunciado y que merecía pagar por sus pecados, pero no estaba preparada para escuchar tales palabras de la boca de Jon. Su tono la hirió, la compostura del hombre la desconcertó más de lo que ya estaba. Apretó los ojos.

—Quizás tengas razón —siseó—. Pero eso no quita que si me acercara a mi tío, se aprovecharía de mí. Y eso es tan cierto como que el sol sale cada mañana.

—¿Te tocó mientras te tenía encerrada? —retumbó Jon en un tono demasiado duro.

Sarah hizo una mueca. Pensaba que tenía razón en todo, y la tenía, pero no quería renunciar a él. Sin embargo, se vio obligada a responder con la verdad.

—No.

—Muy bien. Así que esto confirma lo que estoy diciendo.

—No hay certeza absoluta de que tengas razón —se sumó Anne—. Tal vez no tuvo oportunidad de tocarla ahí abajo, pero ¿quién dice que no podría hacerlo ahí fuera?

Los labios de Jon se curvaron en una mueca.

—Un hombre no necesita una forma de violar a una mujer. Solo lo hace si su razonamiento desaparece y la voluntad está ahí.

—Tal vez eres demasiado rígido para ir más allá de lo que te dicta la cabeza —respondió Anne en tono plano.

—Anne, por favor, sé razonable —intervino su marido—. Jon tiene razón. Es su sobrina, la quiere, pero hasta ahora no le ha dañado un pelo y ha tenido varias oportunidades.

Sarah y Anne intercambiaron una mirada. Sin embargo, ninguna de ellos dijo nada y ambas se limitaron a salir de la habitación.

Cuando se quedó a solas con Anne, Sarah dio rienda suelta a sus recelos.

—Sé lo que está haciendo. Le gustaría que atrajera a mi tío a una trampa fingiendo que estoy en peligro de muerte para mantenerlo callado. No tiene ni idea de la clase de persona que es. No se dejará engañar tan fácilmente.

—Creo que entiendo de lo que es capaz tu tío —respondió la otra mujer—. Pero quizás haya una pequeña parte de verdad en todo esto. Tal vez tu tío no te tocaría si supiera que estás en peligro, y tal vez entonces podrías intentar convencerle de que no denuncie al chico.

Sarah se tomó más de un momento para pensar. Todos creían que Ashton se apiadaría si sabía que ella iba a morir, pero nadie lo conocía realmente. Después de lo que había hecho estaba claro que no se detendría ante nada. Pero tenía que salvar a Will, se lo debía.

En ese momento algo dentro de ella comenzó a traquetear, algo cobró vida dentro de su cabeza, una idea peligrosa pero que debía ser probada si quería que Will siguiera vivo. La habrían llamado irresponsable, pero a ella no le importaba lo que pensaran.

Había perdido la fe en Jon —eso era lo que más le dolía— y los demás parecían estar de acuerdo con él. Sarah no quería la ayuda de nadie en ese momento, y menos la de Jon.

Estaba tan seguro de sí mismo, tan pomposo, que la volvía neurótica. No podía tolerar esa actitud ni de él ni de nadie.

Así que decidió que actuaría a su manera.

No estaba segura de si serviría de algo, pero su corazón le decía que lo hiciera, que pasara lo que pasara, no se quedaría de brazos cruzados esperando a que ahorcaran a Will.

—Probablemente tengas razón —susurró, esperando que Ana no se diera cuenta de que estaba fingiendo. Para ello, trató de utilizar un tono de voz algo más áspero, como si estuviera a punto de romper a llorar—. Tú y Jon habéis tenido más experiencia en la vida, sabéis mejor que yo cómo actuar. Por favor, Anne, vuelve a entrar y dile a Jon que deseo hablar con él en privado en cinco minutos. Mientras tanto voy a disfrutar de un poco de aire fresco, lo necesito de verdad. ¿Puedes?

El rostro de Anne se relajó lentamente. La mujer le apretó el hombro en un gesto de consuelo.

—Por supuesto, querida. Iré de inmediato.

—Gracias.

Cuando Anne regresó con paso ligero, Sarah esperó a que se cerrara la puerta, miró a su alrededor y divisó el caballo de Jon, cuyas riendas estaban atadas al poste de la valla.

—Lo siento, Jon —murmuró ella—. Pero esta vez lo haré sola.

Así que caminó rápidamente hacia el caballo, desató las riendas y con un ágil movimiento saltó sobre el lomo. No había montura, pero eso no importaba.

El semental se removió un poco, pero no excesivamente, y afortunadamente consiguió alejarse unos metros del patio de la casa de Dawson antes de oír la voz de Jon a su espalda. Le oyó gritar mientras se alejaba a toda velocidad. Gritando su nombre, gritando que esperara y diera la vuelta, incluso le oyó decir que encontrarían otro camino, sería suficiente para que Sarah se bajara de ese caballo, pero prefirió no escuchar. Independientemente de lo que haya dicho, ninguno de ellos estaba realmente dispuesto a ayudar a Will. Pero fue su vida la que salvó, no la de los demás.

No sabían lo que significaba.

El valor que ese gesto tenía para ella.

Ahora espoleaba al caballo al galope, y ni los gritos de Jon ni los de nadie más —ni siquiera Will— la distraían de su propósito.

32. Determinación

Sarah no tenía ni idea de si era la decisión correcta o no, pero ya no había vuelta atrás. Había varias razones por las que se había ido, la primera de ellas era salvar la vida del niño. La segunda, aunque lo admitió en contra de su voluntad, fue que se sintió decepcionada. Por Jon, por el hombre por el que poco a poco, inexplicablemente, había empezado a sentir algo que no era capaz de identificar.

En lugar de apoyarla como ella esperaba, se había desvivido por hacerla sentir como una tonta que no sabía cómo comportarse. Sarah no se sentía como tal, pero mientras cabalgaba una pequeña duda la asaltó. Se trataba de su tío, y ella sabía de lo que era capaz, pero dar marcha atrás significaría ceder a la intimidación de los poderosos y ella no estaba dispuesta a bajar la cabeza. No con Jon, no con Ashton.

De alguna manera iba a obligar a su tío a mantener la boca cerrada. Tuvo mucho tiempo para pensar e idear un plan.

Cuando salió de la zona boscosa, fuera del alcance de Jon, se encontró en una bifurcación del camino. Intentó recordar en qué dirección estaba el lugar donde Ashton la tenía encerrada, pero no tenía sentido de la orientación. Cerró los ojos mientras el semental de Jon resoplaba y enviaba su gran cabeza de un lado a otro.

Por alguna extraña razón, había conseguido domesticarlo casi de inmediato, lo cual era una suerte porque presumiblemente ya tenía a todo el mundo en contra; un animal de su lado era una especie de bendición.

Trató de recordar, se impuso a sí misma. No muy lejos debe estar el lugar donde Ashton la había segregado, así que le bastaría con ir un poco más lejos para llegar a casa. Solo necesitaba encontrar un camino que le recordara el camino a la Casa Ashton.

Lo encontró unos veinte minutos después, cuando los cascos del caballo pisaron la brecha en la avenida que bordeaba las fincas de los nobles. De ellas, la antepenúltima era Charters House.

Sarah sintió que el corazón le daba un vuelco mientras cruzaba la carretera junto a la valla. Recordó a la señora Charters, la madre de Jon, y lo apenada que se había sentido aquel día cuando la había confundido con su hija muerta. Recordó lo amable que había sido con ella, y cómo se había comportado su hijo al menos cuando se dio cuenta de que la razón de Sarah para pedir ayuda era más que válida... Se detuvo de repente frente a la valla.

Probablemente debería haber entrado en Charters House e informar a la señora Charters de que Jon estaba bien, aunque un poco desmejorado, y de que hubo algunos imprevistos, pero sospechaba que a la mujer le daría un ataque si se hubiera enterado de que le dispararon a su hijo. Así que optó por desviar la dirección y dirigirse directamente a Ashton House, donde —esperaba con todas sus fuerzas— encontraría a su tío. La esperanza era lo único que aún la mantenía fuerte.

Antes de ese acontecimiento, Sarah nunca habría pensado que encontrar a Lord Ashton sería un deseo profundo y genuino para ella.

Si hubiera estado en cualquier otra situación, seguramente habría querido que el hombre desapareciera sin dejar rastro, pero en esta ocasión tenía que intentar ponerse en contacto con él. Tratar de hacerle comprender la gravedad de lo ocurrido y quizás incluso chantajearle con su propio secuestro. Sería una ventaja que Ashton decidiera no escucharla, o eso esperaba.

—Vamos, chico —le murmuró al caballo—. Un último esfuerzo, ya casi estamos.

****

Desde que Lord Ashton había obligado a Will a revelar el lugar donde había encontrado la cinta de Sarah, la señora Carter nunca había sido la misma.

Will había desaparecido. Sarah había desaparecido. Es de suponer, ya que lo conocía bien, que Lord Ashton había hecho algo irremediable de lo que no había vuelta atrás, pero que a Freya no se le ocurría. Con Lewis y las niñas ayudando a la señora Jones en la cocina, ella había expresado sus propios recelos, y por primera vez incluso el cínico Lewis se había visto obligado a reconsiderar las acciones de Lord Ashton.

—Todavía hay esperanza —le había dicho una vez, pero había pasado otra semana desde esas palabras y Freya Carter había decidido que era hora de aceptar la realidad.

Sarah y Will no iban a volver. La amargura había invadido su corazón y en aquella gran casa, a la que Lord Ashton había regresado apenas dos días después de desaparecer con Will por una docena, ahora impregnaba una sensación de soledad que nadie podía llenar.

Aquella mañana, después del desayuno, Freya se sentó con Lewis en la mesa de la cocina, donde la señora Jones acababa de sacar una tarta de manzana y se torturó el anillo que llevaba en el dedo, como si de alguna manera buscara respuestas en él.

—El señor Ashton dice tener migraña —dijo Lewis, cuya prominente barbilla sugería que estaba extrañamente satisfecho con la noticia.

Freya se limitó a hacer una mueca mientras la señora Jones murmuraba algo desde el otro lado de la habitación.

—No creo que vaya a salir de esa habitación al menos durante el resto del día. Probablemente tengamos algo de libertad hoy.

—Lo tenemos desde hace casi dos semanas —respondió Freya ácidamente—. ¿No crees?

—Creo que Lord Ashton debería permanecer allí el mayor tiempo posible.

—¿Qué? Si hizo lo que crees que hizo, no merece tener una vida tranquila. Se merecía esa migraña.

—Se merece más —susurró la mujer, apretando el puño—. Lo juro...

Y de repente ella estaba allí, como un rayo de sol entre las nubes.

Todo el cuerpo de Freya se puso rígido y luego se relajó al verla cruzar el umbral de la puerta de la cocina. Con ella llegó una ráfaga de aire fresco.

Freya se puso en pie de un salto como si le acabaran de lanzar un cubo de agua helada mientras los ojos de Lewis se abrían de par en par y un largo temblor recorría al hombre. Llevaba un vestido diferente al camisón con el que la había visto quince días antes, cuando había decidido huir; la tela estaba arrugada y sucia en algunas partes, dando la impresión de que se había revolcado en un zarzal, pero seguía siendo el espectáculo más hermoso que los ojos de Freya habían visto jamás. Los latidos de su corazón se aceleraron.

Estaba allí, estaba realmente allí, y estaba viva, y por lo que parecía —a pesar de su ropa y su expresión aturdida— parecía estar bien.

—¿Señorita Ashton?

Débil, pero no inaudible, el sonido salió de sus labios lentamente, como si de alguna manera —cómo podía estar equivocada— no pudiera creer que Sarah estuviera realmente allí, frente a ellos.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó la señora Jones al volver a la cocina—. ¡Señorita Ashton! ¿Dónde has estado?

—Déjala en paz —dijo Lewis yendo hacia Sarah, que mientras tanto miraba a su alrededor como si no reconociera el estrecho espacio de la cocina.

—Venga, siéntese —la instó el hombre, guiándola por los hombros hacia una silla.

—No... no —gimió—. Necesito ver a mi tío.

—Por el amor de Dios, señorita Ashton, acaba de regresar. Tómese un momento para relajarte. —Freya se dirigió a la estantería y rebuscó entre los restos de la tarta de manzana y le entregó un trozo—. Por favor, coma algo. Está aquí... en carne y hueso.

Sarah se permitió entonces sonreírle con ternura.

—Sí, señora Carter. Estoy aquí.

—¿Qué pasó con Will? ¿Por qué no está usted? —Lewis se lo preguntó de improviso, pero quizás, cuando los ojos de Sarah se oscurecieron, consideró que debería haber hecho la pregunta él mismo.

—Está... está bien —fue todo lo que dijo. Al cabo de un rato, mientras tragaba el pastel que le había traído Freya, se vio obligada a añadir algo más—. Estoy aquí por él. Necesito hablar con mi tío.

—Lord Ashton sufre una fuerte migraña, señorita —le informó Freya no sin una mueca—. No creo que esté en condiciones de volver a verle.

—Oh, realmente no importa. Eso me facilitará las cosas.

Sarah abrazó a la mujer afectuosamente y asintió a Lewis, luego se dirigió rápidamente a la salida de la cocina.

—¿Sarah? —Había sido Freya quien la había llamado. Rara vez la había llamado por su nombre de pila, pero nunca parecía molestarse cuando lo hacía. Por el contrario, lo aceptó de buen grado por el afecto que la unía a la mujer. Se volvió hacia ella expectante—. Tenga cuidado. Ya sabe cómo es Lord Ashton cuando no se siente bien.

Sarah asintió con la cabeza, pero no dio ninguna indicación de que fuera a seguir su consejo.

El brillo de los ojos de la chica alertó a Freya, pero no era rival para el rango de su ama. Seguía siendo una empleada, aunque consideraba a Sarah igual que la hija que nunca había tenido.

—Le esperamos aquí por si necesita ayuda —añadió Lewis con una sonrisa alentadora—. Como siempre y para siempre.

Los ojos de Sarah se humedecieron y una oleada de orgullo le abrazó el pecho, pero no era el momento para ese sentimentalismo. Sin embargo, no podía eclipsar totalmente su afecto, no sería capaz de perdonarse a sí misma. Realmente los amaba, como ellos la amaban a ella.

—Lo sé, Lewis. Gracias.

Luego cruzó el umbral y desapareció en el pasillo que conducía de las cocinas a los pisos superiores, decidida como había podido Freya verla muy pocas veces.

33. Demasiado tarde

Jon estaba seguro de que, de alguna manera, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, no sería capaz de odiar de verdad el gesto de Sarah. Valor, había demostrado, pero también ingenuidad y despiste. Sabía perfectamente dónde estaba, definitivamente estaba de vuelta en Ashton House, donde su carcelero probablemente estaba descansando sin importarle las acciones que había realizado.

Esta vez Jon no estaba seguro de recuperar a la chica. Estaba enfadado con él y tenía motivos para estarlo, pues no entendía por qué acusaba a Will como culpable. Su sentido del honor, los valores que le habían acompañado durante toda su vida, eran límites que no se podían traspasar, pero Sarah no podía aceptarlos.

Esto le amargó. Ella lo amargó.

A pesar de todo, no pudo evitar volver a echarla de menos. Debería haberle dicho lo que sentía, debería haberlo hecho desde el principio.

Así que le escribió ese día en una carta, que selló con cera antes de partir hacia Ashton House. Despidió a Dawson con un inesperado abrazo y besó el dorso de la mano de Anne, imprimiendo en ella toda la gratitud que sentía por los dos. Nunca los olvidaría. Se lo dijo con el corazón abierto, y ambos —que se habían entristecido por la marcha de Sarah— se deshicieron inevitablemente en lágrimas ante la despedida de Jon.

—Tengo que ir con ella —explicó Jon que, sin embargo, no quiso derramar ni una sola gota de lágrimas. Se sintió seco. Perdido. Vacío.

Dawson le apretó el hombro.

—No dejes que cometa una locura. Sálvala.

—No voy a dejar que haga algo irreparable por mí. —La voz de Will.

Jon se volvió hacia él. No sabía exactamente qué pensar de aquel chico; probablemente, tal y como se sentía Sarah, incluso debería haberle agradecido el gesto que había tenido con el asesino de su hermana, pero no lo consiguió. Nadie podía salvarle de la horca, aunque al fin y al cabo no merecía morir tan joven, y tampoco Sarah. Por eso tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo. Si no fuera ya demasiado tarde.

—Voy contigo.

—No hay discusión —respondió Jon agriamente—. Tú te quedas aquí.

El puño de Will golpeó la superficie de la mesa con una vehemencia inesperada que hizo que Anne se estremeciera.

—Voy contigo.

Sus ojos parecían arder con un fuego inusual.

—No puedo hacer que renuncie a su equivocado intento de salvar tu vida si vienes conmigo —intentó razonar Jon con él—. Si te viera pensaría que estás metido en esto y no puedo permitirme perderla por tu estúpida rebelión contra ese hombre.

—¡Ese hombre, maldito idiota, mató a tu hermana! —Will siseó, apretando la mandíbula—. Intenté defender su memoria a pesar de no haberla conocido, pero las palabras de aquel loco, de aquel sádico, me hicieron imaginar una escena en la que la señorita Ashton podría haber estado en el lugar de su hermana. Y no pude soportarlo. —Se limpió un hilillo de sudor que había corrido por el borde superior de sus labios—, y sé perfectamente que merezco la muerte, como debería. Pero si voy a morir, si voy a ser reportado a las autoridades, entonces exijo ver a la

señorita Ashton por última vez. Ella no le perdonaría si no lo hicieras, y lo sabe. Así que, Lord Jon Charters, le guste o no, me uniré a Ashton House a su lado.

Jon decidió procesar lo que estaba diciendo. ¿Fue realmente correcto de su parte no escucharlo? ¿Ese joven que, con tanta fuerza y vehemencia, con tanta profundidad de alma, decía haber actuado para defender la memoria de una chica degollada? La chica en cuestión era su hermana. No había movido un dedo para defenderla de las horribles acusaciones del loco que la había asesinado. Will, en cambio, había apretado el gatillo y lo había silenciado.

Para Jon, ese momento resultó ser uno de los más conflictivos de su vida: admitirse a sí mismo que era un cobarde o sobreponerse a Will con la excusa de que su rango era superior. Con los ojos cerrados, imaginó que optaba por lo segundo. ¿Qué demostraría al no plegarse a lo que el mozo de cuadra había dicho? Solo lo seca y miserable que era su alma.

Pensó en Sarah, la mujer a la que había llegado a amar, y supo que ella nunca le perdonaría si no escuchaba a Will. Él le había salvado la vida, ella le había devuelto la jugada unos días antes. Aquello todavía le dolía allí, en el centro del pecho, era como un eco lejano que resonaba en sus sienes para recordarle siempre que si Sarah estaba viva no era por él, sino por un chico de poco más de veinte años.

Así que Jon decidió complacer al chico. Porque no tenía otra opción.

—Está bien entonces —dijo, volviéndose de nuevo hacia Anne y Dawson—. Volveré a verte en cuanto termine, lo prometo. Y también traeré a Sarah.

Anne inclinó la cabeza y le cogió la mano con ternura.

—Lucha por ella, Jon, con uñas y dientes.

El hombre asintió. Por supuesto que sí. Solo esperaba que Sarah estuviera dispuesta a escuchar y a abrirle su corazón de una vez por todas.

Cuando Jon y Will dejaron Perlbory, el sol marcaba un cálido mediodía. Jon inhaló el aire a pleno pulmón, pero ni siquiera eso le dio energía. Había un zumbido en su cabeza, una especie de premonición que no podía nombrar, que le instaba a pensar y actuar con cuidado.

—Ella no sabe lo que hace —declaró Will entre dientes, y el otro hombre podría haber sentido claramente su sensación de abatimiento, la tristeza y la ira que esas palabras ocultaban si hubiera querido escucharlo.

Pero en su mente solo estaba Sarah. La carta que le había escrito, la que le ayudaría a declararse, estaba apretada contra sus costillas en el bolsillo interior de su chaqueta. La atesoró como si fuera un tesoro precioso. Una reliquia.

La echaba de menos, no tenía sentido intentar negarlo, y ahora la rabia por haber huido había sido sustituida por el miedo a que le hubiera pasado algo.

—Tenemos que darnos prisa.

Una orden perentoria. Will le siguió con la cabeza alta sin decir nada mientras Jon empezaba a sentir de nuevo y con más claridad el dolor en el costado que nunca había remitido del todo.

****

La habitación de Lord Ashton parecía estar mucho más lejos de lo que recordaba, pensó Sarah mientras subía las escaleras. Parecía que hacía años que no estaba allí, pero había sido su hogar durante casi veintiún años.

Ese pensamiento marcó sus labios. Su cumpleaños se acercaba dramáticamente. Es extraño que no pueda alegrarse por ello. Se preguntó si realmente podría ser feliz en una situación así, o si alguna vez lo sería en su vida. Había perdido a sus padres, no tenía familia, después de su acto

seguramente también perdería a Jon. No tenía amigos. No había nadie que la entendiera, excepto ella misma.

Si le hubieran preguntado si era feliz con su existencia, habría dicho que no lo sabía, que nunca había pensado mucho en ello.

Sin embargo, lo pensó en ese momento, mientras subía esas escaleras y con cada paso que daba su respiración se acortaba un poco en sus pulmones. Sabía que su tío la deseaba carnalmente, también sabía que debía sentirse desplazada tras la muerte de Thomson, sabía que tenía que haber una maldita debilidad en ese hombre. Le rogaría si fuera necesario, se arrodillaría a costa de causarle compasión.

Pero Will no podía morir.

La puerta del dormitorio estaba frente a ella antes de que tuviera tiempo de darse cuenta. Sintió el impulso inmediato de volver a correr, pero respiró profundamente y se calmó un poco. Tenía que intentarlo. Se lo debía a ese chico.

Sus nudillos se apoyaron en la superficie de madera de la puerta y con un enorme esfuerzo de voluntad golpeó contra ella.

Pasó un minuto entero antes de que la voz de Ashton llegara débilmente desde el otro lado de la habitación.

—Dije que no quería ser molestado.

Sarah tragó su propia saliva amarga.

Los latidos de su corazón habían llegado a sus sienes, su boca se había secado, pero no podía dar marcha atrás.

Ahora no. Era demasiado tarde para actuar como una cobarde.

—Soy... soy yo, tío. —Demasiado sutil, ese sonido.

Su tío no lo escuchó porque solo hubo silencio como respuesta.

Así que la mano de Sarah agarró rápidamente el pomo de la puerta y lo bajó en un arrebato de insolencia.

Había abierto la puerta, que crujió ligeramente en su bisagra. Los ojos del hombre de la cama, cubiertos solo por una ligera sábana, se posaron en ella como lo hubieran hecho los de un halcón. No se veía tan mal, consideró ella. Por el contrario, sus ojos estaban muy abiertos y su expresión relajada, como si nada de lo ocurrido le preocupara lo más mínimo.

—¡Mi sobrina! —dijo en tono teatral. Extendió los brazos como para darle la bienvenida después de un largo viaje—. Estaba deseando verte. Sabía que tarde o temprano volverías a mí.

Sarah apretó los labios, la sangre palpitando en sus venas.

—Me dijeron que no te sentías bien.

Ashton eclipsó sus palabras con un gesto de la mano.

—Solo una ligera migraña. Ahora que te veo ya estoy mucho mejor.

Sintió que un escalofrío la recorría, pero trató de ignorarlo con toda la fuerza de voluntad que le quedaba.

—Volví para preguntarte... —La interrumpió levantándose y sentándose. Su barba había vuelto a crecer de forma espantosa y ahora le llegaba hasta la garganta, tan desgreñada como sus acciones—. Un favor. Tengo que pedir un favor. —Ashton no parecía interesado en sus palabras. La miró directamente a los ojos con una expresión cínica en los labios, pero no dijo nada. Así que Sarah decidió soltar el rollo de inmediato—. Haré esto corto. Will, el mozo de cuadra, disparó al señor Thomson, creo que lo recuerdas. Ahora, el favor que tengo que pedir es que no...

—No lo denuncié y no lo denunciaré —terminó Ashton por ella. Apartó la sábana y sacó los pies de la cama.

—¿Ese era tu miedo? ¿El favor era pedirme que no hablara con las autoridades sobre lo que vi?

Los labios de Sarah se movieron casi imperceptiblemente en respuesta.

—Sí, eso era. ¿Por qué no quieres denunciarlo?

—Fue una decisión dolorosa, pero... —Ashton se levantó y caminó hacia ella. Como la vez que le había anunciado que pronto tendría que casarse, le puso las manos en los hombros y los apretó suavemente—. No voy a hacerlo. Estoy demasiado cansado para estos juegos. —Y entonces lo cogió. Ese brillo que nunca había visto realmente, pero que la llevó a comprender la razón por la que él había estado de pie fuera de su cama. Su estómago empezó a arder. Buscó un resquicio, cualquier cosa que la ayudara a escapar, pero para entonces Ashton la había empujado contra la puerta y la había cerrado tras ella. Su expresión se había arrugado, ese brillo se hacía más profundo a cada segundo—. Sabes, sobrina, ahora mismo me apetece mucho jugar a otro tipo de juego.

34. Cuando un ángel muere

Si alguien le hubiera preguntado por qué hizo lo que hizo, no habría sido capaz de dar una respuesta.

¿Por qué no escuchaste a los demás, Sarah, y huiste, hacia tu verdugo, como si pudieras pensar que no corrías ningún riesgo? La realidad era que se sentía irresponsable, tonta, descerebrada.

Pensó en su padre, el hermano de aquel hombre, —un vínculo de sangre, maldita sea—, pensó en ello durante mucho tiempo sin poder evitarlo, imaginando su reacción ante aquella escena. Le habría obligado a parar, habría gritado probablemente, se habría lanzado sobre él con la intención de detenerlo. Cualquiera en su sano juicio lo habría hecho.

Luego, al reflexionar, se dio cuenta de que Ashton no habría movido ni un solo músculo si su padre siguiera vivo. Pero su padre ya no estaba allí. No quedaba nadie más que ella, que se desvanecía lenta e imperceptiblemente, y su tío. Abajo estaban los criados, Freya, Lewis y la señora Jones... aunque la señora Jones no le tenía mucho cariño. Deseó que estuviera allí Will, que representaba la razón por la que había sido tan irracional como para irrumpir en la habitación de Lord Ashton.

Y, sobre todo, deseó que Jon la esperara abajo, arrastrándola lejos, muy lejos, a un lugar tan remoto que fuera inalcanzable para nadie.

Pero no estaba allí.

La nostalgia le atravesó el estómago como una cuchilla afilada que no dejaba escapatoria. Se habría dado un puñetazo a sí misma si hubiera podido, por ser tan ingenua e imprudente, tan despistada como para hacer el ridículo.

El nombre de Jon se formó en su mente y le hubiera gustado susurrarlo para invocar su ayuda, pero era un falso deseo porque había perdido casi totalmente la capacidad de hablar. Se estaba volviendo incorpórea.

Cuando Ashton le cogió la cara con las manos, ella se agachó a un lado, pero la reacción de su tío fue tan terriblemente dolorosa que cuando la abofeteó con fuerza, Sarah no pudo contener un grito. Ronco, el sonido chilló en su garganta como el croar de un sapo, pero más potente.

El ardor en su estómago se intensificaba a cada momento. Su cerebro parecía haber volado a otra parte; solo podía oír el sonido de su corazón golpeando contra su caja torácica con tal vehemencia que la asustaba.

Ashton le agarró el pelo por la parte superior de la cabeza y la arrastró con fiereza hacia la cama y luego la arrojó sobre ella como un saco de patatas sin valor.

Sarah sintió que las lágrimas pinchaban sus ojos. Debería haber hecho algo, rebelarse, en lugar de llorar y quedarse ahí como una tonta. Se había metido en una trampa, quizás se merecía lo que estaba pasando. Y, sin embargo, estaba convencida de que tenía que encontrar esa parte de sí misma que no se dejaba destruir por nadie, probablemente enterrada en lo más profundo de su alma desde hacía mucho tiempo.

Los movimientos de Ashton, mientras subía por su cuerpo para juguetear vigorosamente con la tela de su vestido —el vestido de Claire— eran aterradores, tan profundamente aterradores que se vio obligada a gritar de nuevo porque tal vez alguien la oiría y correría escaleras arriba. Pero Ashton, que por naturaleza era impaciente, abrió la palma de su gran mano en la parte posterior de su cabeza y la empujó hacia delante, presionándola con fuerza contra el colchón para

amortiguar sus intentos de rebelión.

—Si vuelves a gritar te dispararé en la boca —siseó amenazadoramente.

Todas las percepciones mentales y físicas de Sarah se aglutinaron en una enorme nube de dolor: si hubiera estado de espaldas podría haber levantado una rodilla y haberle golpeado justo entre las piernas —había oído que podía doler mucho—, pero tenía el estómago apretado contra el colchón y jadeaba, así que no podía ni respirar. Ashton le quitó el vestido con una rapidez y sencillez que la sorprendió. Si hubiera esperado un minuto más habría sido el fin, y ella lo sabía. Pero no podía dejar de llorar, asfixiada por el peso de su tío, así que lo único que hizo fue forcejear y en el último momento conseguir zafarse de sus brazos.

Se puso de nuevo en pie, con el pelo revuelto y la respiración jadeante, con los ojos muy abiertos.

Ashton estaba en camisón, la fina tela le llegaba justo por debajo de las rodillas. Debajo estaba... desnudo.

Sarah podía ver claramente el bulto creando una ligera montaña contra el blanco del camisón.

—Gritaré hasta desgarrarme la garganta —amenazó ella, con la voz temblorosa a pesar de que se esforzaba por mantener un tono sólido. Había fracasado estrepitosamente.

Su tío extendió los brazos y una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Se estaba burlando de ella.

—Llora, Sarah. Nadie puede abrir esta puerta. Está sellada.

Sarah miró la manilla. ¿Cuándo? ¿Cuándo la había cerrado? ¿Cómo se le pudo escapar? La bilis pareció subir a su garganta, una arcada de vómito la asaltó.

—Cómo... ¡Te desprecio! Prefiero...

—Sí, morir por no hacer lo que viniste a hacer a mi habitación —terminó sardónicamente. Parecía estar pasándolo bien—. Porque ya ves, sobrina, fuiste tú la que entró aquí. ¿Qué debía pensar?

La rabia se apoderó de ella, luchando como un toro furioso.

—¿Cómo puedes creer que he venido aquí para esto? ¡Vine por Will, maldita sea, para salvar su vida!

Lo único que hizo Ashton fue reírse. Tan traicionera, que la risa vibró en cada recoveco de su joven cuerpo.

—Estás aquí ahora, Sarah.

Como si la hubiera abofeteado de nuevo, esas palabras le dieron el empujón que necesitaba para mover las piernas. Sarah salió corriendo hacia la puerta, justo donde estaba él con su bulto hinchándose más y más a cada momento. Dio un violento puñetazo a la puerta hasta hacerse crujir los nudillos, mientras las lágrimas resbalaban con fuerza por sus mejillas, pero parecían tan incorpóreas que no las sentía en absoluto.

Las manos de Ashton le agarraron brutalmente las muñecas y se las retorcieron a la espalda, haciéndola gritar. Un grito que él sofocó con un beso codicioso que la dejó sin aliento. Sin dejar de besarla, la empujó de nuevo a la cama y la hizo tumbarse, con una rodilla metida entre las piernas. Soltando una muñeca de su agarre, una mano se deslizó por detrás de ella, palmeando una nalga y apretando con fuerza. Un gruñido salió de su boca. La sangre golpeaba en su interior como un gran tambor sobre un trozo de tela. Esa percepción le dolía en alguna parte, como si estuviera a punto de sufrir un infarto.

Si lo hubiera mirado, no habría visto a su tío. Se trataba de un desconocido por el que sentía un terror tangible y vívido que le hacía desear estar ya muerta. Ella no podía respirar porque él

seguía tapándole la boca con la suya mientras le gruñía como un animal salvaje.

Casi imperceptiblemente sintió que algo se abría paso en el espacio entre sus piernas, y por reflejo trató de apretarlas mientras intentaba levantar la rodilla para impedir cualquier acceso y hacerle daño, pero la fuerza bruta de Ashton la dominó.

Se apartó solo para decirle que se callara y en ese momento Sarah se quedó paralizada. Un dolor sordo e insoportable se disparó entre sus piernas al verse obligada a acogerlo, y fue entonces cuando su tío empezó a moverse encima de ella mientras su cuerpo se arqueaba buscando una vía de escape, pero encontrando solo más trozos de Robert Ashton a su alrededor. Parecía estar en todas partes, como si la lujuria por poseerla hubiera afectado incluso a los muebles y objetos de aquella habitación, y hasta al sol que había fuera de la ventana, porque de repente parecía que era plena noche.

Luego, cuando él apartó su boca de la de ella para dejar escapar un largo y tembloroso gemido —provocado por el placer— cuando ya no vio el sol, solo entonces encontró ella la fuerza para reaccionar.

Levantó la cabeza hacia él con la intención de darle un cabezazo, pero en su lugar se encontró con su cuello. Sus ojos se abrieron de par en par. De repente, ya no pudo sentir el dolor, y fue como si Sarah se desprendiera de su cuerpo y se desvaneciera en un lugar al que nadie llegaría jamás. Lejos. Se vio a sí misma huyendo, corriendo por un camino sin retorno, y se vio gritando al viento en un alarde de desesperación.

Como si esos gestos no le pertenecieran, como si los hiciera otra persona, abrió la boca de par en par y puso sus labios contra el cuello de Ashton. Sintió la barba desgreñada contra su boca. Gimió de placer.

Sarah, furiosa, apretó los dientes. Los clavó en la epidermis. Y tiró con fuerza, arrancando la piel con la misma violencia con la que él le estaba quitando la pureza. Tiró con tanta fuerza que una capa de piel mezclada con salpicaduras de sangre viva e intensa y los nervios se precipitaron a su frente, llevándola al punto de vomitar.

Los ojos de Ashton parecían salirse de sus órbitas mientras sus movimientos se detenían y todo el cuerpo del hombre se agitaba en espasmos que a veces eran incontrolables. Parecía mirarla, pero entonces se dio cuenta de que aquellos ojos solo la atravesaban, que no la veían realmente.

Puso las manos en su pecho, sintiendo el sudor que empapaba la tela de su camisón, y con un esfuerzo furioso y desesperado lo apartó. El cuerpo de su tío cayó de espaldas sobre la otra mitad de la cama. Sarah se llevó las manos al cuello intentando recuperar el aliento. Sintió el sabor salado de la sangre recorriendo su cara, impregnando sus labios, y las lágrimas volvieron a aparecer, pero esta vez, inexplicablemente, no pudo llorar. Por el contrario, después de lo que parecían ser los momentos más interminables de su vida, Sarah volvió la cabeza hacia el cuerpo sin vida de Ashton y lo miró fijamente durante mucho tiempo. Indefenso, muerto, inexistente. Y en su corazón floreció un sentimiento tan poderoso y devastador que la desestabilizó: la libertad. Ella lo había matado. Había sucedido de verdad. ¿Realmente lo había matado?

Permaneció inmóvil con la mirada perdida en aquel cuerpo, con un cosquilleo entre las piernas y la sangre coagulándose lentamente en la piel de su rostro. Había sido desflorada, eso también había sucedido realmente. Había matado a un pariente de sangre con sus dientes. Acababa de tomar una vida humana. Y por alguna extraña razón no pudo sentir arrepentimiento.

O la pena.

O la tristeza. No, se sentía libre, despreocupada y esa libertad la entusiasmaba.

Cuando llegó el mediodía y los rayos del sol inundaron la habitación, el cansancio acabó

por arrastrarla.

Y en ese lejano lugar donde solo existía ella, ella y nadie más, Sarah se quedó felizmente dormida.

35. Desesperación

Qué frío. La cama estaba helada cuando se despertó. Instintivamente extendió el brazo y sus dedos sintieron algo seco. Pelo.

Sarah giró la cabeza hacia la izquierda. Lord Ashton estaba tumbado de espaldas a ella. Inmediatamente se sobresaltó. Su tío estaba durmiendo a su lado en una cama completamente deshecha, ¿cómo había sucedido esto?

Se puso en pie de un salto dispuesta a defenderse, pero entonces algo la hizo palidecer. Sangre, había sangre, mucha, por todas partes. Cubrió el cuerpo de su tío, las sábanas, incluso unas gotas quedaron impresas en la pared de la cabecera de la cama. Entonces, Sarah lo sintió en su propia cara. Como el papel de lija, su piel se había ondulado bajo la constricción de la sangre. Lo apartó en copos con las uñas, se le quedó pegado debajo, su respiración se volvió agitada.

Estaba empezando a recordar.

Will había asesinado al asesino de la hermana de Jon, Ashton tenía la sartén por el mango como único testigo capaz de llevar al chico a la horca, había intentado encontrar una solución con Jon, Dawson y Anne para salvar la vida de Will pero ninguno de ellos la había escuchado. Ni siquiera Anne, que al principio parecía estar de su lado. Ni siquiera ella.

Así que había huido. En Ashton House le habían dicho que su tío estaba en cama con una migraña. Entró en su habitación. Aprovechó la oportunidad para violarla. Sarah había desgarrado su arteria carótida.

Sarah le había arrancado la carótida con los dientes.

De eso se trata toda la sangre.

Un violento y larguísimo escalofrío recorrió su columna vertebral mientras rebobinaba los recuerdos que impactaban contra el presente con tal fuerza que temblaba.

«Yo maté a mi tío» ella solo era capaz de pensar.

Se llevó mi pureza. Tenía que hacer algo.

Y aunque ese algo que tenía que hacer para compensar lo que Ashton le había hecho no debía parecerse ni remotamente a un asesinato, Sarah no se arrepentía de su locura, simplemente no podía.

Ahora que lo pensaba, Robert Ashton se lo había merecido.

No había hecho nada bueno en su vida. No le importaba que estuviera muerto. Tampoco importaba que hubiera sido el hermano de su padre, o que su padre se sintiera mal si la veía abrir la boca y morderle la carótida, nada de eso importaba.

Ahora estaba bien. Por supuesto, entre sus piernas sentía esa sucia y leve sensación de dolor que se había desvanecido poco a poco, también debido al sueño, pero cuando examinó el cuerpo de Ashton como para asegurarse de que era realmente suyo, no lloró. Solo tenía ganas de vomitar. Contuvo el impulso con dificultad, luego se dirigió lentamente al baño de la habitación y comenzó a lavarse los últimos rastros de sangre de la cara.

«Fui yo» repetía incesantemente mientras el trapo empapado de agua retiraba los restos «mi tío abusó de mí»

Se sintió como si ya no estuviera frente a ese espejo. Se miró a sí misma, vio su propio reflejo, pero no pudo ver a Sarah Ashton. En su lugar había una sombra desfigurada, sus movimientos eran lentos y cadenciosos y no podía encontrar su propia mirada, aunque la buscaba con toda su alma. «¿Dónde he acabado? ¿Soy realmente yo lo que veo en este espejo?»

Los ojos vacíos parecían órbitas incorpóreas.

«Fui yo.»

Automáticamente se pasó la lengua por los dientes y volvió a sentir el sabor metálico de la sangre.

Agarró la tela con tanto ímpetu que le dolieron los dedos.

«Me violó.»

«Me violó por mi culpa.»

«Imprudente. Imprudente. Tonta.»

Ni siquiera podía llorar, estaba muy alterada.

La Sarah que ya no existía, la chica que sin darse cuenta abandonó su cuerpo y se desvaneció en el aire, se despidió en el momento en que se dio cuenta de que sería condenada por asesinato, aunque fuera en defensa propia. Nunca volvería, esa era probablemente la única certeza que había tenido en su vida.

«Me colgarán.»

No podía lamentarse. Se sintió agotada, pero libre, como un pájaro encerrado en una jaula durante demasiado tiempo que por fin ha levantado el vuelo y está listo para iniciar un nuevo viaje.

En alguien pensó cuando echó una última mirada al cuerpo sin vida de su tío y se preparó para abrir la puerta, solo para encontrarse en un pasillo desierto y helado de pesar.

Jon Charters.

Se preguntó qué pensaría él de aquel episodio, cómo la juzgaría, cómo la miraría, y la respuesta que se dio a sí misma le atenazó las entrañas. Ni siquiera la habría reconocido. La habría insultado, se habría reído de ella, le habría gritado su decepción, le habría dicho que era una persona totalmente diferente a la que conocía. Ella le habría molestado.

Pero era ella la que estaba molesta, aunque en el fondo ya no sintiera dolor, era ella la que tenía que reaccionar ante una injusticia. De alguna manera se consideraba orgullosa. Orgullosa de sí misma.

Por ello, tomó una decisión definitiva. No podía mirar a Jon a los ojos, no podía volver a hacerlo. Era una asesina.

Pronto se correría la voz y acabaría en la horca, pero podía estar satisfecha: al menos evitaría que Will corriera la misma suerte.

Mientras caminaba lentamente por el pasillo y bajaba las escaleras, se permitió el lujo de sonreír.

«Lo hice, Will. Tu único testigo ha fallecido. No tienes nada más que temer.»

La señora Carter estaba esperando al pie de la escalera. Cuando la vio, con el pelo pegado a la frente por lo que supuso que era sudor y con la expresión perdida en alguna parte, se llevó una mano para taparse la boca. Sarah no la miró directamente a los ojos. No por falta de voluntad, sino porque ese simple intercambio de miradas no la ayudaría a decir lo que tenía que decir. Ella también iba a decepcionarla.

_Recoja sus cosas, señora Carter.

Freya, confundida y desorientada, negó con la cabeza.

_¿Qué ha pasado? ¿Por qué ya no te pareces a mi Sarah?

Los labios de la otra se adelgazaron. Estaba haciendo las cosas más difíciles de lo que ya eran.

—No ha pasado nada, señora Carter. Recoja sus cosas —dijo con rigidez—. Nos vamos.

—¿Nos vamos? —se hizo eco, aterrorizada—. ¿De qué estás hablando? ¿Adónde vamos?

Sarah podría haber apostado que ella habría añadido un "¿has perdido la cabeza?", pero no tenía tiempo para escuchar sus preocupaciones. Ella era la que acababa de matar a un hombre que en ese momento estaba tumbado en una cama empapada de sangre. Solo ella corría el riesgo de ser condenada a muerte.

—Coja sus cosas, Freya, es una orden —siseó y esa influencia casi maligna en su voz hizo que la señora Carter tuviera inmediatamente más miedo—. Comunique la salida a los demás también. Nos vamos todos.

—Por favor, Sarah, cuénteme al menos qué está pasando —insistió Freya, que había empezado a temblar, aunque se obligaba a no hacerlo.

Los ojos de Sarah pasaron sin ver. Plana e impregnada de desprecio, su voz perforó sus oídos.

—Me violó. Hice lo que tenía que hacer al respecto. Ahora coja sus malditas cosas, dígale al resto de los sirvientes que hagan lo mismo, y salgamos de aquí.

—Señorita Ashton...

—¡Ahora, Freya, ahora! —gruñó—. ¿Hay algo que no esté claro en lo que te estoy ordenando?

Apenas tuvo tiempo de ver cómo los ojos de la mujer se llenaban de lágrimas cuando se apresuró a pasar junto a ella, para no tener que explicarle nada más, se metió en la biblioteca y cogió el candelabro cuyas llamas iluminaban el retrato de sus padres desde abajo.

—Lo siento —murmuró con los dientes apretados, conteniendo las lágrimas y el dolor que le revolvía el estómago—. Lo siento por lo que he hecho, por lo que me he convertido. Siento haberte decepcionado. Madre, padre, siento haberme convertido en una maldita asesina. —Los ojos de sus padres miraban a un punto fijo frente a ellos, y Sarah estaba tranquila al menos por eso. Si hubiera podido mirarlos directamente a los ojos, no habría podido hacerlo—. ¡Lo siento! —seguía murmurando, pero estaba a punto de dejarse llevar por su llanto y no, no podía permitírselo.

Aferró el candelabro en sus manos durante al menos un par de minutos antes de dirigirse a la gran ventana francesa y arrojar las seis velas a sus pies con un grito de rabia.

Las llamas crearon un puente de luz anaranjada entre las mechas y la tela de las cortinas en menos de un parpadeo. Pronto, esta vez con lágrimas en los ojos, Sarah se encontró mirando las llamas que trepaban por las cortinas y finalmente llegaban al techo, y gritó violentamente en un alarde de amargura, ira, decepción y arrepentimiento.

—¡Lo siento! —gritó desesperada frente a las llamas.

La señora Carter llegó a la biblioteca alarmada por el sonido menos de dos minutos después.

—¿Qué demonios has hecho? —gritó por detrás de ella mientras corría hacia ella. Sarah giró apuntando la palma de su mano contra su pecho y empujándola hacia la salida.

—Salgamos de aquí.

Ya entonces la vio horrorizada y su horror se convirtió en lágrimas, pero no había más tiempo para las lágrimas. A la fuerza, en contra de su voluntad, Sarah la agarró por la muñeca y la sacó a toda prisa mientras detrás de ellas las llamas se elevaban para engullir todo lo que encontraban a su paso.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Sarah con urgencia mientras Freya intentaba escurrirse, gritando que aquella era su casa y que todos sus recuerdos estaban dentro.

—Están todos fuera, ¡como tú querías! Por favor... se está quemando...

—Vamos entonces —le ordenó la chica dándole un tirón.

Cuando llegaron a la salida, los rostros de Lewis, las chicas, el ayuda de cámara y la señora

Jones estaban pálidos y atónitos, pero ni siquiera el cínico y robusto Lewis tuvo el valor de decir una palabra.

—¿Dónde están tus cosas? —le preguntó Sarah atónicamente.

—No tomamos nada... —vaciló la señora Jones mientras Freya, entre lágrimas, se tomaba la cabeza entre las manos—. Pensamos que...

—¡He dado una orden! —siseó a Freya.

En respuesta, la otra cayó de rodillas

—Solo le dije que salieran... Pensé que no querías...

—Soy tu señora —gruñó Sarah, pero lo que sentía en su corazón no era rabia por no haber sido escuchada, sino arrepentimiento y desprecio por ella misma: acababa de incendiar su casa. Al menos, el cuerpo de Robert Ashton ardía con él y no quedaría nada de él, ni siquiera el más mínimo recuerdo—. ¡Maldita sea!

Entonces todo el mundo lo entendió. Lewis se llevó la mano al corazón, claramente desconcertado, y todos los demás inclinaron la cabeza. Pronto, hombres, mujeres y niños empezaron a salir de las casas cercanas, señalando las llamas como si representaran algún tipo de paisaje nuevo que pudiera intrigarles y asustarles al mismo tiempo.

Vio cómo se llevaban las manos al pelo mientras se liberaba el calor y se escapaban finas lenguas de fuego por las ventanas entreabiertas.

Sarah cerró los ojos. En poco tiempo había creado el pánico, pero no importaba. Probablemente nada, salvo intentar salvarse de la horca, importaría durante mucho tiempo a partir de entonces.

36. Escape

Las lágrimas de Freya le hacían perder el control. De todos ellos, ella era la única que lloraba; los demás solo parecían alterados, con rostros sombríos, pero parecían aceptar lo que acababa de suceder como si fuera lo más natural del mundo.

No había vuelta atrás. Si hubiera podido, probablemente habría actuado de otra manera; nunca, ni siquiera en sus más profundos deseos, habría pensado que podría matar a alguien.

Pero había un lado de cada uno que se pliega a la negación de lo que pretende ser toda su vida, de esto Sarah estaba segura, o al menos con esto intentaba justificar lo que había hecho.

Había sido buena, había estado del lado de la justicia toda su vida, y de repente se había disparado en ella un mecanismo de defensa. Se había sentido mancillada, esa era la verdad, irremediablemente manchada y al final el arrepentimiento porque inevitablemente había pensado que si alguna vez había experimentado el amor esa persona ya no la encontraría pura, había disparado la mecha.

Así que, ayudada únicamente por su cuerpo, se había defendido de la peor manera posible. Y ahora lo único que podía hacer era irse.

Solo lamentó no poder despedirse de la manera más adecuada.

A Jon, sobre todo. Que Dios la ayude, la imagen de ese hombre la había acompañado desde el momento en que las llamas habían cobrado vida hasta que se apresuró a salir para evitar ahogarse con el humo.

La vergüenza que ahora superaba su sensación de plenitud había desencadenado un dolor físico que no podía precisar. Sabía que le dolía, nada más.

Habría pedido perdón al cielo si hubiera estado segura de que alguien misericordioso podría expiar sus pecados. Pero ella ya no creía en nada.

—Freya, te lo ruego, déjalo —suplicó tomándose la cabeza entre las manos. Tuvo que reaccionar de nuevo. Tenía que salvarse y solo había una manera.

Algunos podrían haberla llamado cobarde, pero a ella le importaba poco.

Tenía que irse, desaparecer, al lugar remoto al que ahora sentía que pertenecía. Porque Londres, Ashton House, ya no le pertenecía a ella como ella.

A su alrededor, la gente empezó a gritar. Podían ver las llamas que envolvían la fachada exterior, la ventana de la habitación de Robert, lenguas de fuego que pronto se extenderían al resto de la casa, pero nadie movió un dedo para amortiguarlas.

Parecían niños cautivados por el juego de luces, pero lo peor era que Sarah permanecía inmóvil con los brazos caídos a los lados, aunque sabía que le quedaba poco tiempo. Confiaba en sus sirvientes, pero no en todos; habían entendido lo que había hecho, y casi seguro que algunos de ellos no estaban de acuerdo con aquel gesto imprudente e infernal.

Sin duda, alguien la habría traicionado. Aunque probablemente se lo merecía, no podía soportar ir a la cárcel y ser ejecutada.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Lewis débilmente a sus espaldas. Sarah levantó la cabeza, muy lentamente.

—Vaya a la Casa Charters —le respondió ella—. Lord Charters sabrá cómo ayudarle. Ya no seré tu ama.

Freya emitió un sonido ahogado, los demás se quedaron callados.

—¡En el nombre de Dios! No vas a...

—No voy a quitarme la vida, Freya —interrumpió, dándose la vuelta al captar las miradas cada vez más urgentes de los vecinos—. Pero tengo que salir de aquí. Lo entiendes, ¿verdad? ¿Ves cómo me miran?

Los ojos de la mujer, ya llenos de lágrimas, se volvieron oscuros, pero solo tardó unos instantes en darse cuenta de que Sarah tenía razón. Tomó sus manos y las estrechó entre las suyas con un toque maternal.

—No se merecía lo que le pasó, señorita Ashton. Y si le sirve de algo, quiero que sepa que siempre estoy orgullosa de usted, aunque tenga que ir contra el propio Dios. —Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla y luego le susurró al oído—. Sé luchadora y cuídate, mi dulce niña.

—Lo intentaré —murmuró Sarah y sintió que las lágrimas, esas malditas lágrimas, rodaban por sus mejillas sin que pudiera detenerlas.

Una gran mano se posó en su hombro. Era de Lewis.

—No la juzgo por lo que supongo que ha hecho, señorita Ashton. Te he visto crecer. Siempre tendrá un lugar en mi corazón. Que Dios le acompañe.

Dios no la acompañaría, Sarah lo sabía. Había cometido un asesinato, uno de los peores pecados, una ofensa al cielo, y ningún Dios la acompañaría ya, pero no podía dejarse intimidar por ese pensamiento. Estaba a punto de dejarlos cuando se detuvo. Se volvió hacia la señora Carter.

—¿Podría pasar un mensaje? —La otro asintió débilmente. Respiró profundamente tratando de organizar los confusos pensamientos de su mente—. Dígale a Lord Charters que, aunque no sé lo que es el amor, probablemente lo ame. Y dígale que lo siento, pero que no puedo quedarme. Dios me perdone, no puedo quedarme aquí.

Freya le sonrió débilmente.

—Lo haré.

Sarah le apretó las manos por última vez, los abrazó a todos uno por uno, incluso a la señora Jones, que aún mostraba signos de tristeza en su rostro, y luego inclinó la cabeza y caminó hacia el oeste, dejando atrás a los sirvientes que la habían visto crecer y su hogar, que aún irradiaba el calor del fuego.

Nunca miró atrás, aunque a medida que avanzaba hacia un destino no especificado empezó a sentir las punzadas de la nostalgia. No lo hizo porque sabía que lo correcto era huir de allí, pero el recuerdo de Jon se hacía vívido ante ella con cada metro que caminaba y le impedía pensar con claridad.

Le había pedido a Freya que le dijera que lo amaba. Tendría un recuerdo algo más feliz de ella, aunque no esperaba mucho. Lo que sí sabía, al comenzar de repente su salvaje viaje a ninguna parte, era que se abriría un agujero en el lugar de su corazón y que ese agujero no se cerraría nunca más. De ninguna manera.

****

Junto con Will, Jon había corrido todo lo que pudo para llegar a Ashton House. Pero cuando lo hizo, cansado y fatigado, solo encontró el caos. Delante de él vio una casa en llamas «la casa de Sarah» pensó.

Un grupo de personas que se esforzaban por apagar el fuego que había quemado la parte superior de la misma. Fue Will quien divisó al pequeño grupo que estaba más atrás, con las manos en el pelo y las cabezas inclinadas, observando la escena, impotentes, como si aquellas piernas no se atrevieran a moverse ni un centímetro.

—¡Señora Carter! —gritó el chico mientras corría hacia ellos.

Una mujer con la espalda ligeramente encorvada se volvió hacia el sonido de su voz.

Extendió los brazos de par en par.

—¡Will! Oh, muchacho, es tan bueno tenerte de vuelta...

Jon, con una sensación insoportable en el pecho, se concentró en las llamas. No podía pensar en otra cosa que no fuera eso, preguntándose por qué no podía ver a Sarah en ninguna parte, mientras lo que debían ser los sirvientes de Ashton House le daban la bienvenida a Will.

Caminó cautelosamente hacia el grupo, atravesando el caos de la calle.

—Perdóneme —murmuró, con la voz ronca porque durante demasiado tiempo había permanecido en silencio. La mujer que había estado hablando con Will le dirigió una mirada inquisitiva, como si se preguntara quién era. Por supuesto, no lo conocían, aunque probablemente habían oído hablar de él antes—. Perdóneme, mi señor... ¿Quién es?

—Lord Jon Charters —respondió el hombre, inclinando la cabeza—. Vivo en la propiedad de al lado...

Hizo una pausa al darse cuenta de que, con toda probabilidad, no volverían a habitar la Casa Ashton. El incendio no era importante, pero la parte superior se derrumbaba y se quemaba. Podrían salvar los cimientos, pero la reconstrucción llevaría meses.

En los ojos de la mujer, Jon vio encenderse una luz.

—Oh, claro.

Inclinó la cabeza en señal de respeto y los demás —un hombre con cuello de tortuga que parecía un mayordomo, una mujer regordeta con el pelo desordenado y otras dos chicas más jóvenes— la imitaron.

—¿Su señora?

—Sí, ¿dónde está la señorita Ashton? —se sumó Will con impaciencia.

Las manos de Jon comenzaron a picar insistentemente al notar la mirada sombría de la mujer frente a Will. ¿Dónde estaba Sarah? ¿Por qué se quemó la Casa Ashton?

—La señorita Ashton ha dejado un mensaje para usted —le respondió tras un momento de duda—. Ella... dijo que usted... nos ayudaría.

El ceño de Jon se frunció mientras su corazón aceleró sus latidos.

Sintió que la sangre palpitaba en sus venas hasta el punto de dolerle; sintió que se helaba, probablemente porque de repente estaba seguro de que se había convertido en un trozo de hielo.

—¿Cuál es el mensaje? ¿De qué se trata? —quiso saber con inquietud.

También Will parecía claramente perturbado.

La mujer comenzó a torturar los dedos de su mano derecha con nerviosismo.

Todos parecían tan amargados que el sentimiento en el corazón de Jon parecía volverse tan real que a veces podía tomar la apariencia de un arma letal.

—La señorita Ashton me pidió que le dijera que usted es el hombre que ama a pesar de que probablemente no sepa lo que significa amar. Y que si puede perdonarla. Ella es...

No terminó su frase, presa de un imparable ataque de tos, al igual que el hombre del grueso cuello.

—Ha habido un accidente —dijo y esa voz era tan terriblemente sincera que tenía el poder de empalarlo al suelo.

—La señorita Ashton tuvo que huir. La señorita Ashton, no tenía otra opción.

—¿Qué tipo de accidente? ¿Está bien? —preguntó Will, asustado.

—No realmente. Ella... —Pero la mujer volvió a interrumpir, y Jon habría visto las lágrimas correr por sus mejillas si no hubiera tenido otro pensamiento único en mente.

Sarah lo amaba. Un accidente la había obligado a huir. Ella dijo que lo amaba.

—¿Por dónde ha ido? —gruñó, claramente aterrado.

—Al oeste —le respondió el hombre que parecía un mayordomo—. Deje que se vaya, no vaya detrás de ella —le aconsejó al cabo de un rato.

Estaba claro que él también sufría, pero Jon ni siquiera le escuchó.

—La atraparán si la traes de vuelta.

—¿Quién? ¿Qué, en nombre del cielo, ha pasado?

—Ashton... —Fue como si Will tuviera una epifanía al analizar las caras del resto de los sirvientes—. El señor Ashton todavía está dentro, ¿no? Lo está. ¡Responde!

Lewis apretó los labios y luego los separó en un gesto de abatimiento.

—Lord Ashton está muerto. Esa es la razón por la que la señorita tuvo que escapar.

37. Carta a una hermana

En Londres, 18 de julio de 1841

Querida Claire,

Hoy es el tercer día desde que Sarah se fue.

El incendio de la Casa Ashton se apagó en menos tiempo del que se pensaba, pero la parte superior de la casa quedó destruida. Con él, el cuerpo de Robert Ashton.

Sé que lo recuerdas. Yo también me acuerdo de él, aunque me gustaría no haberlo conocido.

He acogido a los criados en nuestra casa a petición de su sobrina y todos parecen bastante contentos, aunque un poco molestos, por la benevolencia con la que nuestra madre los trata. No he podido relacionarme mucho con ellos. No por falta de voluntad, sino porque mis pensamientos están centrados en otra cosa.

No puedo hacer mucho al respecto.

No tuve la oportunidad de despedirme de ella, y nunca quise hacerlo. Ya sabes, ella entró en mí de alguna manera que todavía no entiendo del todo. Pero ella se ha quedado ahí, como una red atrapada en alguna roca, se ha tallado a sí misma en mí con tal prepotencia que, de alguna manera, hasta parece molesta. Así que no sé cómo deshacerme de ella; bueno, ciertamente no quiero hacerlo, aunque me duela. Dios, duele tanto, Claire, saber que se vio obligada a irse y que no pude hacer nada para salvarla del crimen que cometió.

Me gustaría que estuvieras aquí para pedir consejo, un hombro sobre el que llorar, que mi hermana me escuchara y me levantara a pesar de ser casi diez años más joven que yo. No me avergüenza admitir que a veces derramé algunas lágrimas. Me da un poco de alivio.

No sé dónde está, si está bien o si está huyendo de un demonio que amenaza con aniquilarla, pero en cualquier caso esperaré unos días más -tiempo para racionalizar lo ocurrido- antes de ir a buscarla. De momento no puedo, pero lo he intentado. Parece que mis piernas no quieren seguir las órdenes que les da mi cerebro, y que se quedan ahí, inmóviles, como dos troncos centenarios.

Verás, Sarah Ashton fue una especie de tormenta repentina que barrió el pasado, y también el dolor de tu desaparición. Su silencio me reconfortó, luego sus miedos y finalmente su fuerza. Su inmensa fuerza. Pude sentir esa fuerza en cada uno de sus gestos y pensamientos, y espero que un día pueda traerle de vuelta, de vuelta a la tierra a la que pertenece. Que puedo traerla de vuelta a mí, incluso si no puedo encontrarla.

Creo que os habríais llevado bien, Claire. Sarah se parece tanto a ti que a veces creo que te veo en ella.

Es algo bueno, supongo, me alegra un poco la existencia.

Quiero decirte que te echo de menos, aunque tú lo sepas; siempre estuviste tan segura de ti misma que sabías que al marcharte sembrarías el vacío y el dolor.

Estoy tratando de ser fuerte. Sé que debo tener éxito. Pero a menudo, por la noche, cuando cierro los ojos veo la imagen de Sarah pidiéndome ayuda, aunque sé que no lo haría realmente.

La señora Carter, su antigua ama de llaves, dice que vio cómo se ensombrecía su rostro y

que estaba tan decidida a abandonar Londres que se le heló la sangre porque nunca la había visto así.

Esta vez volví a llegar tarde.

Mató a un hombre, en defensa propia, pero aun así cometió un asesinato. Entiendo su decisión de huir porque no se puede confiar en nadie en este mundo, Claire, y tú lo sabes. Tenías que descubrirlo antes que yo.

Por primera vez en casi un año quiero pedirte perdón. Ojalá hubiera llegado a tiempo para salvarte, para evitar que terminaras en un lugar tan oscuro y degradante, tú que estabas tan llena de luz. Perdóname por no haberlo conseguido, por estar tan ciego que no me di cuenta de lo que le pasaba a mi hermana.

Prometo que intentaré compensarlo.

Por último, quiero decirte que probablemente ha llegado el momento que no esperabas, que yo mismo no imaginaba. Una vez me dijiste, sacudiendo la cabeza, que era una persona extraña que rechazaba los sentimientos y que seguramente lo haría toda la vida. Hoy te demuestro que estás equivocada. Sí, estoy seguro de que finalmente puedo demostrar que estás equivocada.

Es la ausencia de Sarah la que me ha hecho darme cuenta. El hecho de que no esté ahí, de que no pueda mirarla a los ojos ni ver la vena que se le abulta en la frente cada vez que se inquieta, o el hecho de que la eche tanto de menos que me duela.

Creo que realmente la amo, de una manera diferente a la que uno suele hacerlo, creo, aunque yo nunca he sentido este sentimiento. Pero es bueno, ya sabes, saber que lo hice sin querer. Prometo que lucharé por mi amor, para traerlo de vuelta, aunque tenga que pasar por el infierno. La encontraré porque realmente creo que merezco una segunda oportunidad.

Sé que estarías de acuerdo.

Siempre hay una primera vez, después de todo.

Por siempre tuyo,

con afecto, confianza y dolor,

Jon.

38. Epílogo

Epílogo

19 de julio de 1841

El puerto de Londres no estaba demasiado lleno de gente. Solo había una decena de marineros uniformados que iban de un lado a otro, y los únicos que realmente dominaban la escena eran los mercaderes que intentaban vender pescado a alguna buena alma dispuesta a comprarlo.

Sarah había estado allí dos veces antes de regresar esa mañana. Durante tres días se había refugiado en una posada no demasiado concurrida, la segunda más popular no lejos del puerto. Había tenido que vender el collar de su madre para pagar su estancia y le quedaba mucho dinero para embarcarse.

Por desgracia, se vio obligada a hacerlo.

Cuando había decidido marcharse, no había sabido cómo hacerlo, pero entonces sus dedos habían palpado involuntariamente la pequeña joya que colgaba de la cadena de su cuello y la solución había llegado; le había costado mucho sacrificio desprenderse de ella, pero no tenía otra opción.

Aquella mañana, poco después de las siete, Sarah pagó las últimas monedas al posadero y se dirigió al muelle, donde fue a ver al capitán. Ella no lo conocía de nada, solo habían intercambiado algunas palabras sobre la travesía a América, pero parecía un hombre bueno y cumplidor. Y lo que es más importante, tenía la intención de marcharse inmediatamente. Le había dado dos días para preparar el dinero necesario. Así que, cuando ella le llevó el dinero, él —que debía tener como mucho cuarenta años y muchas cosas en la cabeza— le anunció que zarparían en media hora como máximo.

Sarah sabía que debería sentir el dolor de la partida, o la nostalgia, pero lo único que realmente sentía era alivio. Cuanto antes se fuera, antes empezarían a salir los recuerdos de su mente, antes empezaría a desaparecer el dolor. No iba a ser fácil y ella era muy consciente de ello.

Había sido violada, había tenido que separarse de su casa, de su familia, de Jon y de todos los que habían formado parte de su vida hasta entonces; había cometido un asesinato y provocado un incendio y eso parecía demasiado para una vida de solo veintiún años. Sobre todo, el peso que llevaba empezaba a pesar en su corazón como una roca, algo tan profundo que no estaba segura de poder soportar.

Tal vez un cambio de vida la ayudaría.

Probablemente habría muchas oportunidades para ella en América. Tal vez podría encontrar trabajo como institutriz o dama de compañía. Ciertamente, había planteado nunca volver a casarse; nadie la desearía, puesto que ya no era casta.

Además, estaba convencida de que la idea de Jon se le quedaría grabada en la cabeza durante mucho tiempo a partir de entonces.

Si se permitía pensar en él, a veces pensaba que no podía irse, que debía quedarse y construir una vida con Jon si él lo quería. Pero la duda que más la atormentaba era que ni siquiera Jon la querría una vez que descubriera que ya no era virgen y que se había convertido en

una asesina.

Incluso Jon la repudiaría. Sarah ya se sentía suficientemente repudiada por el mundo. Había visto en los ojos de Freya la decepción y la amargura de la que siempre había considerado una hija, a pesar de sus palabras tranquilizadoras. Sabía que la había defraudado, que había defraudado a todo el mundo, y sabía que desaparecer no era la mejor manera de compensarlo, pero probablemente no quedaba nada en ella que salvar.

Ella también se había defraudado a sí misma y eso dolía más que cualquier otra cosa.

—Entonces, ¿te sientes preparada? —le preguntó el capitán, mirándola y luego extendiendo los brazos hacia el Golden, el barco que pronto la llevaría a una nueva vida. Parecía tan orgulloso de su barco como podría estarlo de un hijo o un nieto.

Sarah le miró.

—No realmente, pero no importa.

—Nos llevará tres semanas llegar a Houston. Sí. Tienes que estar preparada. ¿Te mareas?

—No lo sé —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Nunca he viajado antes. —Pero no importaba, se dijo a sí misma. No importaba nada más que irse. Habría soportado cualquier tipo de molestia física para dejar atrás su antigua vida—. Pero el viaje no me asusta. Necesito llegar a Houston lo antes posible, así que me aseguraré de que cualquier mareo no me traumatice.

El capitán, que tenía una espesa pero bien cuidada barba oscura y dos ojos negros como el carbón, le sonrió.

—Bien dicho. Usted tiene la mercancía, señorita Moore.

Sarah devolvió espontáneamente la sonrisa del hombre. El capitán había nombrado su falso apellido como si fuera una de las cosas más naturales del mundo, y eso la alivió. Había tenido que elegir un nombre falso, por supuesto, que probablemente conservaría para siempre.

Eveline Moore.

El nombre Eveline siempre le había sonado tan dulce y a la vez melancólico que, ahora que se había visto obligada a encontrar una oportunidad para utilizarlo, pensó que le venía como anillo al dedo.

Por lo tanto, desde el momento en que llegara a Texas, sería Eveline Moore para todo el mundo y nadie sabría quién era realmente. Lo que temía era que, de alguna manera, ella también tuviera que olvidar quién era.

El capitán asintió con la cabeza y Sarah comprendió que estaban listos para zarpar.

Se recogió las faldas y subió a bordo. En cubierta, una docena de personas despedían con la mano a sus seres queridos que habían permanecido en el puerto.

Sintió una ola de intensa melancolía. No había nadie para despedirla, ni para rogarle que se quedara, pero solo podía culparse a sí misma por ello. Nadie volvería a perseguirla y era justo.

A partir de ahora, comenzó su nueva vida. Se volvió hacia el océano.

Sin embargo, cuando el barco comenzó a alejarse del puerto, volvió a mirar a la tierra y susurró el nombre de Jon como un mantra, o una oración.

—Por favor, perdóname si puedes —murmuró.

Entonces cerró los ojos e inconscientemente formuló en su mente un pensamiento que nunca pudo expresar con palabras. «Espero que conozcas a alguien que sea capaz de amarte como te mereces, como yo no pude hacer, aunque me hubiera gustado, Jon, lo hubiera deseado con toda mi alma.»

Siempre lo llevaría en su corazón, y esa era una promesa que mantendría, aunque la obligaran a romperla con la tortura.

Hacía tan poco tiempo que lo conocía que aún le parecía surrealista que hubiera entrado en

ella y echado raíces tan profundas en su alma, y que no sintiera ningún deseo de echarlo o borrarlo.

¿Por qué debería hacerlo? Jon había estado a su lado y la había ayudado cuando lo necesitaba, y ella había sufrido tanto, tanto tiempo...

Sarah quería golpearse a sí misma por infligirle aún más sufrimiento. Pero no había podido hacer otra cosa. Era egoísta y solo pensaba en el dolor que sentiría si se quedaba, minimizando e incluso eclipsando el de las personas que la querían, pero realmente ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Y en el fondo, si se permitía ser sincera, una pequeña parte de ella estaba convencida de lo que hacía.

Mientras Golden se alejaba lentamente de la costa, Sarah cerró los ojos y dejó que el llanto se mezclara con el aire fresco de la madrugada y le secara las lágrimas.

No funcionó. Siguió llorando sin darse cuenta realmente, y finalmente se apoyó en la barandilla y observó las olas de color azul oscuro bajo el barco mientras fluían ante sus ojos como si estuviera pasando las páginas de un libro.

Comenzó a perderse en las profundidades del agua y se preguntó si alguna vez podría olvidar realmente quién había sido durante los primeros veintiún años de su vida.

No podría, empezaba a estar convencida de ello, pero sabía igualmente que podía ser lo mejor.

Una nueva vida, una nueva identidad, era lo que necesitaba para intentar nacer de nuevo. Lucharía por establecerse en Estados Unidos con uñas y dientes, para encontrar su lugar en el mundo y averiguar quién quería ser.

Y nadie más, se juró a sí misma mientras abría los ojos, ahora secos de lágrimas, volvería a tener el poder de destruirla.

Continuará…

Virginia, 1841

Dos meses después de huir de Inglaterra, Sarah Ashton ha cambiado su identidad, encontrando empleo como institutriz en Virginia, y se hace llamar Eveline Moore, intentando dar un giro a su vida y olvidar el pasado.

Jon Charters, tras ser informado del incidente que la obligó a huir, se encuentra tras su pista con su ahora compañero Will, el antiguo mozo de cuadra de los Ashton.

Pero en el Nuevo Mundo hay trampas y peligros que ninguno de los dos estaba preparado para imaginar y esta vez, para afirmar su amor, Sarah y Jon tendrán que jugársela más de lo que han hecho en sus vidas.